

Hugo Monteverde

Bases freudianas

Fundamentos para una lectura de la obra de Sigmund Freud en lo real de su decir

Introducción

Este texto, es una guía de lectura de la obra de Sigmund Freud. Fue construida a partir de un curso que se dictó en el ámbito de la Escuela Europea de Psicoanálisis de la ciudad de Málaga, en el curso lectivo del pasado siglo, años 1996-97.

Fiel a nuestros principios, que ya enunciamos en su momento, ya hace más de tres lustros, el estatuto del sujeto de supuesto saber no es un lugar “príncipe” en la dirección de nuestro discurso. Se trata de la conducción del goce como lo real del saber mismo en una enseñanza. Este real no es resultado exclusivo de una persona sino el corolario de un funcionamiento grupal, vectorizado de una manera no homogénea en las transferencias de trabajo.

De allí nuestro agradecimiento a las personas que con ahínco han desgravado las cintas magnetofónicas de estas charlas, así como a todos aquellos que han tenido un lugar activo en la presentación y articulación de estos textos. Por otra parte, razones exclusivamente de centramiento en los ejes de trabajo, no ha permitido incluir todas las sesiones del seminario. Mencionamos, por tanto, nuestro reconocimiento a todos los que comparten la real autoría de este texto, Ricardo Acevedo, Miriam Bustos, Manuel Herrera, Juan José López Garrido, Carmen Marín, Emilio Mármol, Juana Martínez y Celina Romero. Aclaremos qué para la redacción final de este libro, de la que soy el único responsable, se ha seguido un criterio simplificador a la servidumbre de una didáctica psicoanalítica. De allí que cada uno de sus apartados tengan el carácter de resumen donde no siempre se ha respetado la fidelidad estricta de lo dicho. Sin embargo, los puntos I, II, III, IV, V y X que hacen referencia a las sesiones de introducción al trabajo como así a su conclusión que tuvo lugar en la apertura del segundo año de labor, poseen una escritura que ha privilegiado la prosa sobre el estilo coloquial que obran en los originales de las cintas, con adiciones que en muchos casos no responden con exactitud a lo pronunciado en su momento. En cambio, en los demás apartados, el resumen ha tratado de atenerse no sólo al coloquio sino simultáneamente a lo

ocurrido en cada una de las reuniones.

Por último, indicar que el texto, a pesar de lo sencillo de su estilo, que versa sobre cuestiones básicas en la formación de los psicoanalistas, conlleva sin embargo el suceso del goce como brújula en la transmisión del discurso analítico.

Hugo Monteverde

En Lalín, enero 3 de 1998.

I

Cuando se lleva a cabo un curso de lectura sobre los textos de Freud es preciso ubicar su discurso en el origen mismo de su descubrimiento, en los avatares de la transmisión, en las dificultades que el propio estilo freudiano genera en su construcción y en los fundamentos clínicos en los que Freud se apoya para articularlo.

Los fundamentos clínicos del psicoanálisis no es una cuestión menor; por un lado, baste recordar que tanto Sigmund Freud como Jacques Lacan se inspiraron en dos psiquiatras, Charcot en el primer caso y Clerambault en el segundo. Por otro sesgo, los cimientos mismos del saber psicoanalítico se aposentan dos vectores; el primero es que fue necesario que el discurso de la ciencia se desplegara para que pudiese surgir el saber psicoanalítico. Hasta que no existió la ciencia que excluye al sujeto de saber en el método experimental, el psicoanálisis no pudo surgir como síntoma de esta ciencia reintroduciendo dicho sujeto excluido. Y no menos importante, el segundo vector, que es qué la construcción del discurso analítico se aposenta en el diagnóstico diferencial psiquiátrico, no sólo se aposenta en él sino que con el decurso del despliegue de una clínica compleja el propio psicoanálisis ha ido enriqueciendo y complejizando la diagnosis diferencial psiquiátrica en contraposición a la pobreza de elucubración del DSM promocionado por la industria farmacéutica con la anuencia de la OMS.

Por otro lado, las estrategias fundamentales que Freud produce para difundir y preservar el psicoanálisis en el mundo tienen dos caras. Pone en funcionamiento su propia editorial, conservando en lo escrito las desviaciones y malas interpretaciones que sus discípulos harán de su teoría. Y crea un movimiento para la transmisión de su experiencia; que terminará siendo la tan vilipendiada «IPA».

Sigmund Freud pretende, con estos dos pilares, pasar de su modesto círculo de los miércoles en Viena, grupo de estudio donde impartía su enseñanza, a internalizar su discurso por fuera "de una mera cuestión judía".

A pesar de sus esfuerzos, su discurso tuvo un mal destino. En su idioma, la lengua alemana, el devenir del psicoanálisis fue verdaderamente catastrófico.

La mayoría de los contertulios del grupo de los miércoles, donde se gesta el embrión del movimiento psicoanalítico, se revelaron, queriendo ellos mismos adueñarse del invento produciendo teorías de un nivel de teorización infantiloides. Con el advenimiento del nazismo sus textos se quemaron públicamente y se persiguió a los que practicaban este discurso por considerarlo degenerado y contrario a los ideales arios. Tras la Segunda Guerra Mundial no hay alocución psicoanalítica ni en Austria, ni en Alemania; todo vestigio es literalmente exterminado. Gran parte de los seguidores del psicoanálisis fallecen en los

campos de concentración, y muchos otros se refugian en cobardes e inescrupulosas proposiciones.

Los que tuvieron la suerte de escapar del nazismo son en general judíos emigrados a Estados Unidos, Argentina, Uruguay e Inglaterra, entre los lugares más utilizados, encargados de difundir el psicoanálisis como podían y peor sabían, funcionando en las diferentes lenguas en que se habían esparcido.

Dictar un curso de Freud y recorrer sus fundamentos, es revivir una letra muerta. Un alemán hablado por Freud, gozado por su subjetividad y reescrito en otras lenguas vivas.

Está el hecho incuestionable de que esta relectura se ha efectuado en base, la mayoría de las veces, a lo que opinaba el comentador más que al espíritu de lo que el propio Freud exponía. Más aún, sin considerarse en lo más mínimo las características del goce que le permite inventar el psicoanálisis; cuestión que nadie ha tenido en cuenta a excepción de Jacques Lacan.

Por si todo esto fuera poco está el funesto destino de las diferentes traducciones. *The Standard Edition* de J. Strachey es la traducción en lengua inglesa. Esta obra tiene errores de base en los conceptos. Baste para ello señalar el remanido ejemplo de la palabra alemana *Trieb* traducida por instinto en lugar de pulsión. Pero sabemos que la cosa no sólo afecta a una mera cuestión de palabras, existe además la incorrecta articulación de párrafos enteros. La editorial Biblioteca Nueva recoge la traducción de López-Ballesteros, en nuestra lengua española. No podríamos decir que es ni mejor ni peor que la inglesa. Los errores de una se compensa por las omisiones de la otra. Ciertos usos y maneras del lenguaje se alejan, como la versión sajona, de manera profunda del texto alemán.

Los textos de lengua francesa, el panorama es aún peor, no sólo fueron pésimos en la mayoría de sus traducciones, sino que, además, muchos de ellos son extremadamente tardíos en su publicación.

Esto también marcó profundamente la transmisión del psicoanálisis en los años posteriores a la muerte de Lacan, pues los colegas galos en los que recayó el peso de difundir la enseñanza en Europa, América en su conjunto, Israel, Australia, etc. se aferraron a la enseñanza de Lacan sin un verdadero retorno a los textos de Freud.

Jacques Lacan lee a Sigmund Freud en alemán por necesidad, al no haber una traducción adecuada y en segundo lugar porque mucho material no estaba ni siquiera traducido a la lengua de la “diplomacia”. Este hándicap de la lengua francesa produce paradójicamente un lector en alemán que es Jacques Lacan. Irrumpe por vez primera una verdadera lectura de la obra freudiana, donde las categorías del inventor del psicoanálisis son rescatadas del ostracismo y olvido en que se hallaban.

Así las dos estrategias seguidas por Freud, fundar un movimiento psicoanalítico internacional primero y segundo el haber creado su editorial preservando sus textos en lo escrito, permite recoger paradójicamente su legado por un sesgo sorprendente.

Es en el propio fracaso de todo el movimiento psicoanalítico donde se halla el germen de un encuentro luminoso. Tengamos en cuenta que Jacques Lacan es excomulgado de la Asociación Internacional de Psicoanálisis y se ve por tal razón obligado a afianzar su enseñanza. Articulación que debe basar en los originales alemanes por la deficiente e incompleta traducción francesa.

Por otro lado, la transmisión del psicoanálisis desde el quehacer clínico era otro cadáver conservado en las curas que los psicoanalistas ejercían en el ámbito de la Asociación Internacional. Clínica cadavérica representada por aquella vieja frase "...después de analizarme me siguen ocurriendo las mismas cosas, pero conozco su por qué", cuestión que

Jacques Lacan satirizó con el comentario sobre el cuento de Edgar Alan Poe *The facts in the case of M. Valdemar*.

Este era el pavoroso panorama en que había degenerado la invención freudiana en la espera de un recate que parecía imposible. Lugar que se cierne en un francés con conocimientos en lengua alemana -tampoco muy profundos- y que ejercía como psiquiatra. El dispositivo asociativo creado por Freud, en su degradación, no sólo preserva un espacio para el psicoanálisis a pesar de sí mismo, sino que finalmente produce un sujeto de lectura freudiana en la ectopia de su marco.

Al Lacan psiquiatra, seguramente, le hubiera resultado muy difícil llevar su empresa a cabo sin su paso por la institución psicoanalítica internacional, la radical excomunión que ésta le somete y unos textos tan pésimamente traducidos en su propia lengua.

Estas son las paradojas que hallamos en la evolución de la enseñanza psicoanalítica.

¿Tal vez haya una precariedad interna insalvable en el propio discurso del psicoanálisis que perturba su propia transmisión?

¿Seguramente toda enseñanza verdadera en psicoanálisis presenta esta fragilidad, en lo particular del caso por caso? Precariedad que posiblemente un día defenestre al psicoanálisis pero que debe, mientras tanto, orientar nuestro discurso.

Esta es la manera que tenemos de entender toda transmisión verdadera del psicoanálisis, guiándonos en cada autor por el punto de dificultad en la transmisión de su razonamiento.

Así entendemos que debe leerse a Sigmund Freud, Melanie Klein, Otto Fenichel, Jacques Lacan o cualquier autor que se precie en la invención psicoanalítica.

Es la dificultad que uno a uno nos presenta en su enseñanza, el núcleo no suficientemente articulado en su discurso, la buena manera de cercar su decir.

Creemos que no existe otra forma de entender la articulación psicoanalítica en tanto ésta presenta, por premisa, una fragilidad de fondo. Fragilización intrínseca a toda reflexión seria en psicoanálisis pues se engarza con lo real irreductible del síntoma del autor.

Se trata de desvelar la falla en la transmisión del discurso analítico, en cada caso particular.

La institución psicoanalítica es el marco necesario como muy bien lo muestra la historia entre el discurso freudiano y el lacaniano, pero de ella no debemos esperar gran cosa en la formación de los psicoanalistas, sólo el marco que permita una cierta preservación estrictamente material de nuestra teoría y un relativo control de nuestra práctica.

En cuanto a la transmisión verdadera sólo es cuestión de azar, del encuentro siempre posible, aunque difícil de un lector con los maestros del discurso psicoanalítico.

Así un curso de lectura de la obra de Sigmund Freud debe tomar como brújula, estas eventualidades que no son más que el reflejo de lo inasible de la propia teoría psicoanalítica.

Es desde esta posición que debemos efectuarnos la siguiente pregunta:

¿Cuál es el núcleo no articulado en la teoría freudiana?

El discurso que Freud produce presenta dificultades de orden interno como toda enseñanza que se precie. Estos obstáculos no sólo son debidos a las cuestiones mencionadas en relación a su transmisión desde el alemán y a los avatares de unos discípulos que no estuvieron a la altura de la tarea, sino a una falla en la exposición misma. Este escollo se engendra en la base misma del pensamiento de freudiano, en algo que no termina de encajar, de articularse de la buena manera.

Si los discípulos del *Herr Professor* no supieron transmitir de forma adecuada su legado no sólo es debido a su ineptitud, que la hubo, sino además a una falla epistémica en el propio discurso de Sigmund Freud. Fisura que está en la base misma donde se asienta su teoría y que sin embargo no es esencial, ya que de una u otra manera está como lógica subyacente

en su discurso, sin haberse podido nunca enunciar cabalmente.

Lo que sostiene el discurso freudiano tiene un estatuto inconsciente y nosotros debemos tornarlo manifiesto en una correcta lectura.

La experiencia clínica que Freud organiza, posee una articulación sólida que llevo a intuir con gran sabiduría, pero sin poder otorgarle nunca una acabada articulación final.

Esta falta de conceptualización se halla en el propio núcleo de la teoría. La obra articula bien el complejo de Edipo, pero en cuanto a la premisa misma, en que lo edipiano se aposenta, su estatuto es incompleto. Podemos decir que lo verdaderamente mítico en la teoría no es tanto el complejo de Edipo en sí, sino el propio complejo de castración donde reposa dicho mito individual del neurótico.

El tratamiento de lo castrado tiene un estatuto endeble.

Articulación que apunta a la falta en ser y que es la premisa por donde se articula todo el edificio teórico del psicoanálisis.

Es precisamente este lugar el que Sigmund Freud no logra transmitir de manera adecuada.

Trabaja el complejo de Edipo, allí él se explaya de manera suficiente y sólida pero en cuanto a la falta termina por reconocer que no sabe muy bien como pensarlo.

Esta reflexión la extraemos del propio Jacques Lacan, punto princeps de donde parte su enseñanza.

En el Seminario IV, de dicho autor, "La relación de objeto" se nos señala que el sostén axiomático de la teoría se halla mal articulado en Freud:

"...Si algo me parece manifiesto en todo momento, es que en la teoría analítica falta algo." "El esfuerzo que aquí sostenemos, no es malo recordárselo a ustedes, es para responder a esa falta..." comenta Jacques Lacan, para agregarnos más adelante, el punto exacto de la falla en la teoría freudiana.

"...Mientras el complejo de Edipo está presente en el pensamiento de Freud desde el principio, sólo tardíamente, en su artículo de 1924 consagrado a un tema completamente nuevo, *Der Untergang des Ödipuskomplexes*, trata de articular plenamente su fórmula..." Continuando líneas más abajo, "...la presencia del complejo de Edipo..." esta "...desde el origen..." en las reflexiones de Freud, aunque "...sólo muy tardíamente empezó a explicarse al respecto."

"...En cuanto a la castración..." axioma y premisa de la teoría edipiana "...no se encuentra nada parecido." "Freud nunca llegó a articular plenamente su sentido preciso, la incidencia psíquica precisa de ese temor, o esta amenaza, o esta instancia, o de ese momento dramático -todas estas palabras se pueden mencionar igualmente, con un interrogante, a propósito de la castración."

Vemos como Jacques Lacan nos advierte que el problema de la castración, es decir de la falta, no se halla suficientemente bien articulado en las proposiciones de Sigmund Freud.

Cuestión que le remite permanentemente a un interrogante sobre el lugar que lo funda en la estructura, es decir la mujer.

El complejo de castración, halla su centro de reflexión en la mujer y especialmente la madre, de donde el niño concluye que la falta de pene en su progenitora es debido a un acto de punición y que podría por lo tanto, a él, pasarle otro tanto. Es cierto que tal cuestión se la expresa a Fliess de una manera mucho más refinada al interrogarse en relación al deseo femenino.

Es el propio Jacques Lacan, quién en otro sitio del comentario citado nos recuerda que es el propio Sigmund Freud quién expresa que a pesar de lo que lleva estudiando el alma femenina no tiene la menor idea de lo que desean las mujeres. A éstas constantemente les falta algo, empeñándose en hacer padecer la castración, para desesperación de los hombres. Siempre se olvidan algo, escasea el tiempo y mil y una banalidades de la escases y la queja. Falta que descargan sobre los pobres gorros frigos masculinos.

¿Por qué las mujeres desean que siempre falte algo?

¿A que viene ese deseo de falta para introducir el malestar en el otro?

Pero el desear la falta a veces es aún más terrible si nos hallamos frente a una verdadera mujer.

¿Por qué Medea prefiere matar a sus propios hijos para vengarse del abandono de Jasón?

Así el deseo de falta se observa como interrogante del alma femenina.

Esta es la gran pregunta que Freud no logra despejar a pesar de los años que observo la estructura histérica en la mujer. El deseo de la femina en rebuscar en la falta se le eleva como profundamente misterioso.

Este goce que insiste en remenar en la castración del otro se le presenta como una incógnita que nunca llega a despejar totalmente en sus textos.

Algo en la falta misma del ser, en lo que se enunciaba como lo castrado, en el lugar de lo femenino, le queda profundamente inexplicable, no lograba hallar la articulación precisa en referencia a la posición deseante.

No hallaba el elemento clínico que le arrojara alguna luz a su pregunta:

¿Qué desean las mujeres?

Leer a Freud significa por lo tanto lidiar con estas cuestiones, con dichos obstáculos epistémicos dentro de su propia teoría. Y el obstáculo por excelencia en Sigmund Freud es el propio complejo de castración.

En una palabra, leer psicoanálisis freudiano constituye un quehacer que debe presuponer construir una teoría sobre lo particular que implica el discurso que él exponía.

Dado que sus teorizaciones carecen de tal organización, son en cierta medida fragmentarias y su hilo conductor subyacente -existe pero discurre por debajo de lo propiamente dicho- hay que capturar la corriente que siempre le guiaba por la buena senda a pesar de no haber acertado enunciarla.

Dejarse guiar por el cause del goce de Sigmund Freud más allá de su buen decir.

Construir la articulación general -complejo de castración- dentro del campo específico que siempre restará como particular.

Se debe encontrar lo que el propio Freud no pudo enunciar con claridad pero que sin embargo se dejó arrastrar por su corriente. En una palabra, hay que cercar su síntoma. Se trata de ver, no lo que literalmente comunican sus escritos, sino la articulación lógica de ese discurso y de cómo se sostiene de manera latente, sumergida, lo fundamental de su transmisión.

Hay que crear una herramienta lógica, una articulación, que permita leer y comprender los conceptos que él expone y cómo todos ellos logran un eje coherente dentro de la teoría que hemos de enunciar y en definitiva pesquisar pues no se halla a la vista en lo particular del enunciado.

La lectura del texto hay que tomarla como si se tratase en definitiva de un analizante. Este esquema es el único válido y no solo para leer a Freud sino para cualquier otro autor de psicoanálisis. Es decir, cercar el síntoma de cada cual en su decir.

Esto supone construir una teoría para cada caso particular. Una articulación específica que

sólo tendrá validez dentro de los límites de cada particularidad. Se debe construir una interpretación para cada autor de psicoanálisis que finalmente se anudará a lo universal de la falta en ser. Pero este trabajo supone ir más allá del sentido, y en cierto modo es también ir más allá de la pureza de la palabra.

Se hace una interpretación de este tipo sólo a la letra.

A la letra del síntoma, en la musicalidad del goce y que en Freud pasaba por escudriñar el deseo de la mujer.

Es por ello que el propio Lacan nos señala que si Freud amaba tanto la verdad ¿no sería por el lugar de su cuñada?

Nos dice Jacques Lacan textualmente, al finalizar su cuarta lección del seminario del "anverso del psicoanálisis":

"...Si designo como *soral...*, qué viene de *sóror*, de *sor*, que significa hermana ...la posición de la verdad con respecto del goce, no es en vano... si se enuncia en el discurso de la histérica, no es en vano, ni por azar."

"Cosa singular, recientemente, alguien fue a dar una conferencia a los americanos sobre algo que todo el mundo sabía." "Freud tuvo lo que púdicamente se llama un *affaire, an affair*, con su cuñada." "¿Y qué?" "Hace mucho que se sabía el lugar que tuvo Mina Bernays en las cuitas de Freud." "Argumentarlo a base de cotilleos jungianos no cambia nada."

Efectivamente, no cambia nada, pues realmente de lo que se trata es de la verdad que palpita en cierta posición de goce, goce que a Sigmund Freud lo guio en la construcción de la teoría analítica.

Al fin de cuentas, Mina, rebuscaba en la falta en la que se regodeaba su hermana Martha y dejaba a este médico judío un tanto atónito con la pregunta:

-¿Pero qué diablos desean las mujeres?

-¿Por qué mi mujer nunca me ha correspondido a pesar del amor que le profesaba?

-¿Por qué este deterioro, sumergiéndose en lo doméstico, para hacerme en mi deseo?

Este era precisamente el drama y el síntoma de Sigmund Freud y por donde su goce hallaba su expresión, un goce de castración. Donde no es de extrañar que este hombre, un tanto sorprendido de las mujeres y de la sexualidad de sus síntomas, casi se convirtiera en un célibe católico.

II

El sujeto de supuesto saber es un elemento de extraordinaria importancia para la clínica psicoanalítica, tanto por sus efectos deseables como por los inconvenientes que suscita en la dirección de la cura. Por un lado, permite sostener la transferencia del analizante al tiempo que conlleva la histerificación de la escena analítica posibilitando el desbloqueo de las racionalizaciones y resistencias. Es, por tanto, lo que nos permite guiar toda la cura desde el principio hasta su fin.

Sin embargo, hay otro aspecto menos benéfico y absolutamente pernicioso para el progreso

del análisis y la disolución de los síntomas, se observa en la espera por parte del paciente de la interpretación inteligente. Aguardar un conocimiento que siempre apunta a soslayar el bloqueo de la producción de saber en el propio material asociativo del enfermo.

Cuando el analista no acierta a introducir un corte, que resignifique las propias palabras del analizante, es que la cosa de la cura no marcha bien. Toda interpretación que se cierre en sí misma, por más ingeniosa que resulte, apunta inequívocamente a reforzar las dificultades productivas en la cura. Por lo tanto, si el analizante trata de configurar su lugar bajo la llegada de una respuesta inteligente de parte de su analista o de la duda sobre la misma, cada vez que se sitúe en lo primero no hará más que remitirse a los límites de su propia consciencia, tratando de soslayar las propias dificultades que va encontrando en su análisis. Esta es la posición natural de casi todo analizante, tiende a encasquillarse en sus propias ocurrencias esperando de su terapeuta la interpretación brillante que lo substraiga de tan desgraciado estado de impase productivo. Si a este bloqueo el psicoanalista responde tratando de resolverlo con una intervención que arroje un sentido nuevo en la escena, pero con un contenido que encierra cuestiones demasiado digeridas, intelectualizadas, más que ayudar al progreso del tratamiento lo enquistará aún más. Cualquier intervención analíticamente inteligente no es estrictamente puntual con una respuesta adecuada al progreso de la cura y muy a menudo el saber asentado en el sentido es un aspecto de la mentira que suele transformarse con bastante inteligencia para que asuma una apariencia de verdad sin tener la más mínima relación con ella, es decir con su hermana de goce como comentábamos en la anterior lección.

La búsqueda de la certeza en el saber del otro, en este caso la espera de la intervención genial por parte del psicoanalista, pretende omitir en el analizante las propias dificultades para hallar las verdades que le constituyen.

El lugar del analista sólo debería ser soporte de una puntuación que se detuviese en las articulaciones justas que el aparato asociativo del paciente en su inercia va indicando.

Así el sujeto de supuesto saber, como articulador y sostenedor de la transferencia, si irrumpe exclusivamente del lado del analista, como saber digerido, transforma la sugestión transferencial y el material asociativo del paciente en obturador del trabajo inconsciente.

La transferencia tiene este sesgo paradójico, es el medio por donde el inconsciente por un lado se bloquea y por otro el elemento imprescindible por donde se muestra la consustancial existencia del mismo. Que suceda una cosa u otra depende de la ubicación del saber, del lugar en que se produce, más que al sentido más o menos ingenioso que ese saber pueda tener.

La propia clínica psicoanalítica nos muestra, que lo que está en juego en la cura, no es tanto la significación inconsciente de los síntomas, en definitiva, la interpretación que pueda hacerse de ellos, sino la manera en como se llega a descubrir dicho sentido latente.

El goce en juego en la construcción de una nueva interpretación del padecimiento de un síntoma es tanto o más fundamental que la significación racional atribuida.

El propio Freud nos advierte como sirve de poco recordar acontecimientos traumáticos olvidados para el sujeto, si estos no van asociados al afecto que estuvo en juego en el momento de ocurrir el suceso patógeno. Muy poco valor terapéutico hay en saber por qué ocurren las cosas si las mismas no dejan de pasar, no dejan de insistir en una machacona posición gozante; y para hacer cesar esa repetición más que recordar lo olvidado es necesario sentir el pretérito afecto acaecido y ya desconectado del recuerdo por el propio aparato psíquico.

Hay unos pequeños párrafos freudianos que nos servirán muy bien para ejemplificar la

cuestión. Es la anécdota sobre el judío de Cracovia. En ese pequeño y risueño relato no está en juego tanto la verdad o la mentira que pueda existir en el diálogo sino el tipo de sentimientos que suscita a cada uno de los personajes en juego.

Hay en esa historia una prevalencia de las posiciones de los sujetos más que el sentido verdadero o mentiroso de las palabras al enunciarse. La anécdota chistosa tiene por estructura una táctica de la mentira permitiendo constituir la verdad que se quiere ocultar.

Este relato se encuentra en uno de los grandes textos de la teoría freudiana, "El chiste y su relación con el inconsciente". Su relato es el siguiente:

"...Dos judíos se encuentran en un vagón de ferrocarril de Galitzia."

"¿A donde vas?' pregunta uno de ellos." "A Cracovia', responde el otro." "Ves lo mentiroso que eres' -salta indignado el primero- 'si dices que vas a Cracovia, es para hacerme creer que vas a Lemberg'." "Pero ahora sé de que de en verdad vas a Cracovia'."

"Entonces, ¿para qué me mientes?"

"...Esta graciosísima historieta, que demuestra un gran ingenio," continúa diciendo Freud "actúa claramente por medio de la técnica del contrasentido." "¿De manera que el judío se ve acusado de mentiroso por haber por haber dicho que va a Cracovia, término efectivo de su viaje?" "Este enérgico medio técnico -el contrasentido- se halla, sin embargo, apareado en este caso con una técnica distinta, la exposición antinómica, pues conforme a la no rebatida afirmación del primero, el segundo miente cuando dice la verdad y dice la verdad por medio de una mentira." "El más serio contenido de este chiste es, sin embargo, la interrogación que se abre sobre las condiciones de la verdad: señala nuevamente un problema y aprovecha la inseguridad de uno de nuestros usuales conceptos." "¿Decimos verdad cuando describimos las cosas tal como son, sin ocuparnos de cómo el que nos oye interpretará nuestras palabras?" "¿O es ésta tan sólo una verdad jesuítica y la legítima veracidad consistirá más bien en tener en cuenta al que nos escucha y procurarle un fiel retrato de su propio conocimiento?" "Los chistes de este género me parecen suficientemente distintos de los demás para colocarlos en un lugar aparte." "Aquello que atacan no es una persona ni una institución, sino la seguridad de nuestro conocimiento mismo, uno de nuestros bienes especulativos..."

Sigmund Freud nos advierte con este relato como lo importante no es tanto lo que se dice sino cómo se dice, y a quién se dice. Y que la verdad o la mentira dependen más de este trasfondo de goce entre las personas que al contenido manifiesto de las palabras.

Formas de encubrimiento que muestran una manera de operar donde se le propone al interlocutor un trabajo más que una idea resuelta, un saber digerido. Hay en esta anécdota freudiana un máximo de elegancia ya que el judío de Cracovia no hará vacilar a su interlocutor, pero le mostrará la variedad de movimientos de los que es capaz.

Pues en esa pregunta por la ciudad a la que va, el otro es un judío que la formula a otro judío y él le dice en suma:

-Por qué me tratas así, con esa maldad de los no judíos, héte aquí que ahora yo no sé, no siendo tu *goyim* -no judío- por dónde voy contigo, pues si tu me tratas como ellos nos tratan, tu me persigues, y si tu ahora te comportas así sabiéndote judío, yo estoy amenazado, incluso perdido.

Vemos entonces como en la transferencia y en el supuesto saber que la sostiene antes que el sentido, lo que está en juego son las posiciones del sujeto.

Entonces de lo que se trata en el sujeto de supuesto saber que articula la transferencia es un conocimiento paranoide en suspenso donde la charla y el buen decir, la asociación libre y el razonamiento, caerán de manera fundamental del lado del analizante. En principio, el psicoanalista sólo debería sostener la transferencia inyectando el menor sentido posible desde su función, no importa tanto si está en silencio o si habla mucho, esto es un problema más bien del carácter personal de cada uno, lo importante es que diga lo menos posible.

El analista debe mantenerse como sujeto de saber, pero supuesto, y decir lo menos posible, envolviéndose en el hermetismo del silencio o en la cortina de humo de la nada que supone el aparente comentario relajante y que sorprende al propio analizante al suscitarle una inesperada y sorprendente respuesta de su parte. A la asociación libre hay que dejarla funcionar de una y mil maneras, siempre será necesario estimularla al precio que sea - siempre dentro de los límites que permita el diagnóstico.

En la contrapartida de la atención flotante, antes que toda deducción lógica, estará presente la posibilidad de reubicar ciertos puntos ciegos que permitan la reconstrucción de una historia, pero no por el comentario ameno, la interpretación incisiva o el sabio silencio; sino muy por el contrario, por el camino del goce que se señala únicamente siguiendo los golpes de la puntuación discursiva que efectúa la cadencia del propio paciente.

Que el resultado de todo este proceso sea inteligente será, en el mejor de los casos, un lugar clínico no necesariamente forzoso. Sin embargo, nuestra tarea -inteligente o no- siempre tendrá algo de arte, de quehacer poético.

En la anécdota del judío de Cracovia, vemos que la cuestión de la verdad queda también formulada en esa mecánica que nos propone el semblante, en los gestos, las miradas, las entonaciones de la voz; en una palabra, en el goce que transpira el texto. Todo el cuerpo habla en la escena, "hasta la punta de los dedos"; hasta las puntas de las letras impresas en la prosa o el verso.

No se trata de otra cosa más que de este juego, antes que del sentido.

Por todo ello, la mecánica de los semblantes, no es otra que la mecánica del goce de la letra; no tiende a mantenerse de manera natural y la tarea analítica en transferencia no es sencilla de sostener. La dinámica de lo intersubjetivo pareciera tender a inclinarse siempre para el lado del saber, para esa banda que tiende a velar los goces en juego en la palabra; más que a la duda, al interrogante o la polisemia de un saber que se nos escapa entre los dedos o, como nos dice Freud en el ejemplo elegido, a formular interpretaciones que ataquen a nuestros conocimientos, la relación entre los hombres siempre tiende a cristalizarse bajo formas estereotipadas de un conocimiento preestablecido. Y en esto la escena analítica y el discurso psicoanalítico en su conjunto no son una excepción.

Así es entonces como, a menudo, la mecánica de los semblantes se desdibuja en la pendiente de la interpretación, donde ésta se aferra para preservar su lugar del saber supuesto en la escena analítica, procurando que la cuestión de la verdad -y por tanto, la de un sujeto que se supone que vive de ella trabajando de psicoanalista- sea formulada de una manera solucionada o resuelta para sostener imaginariamente y preservar esa fuente de recursos que supone ese sujeto de supuesto saber.

No hay entonces ningún peligro en decir la verdad, pues con ello, al sumergirnos de lleno en los argumentos, evitamos todo acoso transferencial; ya que coagulamos el análisis en la dialéctica de un pacto yoico, de un saber supuesto en otro. Diferencia manifiesta con el conocimiento paranoico en suspenso que expresa la anécdota del judío de Cracovia.

La verdad, en la dirección de la cura, no puede ser nunca una insignia del psicoanalista, siempre se inscribe en la particularidad de cada huella individual del paciente. No se enseña

ni se esgrime, tarea por otro lado imposible, pues toda la cuestión se mantiene en esos puntos ciegos, a veces molestos de soportar por la precariedad que encierran para la continuidad de los análisis o las transferencias de trabajo. Los impases de un análisis, las posibles interrupciones en la continuidad de un trabajo no pueden por lo tanto resolverse haciendo uso y abuso del saber supuesto. Muchas veces se cae en la tentación de denegar las verdades presentes en esos vaciamientos para apartar la fractura que sobreviene cuando el analizante cuestiona dicho saber de su terapeuta.

Las resistencias, los impases del trabajo y hasta las posibles interrupciones solo deberían sortearse saltando por encima del sentido y dejando al analizante contra la espada y la pared de su goce esgrimiendo al deseo como útil.

Es precisamente este conjunto de cuestiones el otro "pez" que Lacan nos muestra al desconectar la repetición de la transferencia. La repetición no cesa de no inscribirse, es del orden de lo no realizado, la decepción en acto, el punto ciego de producción de la verdad y que somete al sujeto a una división inevitable cada vez que se produce. Saber sostener ese sitio es el verdadero saber que se le pide a un buen psicoanalista pues se emparenta con saber sustentar el goce del otro que se produce en el interior del dispositivo. Pero otro tanto ocurre en la enseñanza de psicoanálisis, el saber anunciado, enseñado, se configura siempre bajo la forma de una defensa. Pacto yoico de un pretendido lenguaje común y que aparta a los sujetos de aprender el psicoanálisis desde sus particulares verdades; verdad que en cada uno de nosotros se refleja el inconsciente.

Es extremadamente habitual en la formación teórica de los psicoanalistas, como éstos no quieren saber nada, nada más que un saber del yo supuesto en otro, pasando a ser todo nada más que un necesario, sencillito y simple decorado -un medio ambiente homogéneo, un discurso pautado, una institución. Se vive allí, se funciona allí, se acciona para el saber, pero toda la cuestión es y se mantiene justamente en los puntos donde se cosifican las verdades. Las propias verdades de un análisis personal que se velan y no se reflejan en ningún tipo de enseñanza.

El objetivo primero y único será institucional o covivencial para apartar la fractura inevitable que sobreviene con la verdad. Se visualiza entonces esa clínica cadavérica de los postfreudianos donde la mecánica de los semblantes pierde toda su pesadez y esa vivacidad simultánea que nos muestra la anécdota del judío de Cracovia.

Las audiencias hacen entonces acto de atención desde su propia ligereza interior, se está siempre sacrificando a la verdad, pues su venida sería siempre vivida como una persecución devastadora que pondría en tela de juicio la propia continuidad de la institución, al igual que la clínica del psicoanalista estafador que pretende infatuarse en el saber para procurar a toda costa preservar su lugar.

El sujeto mantendría esta mecánica, de la suficiencia del saber universitario, en aras de rentabilizar su profesionalidad de la manera más canalla, dando el paso de creer que ese saber que se trasmite, que se halla inscrito en la cabeza de un otro, es una sabiduría patentada y de la cual puede hacer uso como forma de transmisión cosificada de la teoría psicoanalítica. En definitiva, al igual que en cualquier empresa no ajena a los intereses de mercado, o lo que es peor si cabe a semejanza de cualquier religión, el discurso teórico seguirá siendo inaccesible a la verdad del sujeto; repudio de la falta donde éste se ubicaría en la veneración permanente al texto, o al maestro de turno, repeticiones de citas muertas que confluyen en la imposibilidad de cualquier tipo de lectura reveladora.

Este lugar del maestro venerado, en el sentido que nos transmiten los textos, es lo primero que debemos destituir en una lectura seria de las obras de Freud. Es, por tanto, todo esto el

conjunto de cosas imprescindibles de subrayar en un curso de psicoanálisis.

Pues lo primero que debemos hacer es preguntarnos por el estatuto del sujeto de supuesto saber que le otorgamos a Sigmund Freud al leer sus textos.

Si no se trata del saber supuesto en otro, entonces lo primero, será no otorgar este lugar de sentido supuesto en los escritos de Freud.

Hay que inferir que un estudio sistemático de los textos freudianos implica un retorno a los fundamentos mismos del quehacer clínico. Línea que necesariamente evoluciona a articular el propio análisis personal en la transmisión de la teoría psicoanalítica, en tanto es en ese lugar donde están las verdades que nos permiten aprehender de manera rigurosa el estatuto propiamente dicho del inconsciente.

¿Pero de qué manera?

Lo primero a tener en cuenta es evitar una idealización del fin de análisis como tal. Debemos en este punto nuevamente guiarnos por la brújula freudiana que insistía en que no se trataba de transmitir la anécdota personal, ni siquiera la particularidad de la estructura que nos constituye.

Poner el fin de análisis al servicio de la transmisión psicoanalítica es ponerlo como herramienta, útil necesario, para una lectura verdadera.

¿Pero cómo?

Hay en primer lugar una destitución de lo que pueden implicar los textos de Sigmund Freud como sujeto de supuesto saber. Cuestión por otra parte coherente si sostenemos -al decir de Lacan- que a la teoría psicoanalítica le falta algo y que ese algo es no tener una articulación precisa de la premisa que sostiene el edificio teórico; es decir, del complejo de castración.

En segundo lugar, puede inferirse que no se tratará tanto de un retorno a Freud sino de una relectura y como la misma no tendrá sus límites en los propios contornos exclusivos de la palabra de Freud.

Esto determina en tercer lugar como el campo de estudio no es estrictamente freudiano, sino que se extiende a una línea que irá de Freud a Lacan. No hay rigurosamente hablando un *après coup* a la palabra de Lacan a Freud, exclusivamente, sino una progresión que circunscribe un espacio freudiano-laciano. Espacio que, en cuarto lugar, nos señala como de lo que se trata en psicoanálisis es lo que en la verdad excede del saber, es decir de ese resto de goce que para Sigmund Freud fue su brújula en la construcción de la teoría. Resto de goce particular al que Jacques Lacan trató de responder con palabras para articular simbólicamente lo que Freud había vislumbrado en lo real.

El sujeto de supuesto saber es el sujeto que no está, solo tiene estatuto real en una lógica de goce. Es precisamente esta lógica de goce del discurso freudiano el sujeto de saber ya no supuesto.

Es comprendiendo el goce de Sigmund Freud, la brújula que a él le guio, lo que nos indicará a nosotros mismos por donde articular la falla del complejo de castración.

No se trata, por lo tanto, de pesquisar el aporte teórico en cada uno de nuestros finales de análisis, sino simplemente utilizar la conclusión de nuestra cura como una herramienta que nos permita escuchar el goce freudiano.

El fin de análisis debe servirnos para encontrar lo que el propio Sigmund Freud no pudo enunciar con claridad pero que sin embargo se dejó arrastrar por su corriente, por la corriente de goce que aún palpita en sus textos.

Es esta materia la que debemos transmitir en un seminario de lectura, materia que nosotros enunciamos como la dimensión pública del pase.

III

El discurso freudiano parte de tres pilares clínicos. En primer lugar, el propio Inconsciente de Freud, la dimensión pública del psiquismo freudiano. El se tomaba a sí mismo como material de análisis, con las reservas de no facilitar el trabajo a sus biógrafos. El segundo pilar es la psicopatología mórbida de la histeria, que extrae de su propia experiencia con sus pacientes y que luego extenderá a la propia neurosis obsesiva y demás estructuras clínicas. Por último, como tercer término, la sexualidad infantil, las teorías sexuales de los niños, que encuentra en su propia clínica psicoanalítica con los adultos y que le obliga a virar la vista hacia la infancia.

Los textos escogidos en este recorrido de lectura son sin duda una selección representativa de esos mojones, pero hay también un cuarto pilar no menos esencial que los otros tres, y que abarca las cuestiones que nunca se atrevió a publicar; son trabajos que articulan reflexiones hipotéticas.

Freud escribe sin duda una gran variedad de textos, algunos son más clínicos, otros más teóricos, los hay también de características profundamente especulativas como él los clasificaba -aunque nosotros preferimos catalogarlos como formalizaciones de su propio material psíquico- y por último ese apartado de textos y cartas personales que nunca consideró publicables, dejándolos en una discreta sombra. Ahora bien, en todo este conjunto de producciones hay una cuestión sobre la que no cabe la menor duda y es lo que él mismo opinaba de sus escritos; no todos estaban en el mismo lugar de validez, algunos se atenían al hecho de haber sido demostrados en una clínica contrastada en innumerables casos, otros en cambio trataban de cubrir baches con explicaciones provisionales a falta de algo mejor, y finalmente un conjunto de escritos versaban sobre materias que tratan de articular impases en sus reflexiones.

Lo seguro, por otra parte, es que éste no puede ser nuestro encuadre, ya que, si sostenemos que debemos leer el goce palpitante de sus escritos, entonces es indudable como algunos textos serán para esta empresa más aptos que otros. Y tal vez precisamente los que a Freud le resultaban más reticentes sean para nosotros los de mayor validez para capturar su obra.

En los últimos años de su vida Freud da a luz una serie de escritos teóricos considerados no suficientemente contrastados pero que ha falta de tiempo vital para demostrarlos, y con una muerte que ya le pisa los talones, siente que no hay más remedio que propiciar su luz. Estos escritos son los llamados textos teóricos publicados sin poder hacer, según él, una constatación adecuada en la clínica. Hay en ellos muchas de sus opiniones después de años de trabajo con enfermos y la mirada a un mundo en plena barbarie y malestar a las puertas de una segunda gran guerra mundial; eso que Jorge Luis Borges llamó la guerra civil de los europeos para sintetizar la unión de naciones en cierne y el gran Dios oscuro que fundamenta tales lazos.

La publicación de estos textos teóricos la estima necesaria y muy conveniente para evitar desviaciones aún mayores, ya que observaba como sus discípulos producían profundas distorsiones en el saber psicoanalítico. Son por lo tanto textos en donde su deseo de analista se halla comprometido *in extremis* y donde se podrá vislumbrar parte de ese goce. Estos textos los intercalaremos con otros de los cuales él se sentía más satisfecho en relación a su corroboración clínica. Sin embargo, no nos olvidaremos de los más fundamentales, son las reflexiones que nunca publicó. En ellas sin duda podremos encontrar el material más sabroso pues esconde de manera descarnada y en la superficie la particular lógica que guiaba el pensamiento freudiano. Estos nos permiten observar de una manera más pertinente esa

corriente latente, subterránea, que guían sus articulaciones, posibilitando hallar ese goce encontrable por debajo de lo que él mismo nos dice en sus escritos.

¿Cómo percibir está herramienta lógica? ¿Con qué instrumentos escuchar su naturaleza?

No se trata indudablemente de un esquema del pensamiento, pues se quedaría en lo literal.

No es tampoco una maqueta, pues cristalizaría un sentido de una manera cuasi religiosa sin posibilidad de dialectización discursiva.

Es, sin embargo, una lógica que tendrá un punto de apoyo desde donde operar y que se conservará indemne en el tiempo de la lectura. Una lógica, un punto de apoyo, que nos permita articular diferentes sentidos en una misma constelación estructural. O para decirlo de una manera más precisa, un sentido de lo real que nos permita articular las variaciones imaginarias de los sentidos. En una palabra, un compás lógico que pueda recorrer un indeterminado número de partituras musicales.

Esta lógica, este útil, será en definitiva un punto de repetición no idéntico en el discurso freudiano y tendrá una relación íntima con lo que Freud no logra articular en su teoría; en una palabra, una logicidad extraída de su síntoma. Para decirlo todo, no será otra cosa que el concepto de falta articulado a una premisa de lectura que presupone una modalidad de goce.

Esta lógica extraída del propio síntoma de Freud tiene un estatuto de premisa universal y cerca la dimensión de la falta. La premisa universal de la teoría freudiana no es, al decir de Oscar Masotta el axioma general de pene-castración sino el propio síntoma de Sigmund Freud en relación a su goce. En otras palabras, se podría decir, en los dichos de Jacques Lacan, que la premisa freudiana-lacanianiana es el amor a la verdad de Sigmund Freud.

Dando un salto, del principio al fin de su teoría, el camino a recorrer sería desde su entrada en la premisa de una lógica de la falta presupuesta en la experiencia de satisfacción como fuente de todas las motivaciones morales, a su salida en la existencia de un instinto de muerte. El instinto de muerte es algo humano y toda operación del sujeto tiene como base final del recorrido la irrupción de la morbilidad articulada a una ética.

El instinto de muerte es la respuesta de un aparato psíquico que es insuficiente para procurarse la satisfacción y como respuesta a ese otro de la asistencia, su plaza la ocupará Tánatos. El hombre es, de partida, enfermo por estar sujeto al superyó como heredero legítimo del complejo de Edipo y articulado al instinto de muerte.

La morbilidad, lo patógeno, es la piedra angular, la dirección a seguir en la lectura para construir el Complejo de Castración que no estaba en su discurso científicamente desplegado. La buena manera de leer a Freud no está del lado del sentido, de lo que el *Herr Professor* pensaba, sino del costado de una articulación lógica en el orden de ese discurso por fuera del sentido de las cosas.

El síntoma que arrastra en su propio cuerpo, en esa morbilidad cancerígena acosándolo por décadas no será exclusivamente un mero incidente médico, sino que compromete profundamente toda su reflexión teórica. El mismo lo menciona de manera indirecta en los comentarios finales del "Más allá del principio del placer".

"...La llamada intuición me merece de escasa confianza en esta clase de trabajos: lo que de ella he visto me ha parecido más bien el resultado de cierta imparcialidad del intelecto." "Pero sucede que, desgraciadamente, pocas veces se es imparcial cuando se trata de las últimas causas, de los grandes problemas de la ciencia y de la vida." "A mi juicio, todo individuo es dominado en estas cuestiones por preferencias íntimas, profundamente arraigadas, que influyen, sin que el sujeto se de cuenta, en la marcha de la reflexión."

¿Esta frase no nos está indicando qué la reflexión es guiada por el goce del sujeto? ¿No certifica Freud acaso que sus reflexiones sobre Tánatos tienen como determinación última de su pensamiento su propio modelo pulsional?

El instinto de muerte, por otro lado, es lo real de una significación de las cosas humanas que está más allá del sentido, más allá de la pulsión asesina como respuesta a la tensionalidad agresiva de la indefensión -síntoma tan básico en nuestra humanidad. Está en definitiva en lo que se constituye como una forma real del goce. Es el instinto de la fijeza mórbida, que es la piedra de base de toda articulación verdadera en psicoanálisis. Traspasa lo particular del propio marco específico de la teoría freudiana para conectarse a lo universal de la morbidez y el malestar.

Hagamos una pequeña vuelta atrás antes de continuar. La lectura de Freud implica dificultades, una de ellas es que no estamos leyendo al autor en versión original; nos movemos a nivel de una traducción y en consecuencia está la necesidad a una remisión a la propia lengua alemana para poder corregir estas dificultades. La misma razón nos conmina a las sugerencias que Jacques Lacan hace desde su propia producción en tanto fue un lector privilegiado del freudismo en alemán. Este hecho nos remite a otra consideración, en la medida en que ciertos conceptos hallarán su punto de continuidad en el propio discurso particular de Jacques Lacan.

Con todo esto queremos decir que, si bien por un lado construiremos una logicidad general dentro de lo particular de la teoría de Freud, por otro lado, encontraremos una clara continuidad que trasciende lo particular de su discurso.

Otra cuestión, no menos significativa, es de carácter interno a la propia obra de Sigmund Freud, en cuanto hay en el orden expositivo una falta de construcción de una teoría general que nos organice de una manera didáctica la lectura. Ahora bien, esta ausencia de articulación es un fenómeno de estructura; es decir, intrínseca al propio objeto de estudio que implica el psicoanálisis.

De allí que, por esta falta de una teoría general en nuestra lectura, debamos cercar su espacio, delimitar el vaciamiento de su ausencia.

El agujero de la falta es una cuestión que permanentemente encontraremos en cada articulación y a su vez nos remitirá a nuevas significaciones en la medida que progresamos en el discurso psicoanalítico.

Esto engendra en su dinámica otro efecto estructural, ya mencionado, que consiste en traspasar el marco teórico en lo particular del discurso de Sigmund Freud, en la medida que nuestra lógica, al progresar en su trabajo de articulación de los textos freudianos nos irá mostrando un lugar constante y universal en lo que supone de repetición en sus variaciones, en sus clivajes de musicalidad que se circunscribe como vaciamiento. Pero no es un vacío de nada, es musicalmente silencioso por cierto, pero en su interior palpita Tánatos. He aquí otra de las razones de nuestro comentario de encontrar una pieza, un explorador, estableciendo un símil con el mercado de la informática, en tanto el propio discurso freudiano puede aparecérse nos en un comienzo como una red fragmentaria, una telaraña, que no distaría de la imagen ofrecida por Internet como red de un discurso.

Falsa apariencia en fin pues Internet poco tendrá que ver con el entramado neuronal que nos relata Sigmund Freud en su "Proyecto de una psicología para neurólogos", pero cuyo paralelismo es útil de manera didáctica para darnos a entender que está en cuestión la construcción de una herramienta lógica que permita navegar por la red del discurso freudiano. Siendo al mismo tiempo ese explorador la clave de la lectura.

Encontrar este *browser* de lo real de una lógica de goce que nos vaya organizando la interrelación textual, que nos adentre en la telaraña freudiana, resulta imprescindible.

"Navegador", "partitura", que en sus necesarias variaciones, a medida que sus articulaciones se complejicen, mostrará por otro lado su cara universal en las constancias de su repetición en el encuentro de cada renovada articulación.

Debe haber en nuestro recorrido por los textos un encuentro permanente con articulaciones precisas en el orden de una lectura que nos remita a la construcción de una estructura que permanentemente irá cambiando en su sentido sin desvirtuar la lógica del edificio que los propios textos irán dibujando. Esta última cuestión, es lo que nos trasciende más allá de lo particular produciéndose un encuentro con lo universal de la falta en ser de lo humano.

Universal que encierra el propio complejo de castración y que Freud no llegó a articular jamás.

Universal que traspasa los propios límites de la teoría psicoanalítica.

Por lo tanto, deslizamiento desde una manera de entender las cosas que se deriva en lo particular del discurso de Sigmund Freud, a un universal dibujado en la repetición que implican las diferentes articulaciones en el devenir de la lectura, y ubicándose más allá, como si de una ecuación matemática se tratase y dejándonos ver su desnudo algoritmo. En una palabra, arribamos al matema con el que Jacques Lacan pretende trascender al siempre escurridizo sentido de lo particular en lo universal de la falta.

De todo esto se desprende la necesidad, como primer paso para construir este dispositivo lógico, de encontrar una premisa. Es decir, un axioma del cual partir y también al mismo tiempo al cual arribar de manera desnuda más allá de toda significación.

Señalemos que está retroacción, donde el punto de partida termina siendo el lugar de la salida, es la base misma de la clínica analítica. La mitología, la historia y el proceso mismo de la cura en un análisis están atravesados por la misma lógica. Si bien cada caso es particular, y la estructura sintomática un campo específico para cada ejemplo, la lógica de fondo que atraviesa el movimiento en el desarrollo de una cura es la misma para todos los sujetos. Más allá de lo particular de una historia personal y lo específico de la estructura sintomática que esa historicidad pueda tener, más allá de las anécdotas temporales, hay un orden de movimiento, un real lógico del devenir de las cosas para todos los sujetos. Una ley de retroacción que se comparte de manera radical con independencia del diagnóstico, las características identificatorias compartidas en una familia o la comunidad social que se habite. La propia sexuación masculina o femenina a la que se halla constituido el sujeto también se anuda a esta mecánica más allá de toda diferencia sexual.

Macho o hembra, histérica u obsesivo, neurótico, perverso o psicótico, la construcción mítica de una historia y la propia trayectoria de una cura comparten el real de una lógica extremadamente precisa.

La lógica en cuestión es esta:

El punto de salida en la construcción de toda historia y de toda cura posee el mismo lugar en que se efectuó la entrada, con la diferencia de un cambio de signo. Esta es una constante demudada, desnuda de todo sentido y que se alza como característica universal dentro del universo de lo humano. Recordemos a Jacques Lacan en el seminario ya citado de "La relación de objeto".

"...El desarrollo en el neurótico de un sistema mítico cualquiera -lo que en otra ocasión llamé el mito individual del neurótico- se presenta como la salida, el despegue progresivo de una serie de mediaciones vinculadas por un encadenamiento significativo cuyo carácter es

fundamentalmente circular." "El punto de llegada tiene una relación profunda con el punto de partida, aún sin ser exactamente el mismo." "El obstáculo, cualquiera que sea, siempre presente al principio, se encuentra de nuevo bajo una forma invertida en el punto de llegada, donde es considerado como la solución, con sólo cambiarle de signo." "El obstáculo del que se partió vuelve a encontrarse siempre de nuevo, bajo una forma cualquiera, al final del desplazamiento operatorio del sistema significante."

Así nuestra premisa lógica será nuestro punto de entrada en el orden de una lectura, pero al mismo tiempo nuestro punto de salida con la salvedad de un cambio de signo. Dialectización de la misma mecánica de movimiento pero que circunscriben dos territorios diferentes. Allí por donde un real entra otro sale, cuestión que visualizaremos en el Edipo freudiano.

Una premisa siempre tiene un orden de arbitrariedad, veremos entonces cómo es esta causalidad axiomática y qué estatuto tiene en psicoanálisis.

¿Cuales son estos puntos de entrada y de salida en el recorrido de una lectura?

Lo que ya hemos anticipado:

A la entrada el "Proyecto de una psicología para neurólogos", ubicado en los albores mismos del discurso freudiano, a su final "El más allá del principio de placer" y el "Malestar en la cultura".

En una palabra, de la experiencia de satisfacción como preservadora deficiente de la vida en tanto posee una tendencia alucinatoria, a la salida en el trabajo silencioso y sin descanso de la pulsión de muerte.

La premisa lógica de lectura, ese explorador mencionado, hallará su fundamentación como resultado retroactivo de la teoría. Comenzaremos con ella a un nivel de una hipótesis, sin conocer muy bien su real naturaleza, y al final del recorrido llegaremos a su fundamentación. Es como una partitura musical de la que conocemos su existencia, su compás, nos permite navegar en la trama de los textos siguiendo sus cadencias y armonías, pero desconocemos de ella casi todo pues nunca pudimos escuchar su conjunto. Es una caja negra que sólo nos revelará su contenido, su letra, en la salida misma de la lectura, y es este su cambio de signo. En una palabra, arribar a la letra de una musicalidad de goce.

Partiendo de un hecho clínico, que puede ser interpretado de una u otra manera y que nosotros le otorgamos estatuto de repetición mórbida como hipótesis al comienzo, deberá retroactivamente quedar fundamentado en cada paso de lectura. De un sentido en lo particular del decir freudiano debemos arribar al fundamento demudado que sostiene la lectura como resultado final de nuestra captura teórica.

Este es el profundo lazo de unión entre una práctica teórica y un quehacer clínico que se anudan en la articulación universal de lo retroactivo de la estructura humana.

Pero aquí también las cosas no son tan sencillas, hay -como dijimos- un resto que no entra en el *après coup* y ese resto es el plus que no está presente en Sigmund Freud para dar cuenta del complejo de castración.

Es lo ya señalado, cuando mencionamos que ciertas articulaciones de Jacques Lacan trascienden al discurso de Freud y por lo tanto se establece una progresión más que una retroacción. Progresión freudiana-lacanianiana.

Retroacción discursiva, por un lado, falta de articulación del concepto de castración que halla su nudo en lo real del goce de Freud por otro, y finalmente un pequeño resto que es la respuesta simbólica de Jacques Lacan a esa falta de articulación en la teoría freudiana.

En una palabra:

Retroacción en lo real del goce de Freud y progresión en lo simbólico del discurso de Lacan.

La pulsión de muerte es una parte consustancial de las tripas de todo este tinglado lógico que estamos describiendo.

Tinglado matematizable y que es una caja negra, en primer lugar, posee su parte retroactiva en lo real y su resto simbólico progresivo del freudismo al lacanismo, en segundo lugar su anudamiento, a un particular, articulado de una manera elemental al propio goce de Sigmund Freud -gocce de castración- y como término final a Tánatos, un universal. Antes de continuar, efectuaremos una pequeña escansión. Ya que no son muchos los autores, más allá de Melanie Klein, Jacques Lacan y unos pocos más que se hayan ocupado de este aspecto medular de la teoría freudiana. Será, por lo tanto, interesante remitirnos a una bibliografía un tanto ectópica para nuestro medio psicoanalítico. No se trata de un libro francés, o de un ignoto psicoanalista de épocas heroicas, es un texto de un profesor americano de la universidad de Rochester, se llama Norman Brown. Este autor tiene la virtud de ser uno de los pocos norteamericanos bien pensantes en los años sesenta en el discurso psicoanalítico. Este compendio, que por momentos tiene unos tintes tal vez un tanto triunfalistas -he allí su punto débil- no deja de poner las cosas donde deben ponerse: el ser humano es un hombre enfermo. Norman Brown nos presenta su ensayo como un estudio sobre el sentido psicoanalítico de la historia y se puede visualizar allí un acercamiento primordial al instinto de muerte como resultado de un hombre patologizado por su sujeción al lenguaje. De allí lo interesante de este libro pues presenta una frescura que tal vez a veces se pierde en la retórica lacaniana.

Hablamos del instinto de muerte como parte de una premisa lógica, y es conveniente ver que es una lectura no frecuente en psicoanálisis antes de Jacques Lacan.

"Eros y Tánatos" de Norman Brown, que es el título del libro que menciono, nos recuerda como el instinto de muerte resulta ser la piedra angular del descubrimiento de Sigmund Freud. Es uno de los poquísimos autores de excepción en Estados Unidos, donde el ideario de la oblatividad -que lamentablemente también arrastra su reflexión- está entretejido con los avatares del malestar de Tánatos.

Así presentaremos, siguiendo la intuición de este norteamericano, al inconsciente como enfermo de instinto de muerte, para hallar sus raíces, sus antecedentes, en los primeros textos freudianos en el sentido de la lógica a la que nos remite Jacques Lacan. El hombre es un ser enfermo pues el aparato que lo constituye siempre busca su destrucción y en esto hay algo extremadamente irreductible; es decir, incurable y por fuera de toda ilusión americana.

Vamos a empezar, por tanto, ahí nuestro recorrido de lectura -por fuera de toda esperanza, para mostrar los precursores que posibilitan visualizar la existencia de Tánatos en lo humano. Es decir, haremos un cambio de signo de un comentario efectuado con anterioridad y saldremos por la *Traudeutung*, continuando a mediados del camino por *Jenseits des Lustprinzips* para retornar en el *Entwurf einer Psychologie*. Estos escritos son los verdaderos precursores, donde se hallan las sutiles claves del compás de goce freudiano, que deberán trazar el rumbo en la navegación del mar de los denominados textos teóricos.

Hay otro sesgo no menos capital, visualizar los precursores del instinto de muerte es obligarnos a salir un poco de la fenomenología para fundamentar nuestras reflexiones.

Efectivamente hay otras vertientes que los síntomas para pensar el instinto de muerte en lo humano. Tenemos el costado empírico -sintomático- que hace referencia al fenómeno, verbigracia la guerra resulta muy ilustrativa. Tenemos, por ejemplo, la guerra de este fin de

siglo de Ruanda, donde el salvajismo, el canibalismo, y todas las formas de aberración del "viva la muerte" español se muestran de manera descarnada, también está el matadero yugoslavo; en fin, hay gran variedad de carnicerías para recibir el siglo XXI. Sin embargo, si nos quedáramos ahí no estaríamos haciendo una lectura seria, haríamos ideología, porque alguien podría decir que esto es un problema de educación; cuando el hombre se culturalice adecuadamente dejará de estar sujeto a sus más abyectos instintos. Nos saldría, nuestro objetante interlocutor, con una versión moderna de interpelación aristotélica, comentándonos que ciertas intemperancias puras son cosas de bestias y no de hombres inmersos en un *ortho logos*.

Hacer existir la fenomenología de la barbarie como ejemplo empírico de la existencia de Tánatos no resulta adecuado desde la rigurosidad de una buena lectura de Freud pues entraríamos en una guerra del sentido.

¿Qué quiero decir con ello?

Qué por ejemplo podríamos contra argumentar a nuestro polemista identificado con los ideales educacionales y comentarle que en el año 1933 no existía el analfabetismo en Alemania, que todos estaban en un adecuado *episteme* y se produce, sin embargo, una de las mayores atrocidades de la historia.

Argumento válido, por cierto, pero no más recomendable, pues también alguien nos podría salir a la palestra del realmente "imbécil" pacto de Versalles. Anagrama inverso del plan Marchall y que nos corroboraría un cierto cambio de signo en el devenir de la historia.

O mejor dicho, de las radicales diferencias entre los europeos y los americanos.

Es por todas estas pequeñas ironías que sostenemos que desde líneas argumentales del sentido no es el mejor de los caminos para sostener el discurso freudiano.

Se trata de articularlo más allá de la significación como efecto mismo del encuentro con una lógica de la estructura, de un decir cuasi matemático que nos brindará el álgebra de unas fórmulas, de una combinatoria de funciones, que con sus respectivos resultados e incógnitas nos remita por fuera del sentido aparente y fenoménico de las cosas.

El instinto de muerte sólo adquiere una base lógica estructural registrando su existencia en lo real mismo de la naturaleza humana, en un real considerado silente, en lo mudo que está por fuera del percepto. Es decir, por el lado de lo que no se observa porque precisamente una de las cuestiones que implica el discurso científico es poder visualizar cuestiones, datos y leyes que están por fuera del orden de lo perceptivo pero que de manera subliminal afecta a la mecánica y al orden de las cosas.

La guerra es el efecto manifiesto del oculto Tánatos, y es a este monstruillo al que debemos sacar de su penumbra.

Vayamos a uno de los síntomas del que Freud parte para pensar en la existencia de un instinto de muerte. El visualiza, en una gran cantidad de casos, que cuando un paciente se está por curar puede ocurrir una regresión mórbida. Se vuelve como si estuviera al comienzo del tratamiento o aún peor, es como si no quisiera aceptar su cura que casi parecía realizada.

Pondré un ejemplo clínico. En un momento crucial de una cura le comenté a una analizante:

- "Hemos hecho mucho." "Entró usted casada y a está altura del

análisis está divorciada."

Había que tener en cuenta que el marido era homosexual, sin ella querer saberlo en su entrada en análisis. Así parecía un logro el haberse separado de un sujeto con el cual no tenía prácticamente relaciones sexuales, y que si las tenía era aún peor desde un punto de vista higiénico.

Después de un breve lapso donde la paciente ironizó:

- "Con qué cuestiones ustedes se ganan la vida."

Le respondí:

- " ...En efecto, entró usted `sin comerse un rosco´ y ahora tiene orgasmos con su amante casado, mientras su mujer espera un nuevo vástago, pero no sabemos por qué las cosas son así." "Como tampoco sabemos por qué me obliga a tener que contestarle de esta manera." Dando por terminada la sesión.

Como es lógico, al día siguiente llegó a sesión con una gran emergencia de agresividad y reafirmada en el hecho de la miserabilidad del tratamiento. Entonces comenté:

- " ...Efectivamente estas son las cosas que hemos hecho, pero usted sigue sin poder aceptar los lugares conseguidos y en el fondo todavía no sabemos por qué." Poniendo fin nuevamente en el mismo punto a una sesión aún más breve que la anterior.

Este minúsculo trozo de análisis, que provoca y quita la agresividad en un automatón, no responde al sentido aparente del diálogo -lo que en el fondo estaba sucediendo era resistencia como transferencia de amor. ¿Por qué no podía ella tenerme como esposo en vez de analista, en lugar de andar "girando" de un lado a otro sin sentido? ¿Es que prefería su dinero antes que el amor? Y más allá del amor, una desolación que cada vez resultaba más difícil de encubrir. Era un momento donde la analizante llega a la certeza de que debía interrumpir su psicoanálisis. Ejemplo vivo de la manifestación de Tánatos pues las cosas marchaban por un lugar muy diferente de lo aparente. En lo manifiesto no logra ocupar la plaza frente al otro de manera satisfactoria, piensa que toda su actualidad es una porquería, que la cura es poca cosa pues carece de los ideales sublimes que esperaba al iniciar el tratamiento. Lo conquistado con un arduo trabajo analítico durante años, no es un paraíso. La paciente no estaba tan lejos de un final de análisis que le otorgara no sólo un atravesamiento del fantasma sino la retroacción posterior que permitiese un levantamiento de su síntoma de estar al servicio de los demás. Pero no era precisamente por la escena analítica donde debía empezar dicha tarea. Pues todavía había algo que entender en relación a su fantasma.

Aún se repetían restos de su anterior posición de masoquismo femenino, donde Tánatos ejercía su reinado.

Entonces decimos que debemos hallar otra manera de introducir la cuestión del instinto de muerte que es por fuera del percepto. Nosotros tenemos que demostrar su existencia exteriormente a lo fenoménico, es decir en una lectura que tenga la estructura de un algoritmo.

Lo que estaba en juego, en el caso expuesto de esta analizante, era despejar un afecto de repulsión que la sujeto manifestaba con sus tíos, los que se ocuparon de ella cuando fue literalmente abandonada por sus padres en un internado. En el lugar del abandono, sentimiento que la acompañaba a todas partes, un fantasma de sodomización, es lo que se resistía a ser construido para evitar así un enlace lógico posterior. Sodomización que pretendía "colar" sin pensar, en acto, en la transferencia.

Después de todo ella llevaba años de análisis, muchos fueron sus progresos, tanto en el terreno laboral, como en el descubrimiento de su propia sexualidad. ¿Por qué pensar entonces que el requerir mi amor era transferencia y no lisa y llanamente un sincero afecto? ¿Y si no era posible, entonces por qué continuar un análisis? ¿Su demanda de que su psicoanalista seriamente abandonará la plaza y ocupará un lugar de amante, no era acaso de la misma naturaleza de lo que terminará suponiendo que ocurrió con sus tíos?

Y más allá de ese fantasma de goce que no respondía a lo que realmente pasaba, sino a un

deseo, a la necesidad de hacer partícipe a un otro de un interés sexual ¿no era un *Proton Pseudos* que quería invertir los logros analíticos en un desinterés manifiesto del otro por ella?

La realidad de un hecho que permaneció desde la ausencia histérica, en el transcurso de su análisis, a pesar de haber estado ahí de manera permanente, nunca se había podido fijar. La partida del hogar paterno coincidía con el engendramiento de su hermano menor.

Más allá del sentido aparente de las cosas y del decir sobre las fantasías, una lógica de goce insistía en esta analizante, tratando de hablar por ella misma de ese drama infantil que no podía reflexionarlo como ocurriendo a una edad tan temprana y coincidente con la llegada al mundo de su hermano menor. Todo su psiquismo estaba al servicio de desfigurar tal realidad.

Retornando un momento al plano teórico de nuestra lectura de Freud, este dispositivo que vamos a crear tiene como premisa al instinto de muerte; cuando se termine de hacer el recorrido de lectura -su exploración textual- nos debe certificar de una manera retroactiva y científica, es decir por fuera del percepto, en el exterior de lo que es la apariencia de las cosas, como Tánatos no es una premisa sino una realidad tan existente como puede serlo una partícula subatómica atravesando dos espacios situados en el mismo plano. O que una anorgasmia y un orgasmo puedan coexistir en un mismo anudamiento. Es decir, que una paciente momentos antes de abrochar la cura quiera interrumpir el proceso y permanecer el resto de su vida en una posición masoquista, con tal de evitar decirse que no fue pocos años antes de comenzar la pubertad sino en el mismo instante de iniciar su segunda infancia cuando sus padres se desentendieron de ella ante el nacimiento de un nuevo vástago.

Vemos entonces, como consecuencia de nuestros propios argumentos, como la existencia de un instinto de muerte en lo humano debe certificarse de manera lógica.

En una palabra, pesquisar el tipo de estructura que hay en juego más allá de tal o cual sentido del relato.

No se trataba de la miseria a la que le llevaba el análisis, a la imposibilidad de desplegar un afecto construido según ella en los años de su cura, sino a la que le arrojaba su propia historia infantil, tratado de reproducir en el silencio pulsional un Otro del desinterés.

De un marido homosexual, a un amante que por sobre todas las cosas terminaría abandonándola al privilegiar la relación con su esposa, esta mujer se encontraba en el reverso de un fin de análisis "lacaniano". Más que comprobar que el Otro no existe, que el otro siempre está barrado en sus intereses narcisísticos, debía poder inscribir que algo de un pequeño otro había podido ser construido en su subjetividad en el recorrido de su análisis. Nuevo amor que la confrontaba de cara a la sublimación de la sexualidad de su fantasma.

Precisamente porque debemos darnos esa rigurosidad más allá del sentido aparente, en una enseñanza que pretenda ser verdadera, por lo que debemos pesquisar la estructura lógica en juego en el discurso de Freud y esto es algo que no hallaremos exclusivamente en la simple observación de los fenómenos, o en la superficie sintomática del sentido. Si el psicoanálisis tiene algo que lo emparenta con lo científico, más allá del decir de sus textos, es porque existe un orden lógico causal revelando unas razones etiológicas que previamente no están presentes en el sentido inmediato de lo leído. Entonces nosotros tenemos que darnos esta rigurosidad, no solamente en el terreno de la clínica donde se juega la cura de los sujetos, sino en el desarrollo mismo de una lectura; allí debemos escuchar qué lógica ha operado en Freud de manera subliminal. En este punto, práctica teórica y quehacer clínico tienen un profundo nudo de encuentro.

Debemos leer a Sigmund Freud de la misma manera que escuchamos a nuestros enfermos.

Permitiendo la construcción del síntoma analítico, y más allá de lo que se dice encontrar el goce en juego. Más allá de las palabras del analista y las resistencias de nuestra paciente debemos visualizar ese goce que en nuestro caso se trata de masoquismo femenino y donde la silente pulsión tanática trata de preservar un otro del desinterés.

Preservar la repetición en ausencia de que no le interesa a nadie, en la mascarada fantasmática de esa tía embarazada que hace de madre sustituta antes del parto, entre los "cariños" que su marido prodigaba a su sobrina las tardes de domingo a la salida del internado; cuestión que se construía como reverso a fin de evitar comprender la verdad descarnada de una lógica de goce abandonada en un no cesar de no escribirse.

Sí, en la analizante comentada, se trata de la construcción de un fantasma que permite un primer atravesamiento, para comprender allí un enlace con la realidad de su historia que la remite a una especial lógica de goce, lo que conlleva en un momento segundo a comprender la real naturaleza de su fantasma fundamental y permitir con ello la disolución del masoquismo primordial que se repetía a pesar de los grandes cambios habidos en su sintomatología de innumerables inhibiciones. Si esta lógica fantasmática es imposible de ubicar hasta no dar con las raíces estructurales del goce y éste sólo se captura en la medida que irrumpen ciertas escenas que hasta un determinado momento no son posibles de correlacionar en lo actual de una transferencia; en la lectura de los textos se tratará de lo mismo en cierta manera, se deberá construir la teoría como si del fantasma de un paciente se tratase, correlación de un sentido que se disuelve en la transferencia de nuestro propio goce en la lectura de lo gozado latente del texto.

La relación sexual no existe, pero si la sintonía al goce del otro.

De allí el cambio de signo a la salida de nuestro trabajo de lectura:

Retroacción de lo simbólico hallable en lo real del goce y progresión de lo real encontrable en el discurso. Freud debe convertirse así en nuestro analizante, qué estructura mental, qué logicidad de la mentalidad se halla detrás de sus palabras, cuáles son sus modelos lógicos latentes y qué tipo de estructura podemos construir con todo ello teniendo a su goce repeticional como brújula. Este es, y pensamos demostrarlo, el abordaje que introduce Jacques Lacan como método latente de lectura de la obra freudiana.

IV

Vamos a continuar comentando esta lógica de la retroacción simbólica cuyos efectos pueden visualizarse en el registro de lo real. Real progresivo, que tiende a la complejización por efecto de lo simbólico.

Retroacción de la cadena significativa, que se halla en su propia lógica circular, que traíamos en referencia al propio comentario que Jacques Lacan nos brinda del mito individual del neurótico, cuyos efectos siempre son encontrables por el lugar de entrada de la palabra con un cambio de signo a nivel de lo real del goce. Es decir, *après coup* que constituye el punto de salida con el mismo significante por donde se inició la entrada -o puesta en marcha- del despliegue discursivo, pero con un cambio de posición a nivel de lo gozado. Es este cambio de signo, en el goce, lo que hay que certificar como constituido en todo fin de análisis y que no sólo apuntará a la ligereza interior, sino que simultáneamente conectará la subjetividad con "el malestar en la cultura".

Lo que da cuenta, en definitiva, de la conclusión de una cura.

Esta progresión de lo real, que como tal tiende por su propia inercia a la complejidad, acusa

los efectos de la linealidad discursiva que en una inflexión cristalizará una "condensación" sintomática que permitirá un punto de escape por retroacción significativa *-après coup-* donde el propio término simbólico inicial marcará la ley de salida pero en el encuentro de un nuevo real que tendrá un cambio de signo en relación al anterior y que supondrá el cercamiento de un nuevo espacio pulsional más complicado en relación al malestar.

Este nuevo real es constituido por el trabajo de invención de lo simbólico -aunque no todo, ya que la propia "naturaleza" tiene allí, seguramente, su parte más determinante.

Todo lo dicho se ubica perfectamente en el despliegue del desarrollo científico cuando éste necesariamente se articula a una tecnología de consumo. Las irrupciones de lo real en forma de malestar que se observan en la sociedad de nuestro tiempo y cuyo ejemplo más inmediato es el desarreglo del propio ecosistema por la propia transformación producida por la presión tecnológica, ejemplifica de manera inmediata lo reseñado en las líneas precedentes.

El cambio climático, la resistencia bacteriana, o las nuevas eclosiones de enfermedades interespecies, son indudablemente nuevos reales que la ciencia ubica como efectos del funcionamiento de su propio discurso en el mundo en un porcentaje apreciable de casos.

Pero más allá de estos ejemplos, cuyos límites estamos todavía lejos de poder sistematizar de manera fehaciente, nosotros vamos tratar de introducir una casuística clínica mas cercana a nuestra práctica.

Pues la cura no sólo provee al sujeto de mayor ligereza interior, sino que le remite a un nuevo real pulsional, que si bien puede ser mas satisfactorio desde un sesgo, desde otro tendrá una relación íntima con la complejidad del malestar en la cultura.

Ejemplificaremos, por lo tanto todo lo dicho, a través de un caso clínico, que se halla en los albores del discurso psicoanalítico y que se encuentra en "Estudios sobre la Histeria", texto que Sigmund Freud escribió con Josef Breuer, y donde se diferencia con precisión la pluma de cada uno. Cuando Breuer nos habla de "Hanna O" nos invita a pensar en un recorrido histórico de la cadena significativa, con puntos traumáticos que van produciendo las diferentes sintomatologías de la paciente.

Tenemos a una joven que se llamaba Berta Pappenheim y que como el propio Jacques Lacan nos informa terminó siendo una figura de la asistencia social en su país, reconocimiento estampado en un sello postal de la mitad del precedente siglo que fenece. Se le dio el sobrenombre de "Hanna O" para ocultar su identidad en esa Viena arcaizante.

Freud tuvo la primera noticia de esta enferma a finales del año 1882, por narraciones del propio Breuer. Durante su viaje a París, le comentó a Charcot el tema, pero el francés pareció no estar interesado en un caso puro de psicología. Berta Pappenheim tenía veintinueve años cuando su familia, desesperada, se dirigió al Dr. Breuer en 1880. A pesar de sus años hoy podríamos caracterizar la cuestión como una perturbación que un psicoanalista argentino denominó "el síndrome normal de la adolescencia". Era un estado de exaltación bastante importante, alucinando con las serpientes en la pared y otras cuestiones no menos aparatosas y que no necesariamente nos remiten a la psicosis sino a esas crisis bastante extremas que pueden darse en la adolescencia, en momentos difíciles del adulto joven o en estados extremos de tensión y que se divulgaron bajo la figura del *surmenaje*.

Esta joven dama tenía un gran cuadro histérico, con los grandes fenómenos primarios que hay en la adolescencia y que sagazmente Freud lo subraya en "El proyecto de una psicología para neurólogos" como lo pertinente a esas edades en una gran variedad de casos.

Dichas alucinaciones se acompañaban de diversas contracturas musculares, problemas en beber agua y una larga lista de síntomas a cuál más rimbombante.

El padre de Berta, adinerado comerciante de cereales, Sigmund Pappenheim de Viena, había

contraído la tuberculosis algunos meses antes. Ni siquiera una afección grave como ésta se trataba entonces en el hospital. Su mujer lo atendía durante el día, y su hija, por la noche. Berta, que había llevado la despreocupada y monótona vida de una hija de buena familia, vió como esta enfermedad paterna trastocaba toda su existencia. Las noches en blanco junto al lecho del padre moribundo terminaron por acarrearle graves trastornos, empezando por sufrir desmayos cada vez más frecuentes. Como llegó a sentir repugnancia frente a cualquier forma de alimento, la anemia hizo su entrada en la escena y la madre le prohibió que siguiese atendiendo a su padre por las noches.

Cuando Breuer acudió por vez primera a la casa de la enferma, el 8 de diciembre de 1880, "Ana O", aparte de su pertinaz anorexia sufría graves trastornos visuales y auditivos, fuertes dolores de cabeza, tos nerviosa, alucinaciones y síntomas de parálisis de los músculos del cuello y del brazo derecho. Posteriormente se adicionaron otros trastornos en el lenguaje. En un primer momento, Breuer recomendó "reposo absoluto", observado hasta el 1 de abril del año siguiente.

La paciente mejoró con tal recomendación, pero al fallecer su padre a los cinco días de haber puesto fin al reposo -es decir, el 5 de abril de 1881- reaparecieron todos los síntomas. De la historia clínica de "Ana O", que Breuer escribía a instancias de Freud, se desprende que aquél consideraba a su paciente con un diagnóstico de estructura de un grado de gravedad bastante pertinente:

Ciertos fenómenos elementales no le llevaron a pensar en una psicosis.

"Rapidísimos cambios de estado de ánimo..." -dijo, para continuar comentando los síntomas- "...algunos momentos de serenidad; el resto, profundos sentimientos de angustia, obstinada oposición a toda medida terapéutica, inquietantes alucinaciones de serpientes negras." "Como tales veía sus cabellos, lazos, etc." "A todo esto, ella se aconsejaba a sí misma no ser tonta, que eran sus cabellos, etc." "En momentos de plena lucidez, lamentaba la profunda oscuridad de su cabeza, como si no pudiera pensar, como si fuera a quedarse ciega y sorda, como si tuviera dos yoés, el suyo verdadero y otro pérfido que le coaccionaba a lo malo."

Todos los padecimientos eran consecuencia, según el doctor Breuer, de:

"Una gravísima neurosis y psicosis de naturaleza histérica."

Pero de ninguna manera pensaba Breuer en una estructura de tipo irreversible o incurable. Dado que Berta, en estado de plena consciencia, no estaba en condiciones de guiar a su médico a la causa de sus síntomas, Breuer le propone hipnotizarla. Fue el primer maravillado con el resultado. Tan pronto que entró en trance, se le preguntó por sus trastornos y se obtuvo una respuesta satisfactoria.

Nos comenta el médico:

"...La visité por la mañana, la hipnoticé y, tras conseguir que ella concentrara sus pensamientos en el síntoma tratado, le pregunté por las circunstancias en que había aparecido." "La paciente describió en secuencia rápida, con breves frases, estas ocasiones externas, que yo anoté." "En la hipnosis de la tarde, apoyándome en esta secuencia anotada por la mañana, contó con más detalle las circunstancias."

De pronto pareció existir una explicación para el síntoma. Se la hipnotiza, recuerda el trauma que supuestamente le produce una determinada inhibición o fenómeno primario, pasa en definitiva lo que estaba latente, reprimido, al discurso manifiesto, reemplazando así la inhibición, la alucinación o las contracturas musculares por el recuerdo que se hallaba olvidado en el inconsciente; producido este enlace irrumpe la desaparición sintomática. En una palabra se liga el pretérito recuerdo traumático olvidado a la consciencia y se consigue con ello la cura parcial.

Pero ocurre que a los días sigue un poco enferma porque solamente se recorrió uno de los numerosos enlaces traumáticos, así hay que volver a establecer otra ligadura, y así sucesivamente, hasta completar la cura de manera global.

En definitiva, se establece una explicación para cada uno de los padecimientos. Un trastorno visual se desarrolló cuando las lágrimas derramadas junto al lecho de su padre le impedían leer un libro que tenía en sus manos. Una tos nerviosa al escuchar la música de baile en la casa de una vecina. La pertinaz sordera cuando quiso ignorar un ahogo en el amado paciente. El habla, falló, cuando la mortificación por la muerte paterna, ya cercana, fue máxima.

En la hipnosis fueron saliendo a la consciencia, uno tras otros los motivos. Hipnotizada "confesó" las mortificantes vivencias de la sacrificada asistencia paterna, cambiando el sesgo al culpabilizar a su padre. De pronto reconocía haber querido ir a bailar en lugar de cuidar a su padre; se tornaba patente que ella oprimía la verdad de unos deseos no tan altruistas.

Toda esta dinámica, es la famosa curación llamada "Limpieza de chimenea", por asociación del síntoma con su recuerdo traumático olvidado y cuyo padrinzago e invención se debe al Dr. Josef Breuer.

Va haciendo desaparecer las diferentes inhibiciones, estados crepusculares o alucinaciones, uno a uno, estableciendo un enlace entre el síntoma y el recuerdo traumático que es en definitiva la etiología de cada manifestación mórbida.

Entonces de adelante hacia atrás, como señalamos, recorre cada una de las representaciones conscientes, cada síntoma de la sujeto, cada uno de sus malestares, los va asociando con lo que hay de traumático en el inconsciente y se va consolidando la desaparición de la neurosis. Al finalizar todo el recorrido, la hipótesis es que ya no hay más síntomas que den malestar. La curación tendría que estar completa. Pero he aquí, como ya sabemos, Josef Breuer no pudo terminar de curar a la paciente.

A primeros días del año 1882, Breuer interrumpió bruscamente el tratamiento. El dice en "Estudios sobre la histeria" que el final de la cura fue un paso armonioso, sin embargo la cuestión es de un orden muy diferente. A consecuencia del intensivo tratamiento de Berta, Matilde, esposa de Breuer, había desarrollado unos intensos celos que amenazaba con llevar el matrimonio al desastre. Con la aparente intención de no seguir acosando de tal manera su vida familiar, le informa a su paciente que nunca más irá a visitarla.

Tal anuncio desencadenó una catástrofe. Si en los días anteriores parecía casi restablecida, el bonachón Breuer tuvo que apresurarse al lecho de su paciente al atardecer del mismo día en que había efectuado la comunicación de interrupción, 7 de junio de 1882.

Completamente desquiciada, "Ana O" se debatía entre los dolores de un falso parto y gritando:

- "Ahora viene el hijo del doctor Breuer."

Evidentemente la paciente estaba enamorada de su médico y sintomáticamente respondía al abandono teniendo un embarazo histérico que cortocircuitó la contratransferencia.

¿De qué manera?

Antes de la irrupción de ese síntoma ya comenzaron a surgir una serie de afectos transferenciales, amor por parte de esta chiquilina hacia su médico bonachón. El pobre Breuer se empezó a poner nervioso y se lo contó a la mujer.

Toda una verdadera ensalada de afectos transferenciales, un aparente caos, que veremos, no es tal.

Después del "desencadenamiento" histérico, el médico personalmente muy afectado visita nuevamente a su paciente, para hipnotizarla y tranquilizarla. Abandonando luego la casa de la familia Pappenheim para siempre. A modo de huida, emprende un viaje con su esposa como segunda luna de miel; viajaron a Gmunden am Traunsee.

Como Breuer no volvería a tratar, nunca más, a "Ana O" para descargar su conciencia la remite a un sanatorio privado suizo, a Kreuzlingen, junto al lago de Constanza.

La "retirada" cobarde de Breuer tendría consecuencias terribles y es por ello que hemos puesto la palabra entre comillas.

Nunca es posible retroceder frente al inconsciente.

Pero no hablamos de la paciente, quién no lo paso nada bien en los primeros tiempos de la interrupción, sino a la situación del propio médico.

Por un lado a Berta le irrumpieron gran parte de sus antiguos síntomas. Padeció una dolorosa neuralgia facial y durante algún tiempo fue morfinómana. Tal fueron sus padecimientos, que ingenuamente Breuer, a quién el hermano de Berta tenía siempre al corriente, confesó en cierta ocasión a Freud que deseaba la muerte de su antigua paciente.

"...Para que la pobre se viera libre de sus sufrimientos".

Ingenuo pensamiento, dado que sería él mismo quién acarearía en propia carne los embates más severos de su posición ética. No todo se arregla tan fácilmente, meter la cabeza como el avestruz debajo la tierra de una segunda luna de miel con su mujer y dejando a esta paciente literalmente tirada en plena activación de su neurosis histérica, tendrá en su historia un final desgraciado.

Al "escapar", renunciando a su deseo de terapeuta, algo se le "cuela" a este médico judío por la ventana del inconsciente. La irrupción del real del embarazo histérico constituido por la progresión del discurso de la "Limpieza de chimenea" y que produce esta reafirmación en la fuga transferencial del lado médico no se explica en lo manifiesto de los sucesos.

En verdad a Josef Breuer se le murió su madre en unas condiciones que todo este *affaire* con la señorita Berta no vino más que hacer de espoleta. Su madre se había muerto cuando nació su hermano, teniendo él la edad de tres años. Toda esta escena trasferencial le remueve a este bonachón médico su propia historia a un real más allá de lo que tenía, él mismo, calculado.

Tesis que por otra parte no es nuestra, ya que el psiquiatra americano George H. Pollock es quién sostiene que la repulsa de Breuer es debida a una raíz sexual neurótica que podría derivar de este trauma de la infancia. Indudablemente nosotros hacemos nuestra la tesis.

Toda la ironía que nos embarga al pensar en la jovencita histérica y el médico maduro, cambian repentinamente de lugar. Ya no se trata de la linealidad transferencial de una sexualidad con una enferma que responde a los embates de la seducción, sino que tales embates remiten a este médico a otro lugar que se encuentra en su propia historia infantil.

No son tanto los celos que puede suscitar esta escena en la mujer de Breuer, sino la transferencia en la propia historia de este médico al nacer su hermano y que le hace salir

literalmente huyendo de su lugar de terapeuta utilizando como excusa los celos de su esposa. Vemos entonces como el esquema terapéutico -modelo lineal, que Berta Pappenheim denominó *talking cure* ya que había borrado de su memoria su lengua materna y conversaba solamente en inglés- se fractura pues aparece otro eje que será el paradigmático, aquello que no se encuentra en el camino previsto, sino que irrumpe como desde otro lugar. Cortocircuito en lo real y que le hace decir a este médico que la cuestión no era una etiología sexual; en verdad para él no lo era exclusivamente pues de lo que se trataba era de su orfandad y del pánico a perder a su protectora esposa.

Se trata no de la sexualidad genital, sino de la sexualidad edípica articulada a Tánatos. La muerte de la madre parturienta introduce una ruptura en esa mecánica de ir recorriendo paso a paso las cuestiones de un adelante hacia atrás, hay que contrastar otro modelo de inconsciente ya que el exclusivamente lineal no nos responde a la fenomenología de una clínica, pues la transferencia nos visualiza que las cosas son mucho más complejas.

No todo se reduce a la historia particular de un sujeto sino de como ésta se articula con el deseo del Otro. Es decir cómo lo particular de la historia de alguien se anuda a lo universal que implica el campo del deseo humano por su articulación elemental al objeto causa.

El final de la cura, que Josef Breuer ubicaba por el recorrido de los diferentes traumas, ya no se encuentra en la historia del sujeto, sino que le antecede.

Anudamiento aún antes de su nacimiento, y la forma de cercarlo será a través de la transferencia.

El nudo de toda cura se articula al deseo del otro. No se puede llegar al final desde la perspectiva de una linealidad discursiva porque el final ya no está aquí, no está donde parece que estaba, no se encuentra en la particular historia acaecida en el sujeto, ni en sus recuerdos, sino en la transferencia que delata otro registro, otro lado por fuera de la historia efectivamente vivida de la persona y que normalmente revela su naturaleza cuando se entrelaza a un intenso vínculo afectivo donde el otro está en el lugar del objeto causa.

Ese otro, que es el psicoanalista, debe saber discriminar lo propio para que no entre en juego y que sólo sea una brújula de goce que oriente la construcción de los antecedentes lógicos que preexisten al propio paciente, y realizar por tanto una construcción fantasmática.

Ese lugar anterior al propio nacimiento del sujeto sólo es posible de intuir por su manifestación en la transferencia. La sintomatología de Berta Pappenheim dirigida al deseo de su terapeuta fue un tesoro desperdiciado en la cura y que tuvo posteriormente consecuencias terribles en la vida del propio médico, con el suicidio de su hija.

Como afirmamos antes, no hay huida posible del inconsciente. No fue el caso para la paciente, que padecía esta enfermedad de "adolescencia". Las terribles consecuencias fueron para el huido, exclusivamente.

Berta tan enferma en otro tiempo terminó emprendiendo viajes que la llevaron a rincones insospechados del mundo para luchar en combates sociales de tipo caritativo. Después de haber fundado, con sus propios recursos, un hospicio para niños judíos, se convirtió en una aguerrida luchadora contra la trata de blancas. Escribió artículos, libros; pronunció conferencias, entabló contactos con personalidades influyentes a las que les pedía apoyo para su causa en defensa del maltrato a niños, jóvenes y mujeres. Hay que resaltar que una de las resoluciones presentada por ella en la Sociedad de Naciones fue apoyada por Albert Einstein. Una vez terminada la primera guerra mundial, "Anna O" se hizo famosa como pionera de la emancipación femenina, como portavoz de las mujeres judías y como una de las impulsoras del movimiento feminista alemán.

Falleció a los setenta y siete años de edad, en 1936, tras haber subestimado la barbarie

hitleriana y rehusar tomar el camino del exilio fuera de Alemania.

Vemos, por lo tanto, como de este *affaire* terapéutico, el que realmente sale mal parado es el doctor Breuer.

Este anudamiento sintomático transferencial, nos permite pensar que se debe lograr un cierto reverso del mismo en la cura psicoanalítica, inversión que consistirá en articular toda una concepción del final de análisis más allá de los síntomas y donde las pasiones transferenciales orienten nuestro quehacer.

Límite donde ya no es posible poner un sentido a lo real de nuestro pasado, a lo más íntimo y al mismo tiempo lo más ajeno que nos ha constituido como personas en lo universal del deseo del Otro. Es el registro de la transmisión discursiva entre las generaciones, tan efectiva como la transmisión genética y que en un punto es inaccesible, *Verborgen*, primordialmente reprimido y que se articula con lo universal del deseo; no teniendo otro representante que la libido inmortal.

Registro simbólico que sólo podrá construirse en lo particular de una historia tomando al goce transferencial como brújula.

El modelo lineal que Breuer no pudo terminar de recorrer en "Ana O", se le deslizo a otro nivel. Encuentro con sus propios conflictos, algo en el tratamiento con esta paciente apareció allí, en su propia historia, que él no tenía previsto. Josef Breuer se bloqueó completamente como terapeuta, al remitir el embarazo histórico de Berta al fantasma de la muerte de su propia madre. Este hombre se quedó aterrado, espantado de lo que apareció en su trabajo clínico con esta muchacha.

Queriendo la protección maternal de su mujer por sobre todas las cosas, no estuvo dispuesto que allí el deseo pudiera jugársela, pensó en una sencilla retirada, pero la histérica le lanza a plena cara una interpretación salvaje con su síntoma inconsciente. Es como si le dijese, me quieres abandonar para no perder la protección de tu mujer que te cubre la orfandad, pero tu deseo, tu sexualidad está aquí conmigo.

No quiso saber nada de todo esto, el síntoma de su paciente, más que hacerle retroceder le afirmó aún más en su primera decisión; de ahí que Freud conteste a su mujer, un poco ya advertido de lo que escondía el alma de su femenina:

-"Yo no soy un Breuer."

Sigmund Freud sí quiere saber de esto, comprender la relación del inconsciente, cómo éste se anuda en el deseo del otro, deseo de hacer existir la falta, y como siempre en ese punto aparece una extraña relación con la muerte y lo sexual. Sexualidad y muerte son los temas que insisten en la base más profunda de los síntomas de las personas. Lo que constata Freud con la clínica de las histéricas, en su propia esposa y en él mismo. Ello le lleva, más allá de sus intenciones conscientes, a plantear otro modelo sin poderlo discriminar de manera adecuada en sus primeros escritos y en sus experiencias inaugurales con sus pacientes.

Es el modelo retroactivo enunciado de manera elemental en la identidad de percepción del *Entwurf*, o en el capítulo VII de la *Traudeutung* con el modelo del telescopio; cristalización de un *après coup* que siempre retorna a un lugar no previsto. Sorpresa en lo esperable, pues allí donde se ubica la entrada del estímulo y se prevee su salida por la vía motora, regresa sorpresivamente a su entrada perceptiva con la tendencia alucinatoria; o allí donde se anuncia la cura en la disolución de un goce se visualiza un sorprendente retorno mórbido al síntoma y que habrá que repensar como instinto de muerte. Pero además siempre queda un resto, un residuo progresivo del discurso allí donde por otra parte un nuevo real se acerca.

Es lo que se visualiza en todo el *affaire* de "Anna O", el progreso del discurso que supone el recorrido de este método catártico por los diferentes traumas de la paciente se cristaliza en un real de amor transferencial que retroactúa sobre un viejo real anterior ubicado en la historia de este médico. Es decir, el despliegue de la cura hace evolucionar el discurso hasta cercar un nuevo real más complejo, que es el embarazo histérico de Berta, al que Josef Breuer no puede ponerle una cadena significante estructurada, este real pulsional queda cercado pero sin una salida de progreso, en definitiva sin poderlo simbolizar, sublimar; por lo tanto, se precipita en *acting out*, provocando el retorno a un real anterior que sí queda simbolizado por esta dialéctica entre el goce y los significantes y que en nuestro caso es la orfandad del niño Josef.

La respuesta simbólica al nuevo real al que este doctor bonachón no puede ponerle palabras sintomatizando allí su retroacción, halla su solución en Sigmund Freud, quién será el portador de lograr una salida simbólica de progreso a ese nuevo real de goce transferencial y que se presentará como un resto discursivo, ya por fuera y en el exterior de toda esta historia de Pappenheim-Breuer, que constituye el espacio de un nuevo semblante inédito en la historia del hombre, a saber, el *objet petit a* que implica la posición del psicoanalista.

Objeto pequeño "a" que también es progresivo en relación al freudismo en tanto que designa simbólicamente a la brújula que supone lo real del goce freudiano; el goce de escucha psicoanalítico inventado por Sigmund Freud.

V

Hacer una lectura tomando el goce freudiano como brújula, es validable en la medida en que no se aparte de la letra del texto. Por tanto, debemos articular de manera práctica el punto de vista que hemos ido desplegando en la praxis misma de una lectura.

En definitiva, cómo pensar el saber que hallaremos en la letra, con la verdad de goce que como tal aloja el texto.

Antes de introducirnos, una última advertencia, el deseo de saber en psicoanálisis no tiene absolutamente nada que ver con lo que produce saber, según nos previene el propio Jacques Lacan.

Aseveración absolutamente subversiva para cualquier pedagogía.

Dice Jacques Lacan el 26 de noviembre de 1969:

"...Si hay algo que el psicoanálisis debería obligarnos a sostener obstinadamente, es que el deseo de saber no tiene ninguna relación con el saber -a menos, por supuesto que nos contentemos con esa palabra obscena de transgresión." "Distinción radical, que con respecto a la pedagogía tiene las mayores consecuencias -lo que conduce al saber no es el deseo saber." "Lo que conduce al saber es -concédanme un plazo más o menos largo para que lo justifique- el discurso de la histérica."

El deseo de saber es aquello que acumula datos, acopia lecturas, recoge información. Todos esos conocimientos pueden ser más académicos, más enciclopedistas, más informales o más serios, pero no tendrán nada que ver con el verdadero saber, ni con lo que produce saber.

Una lectura psicoanalítica sobre Sigmund Freud, habrá que articularla con lo esencial de un goce, para encontrarnos con la verdad textual enterrada en las letras.

¿Pero cómo?

Es el propio Jacques Lacan quién nos responde al interrogante como señalamos más arriba, lo que realmente produce saber, no es el deseo de saber si no el discurso de la histérica.

La estructura histérica es lo que realmente produce el saber, como muy bien nos lo ejemplifica "Ana O", quién resultó interpretar mejor con su síntoma de embarazo histérico lo que estaba en juego en la transferencia, que su propio terapeuta refugiándose en la huida. Esto lo observamos, igualmente, de una manera muy simple en la clínica, donde hallamos mujeres que se quedan bloqueadas, no saben como desarrollar el más mínimo pensamiento, sólo borbotean imprecisos malestares. Hace falta instalarse un poco en su discurso, no reírse de sus ingenuas "histeriquiadas", en una palabra, que sientan que alguien las toma en serio, para que todo surja de la manera más espontánea. De pronto a la aturdida "ama de casa", o a la "bella superficial", le surge todo el saber; sólo habrá que poder escucharlo.

Esto tiene no sólo consecuencias pedagógicas, sino que además subvierte el propio concepto de educación, como nos daba a entender Jacques Lacan entre líneas.

Subversión que se entronca en lo propiamente científico, en tanto que para el psicoanalista el discurso de la ciencia tiene que ver con la estructura histérica y por lo tanto sujeto a análisis. He aquí la envergadura que supone una lectura clínica, es decir científica, de los textos de Freud.

Cuando estamos en el discurso de la histeria estamos en el registro que posibilita lo científico, es decir, en el orden de la verdad. En una palabra, cuando al decir de la histérica se le adiciona el cálculo irrumpe la verdad de lo real de la ciencia.

Es un hecho elemental para pensar la manera de organizar una lectura de textos psicoanalíticos.

Consentir con el discurso de la histeria quiere decir que aceptamos escuchar este discurso en lo que tiene de verdad, para calcular allí qué tipo de saber se constituye. Ya no estamos en el deseo de saber, sino que nos hallamos en las formas de cómo la verdad, al entrar en un universo calculable, abandona la eficacia de la mística o de la magia y produce saber efectivo. El saber verdadero no es el que ya está constituido en los libros, aquel que ya no interesa a ningún niño inteligente, es el que se produce en un proceso de invención. El verdadero saber no tiene nada que ver con el discurso universitario, no tiene ninguna relación con la acumulación de conocimiento, es simplemente lo que se halla en el corazón de la histeria cuando esto puede entrar en un algoritmo, o en un matema, si estamos en nuestra disciplina. Pero hagamos un paréntesis, dejemos a los científicos o a los psicoanalistas y detengámonos en las maestras. En esas pocas buenas maestras de educación especial que renuncian a enseñar; no pretenden transmitir nada -son el reverso de ese adefesio educativo que engendró Rosa Sensat, por sólo citar un ejemplo cercano a nuestra emigración- sólo saben extraer el saber de estos niños que tienen muchas dificultades con el conocimiento; se posicionan como Sócrates con su esclavo, grandes dosis de verdad que sólo habrá que organizarla con paciencia en una forma de saber.

Esos niños que fracasan en la escuela porque lo que falla es la articulación de su deseo de saber al otro, y muchas veces porque el "Otro" al no existir casi nunca está a la altura como pequeño otro de un verdadero deseo de saber. Y cuando la profesora, nunca mejor llamada de educación especial, sabe trabajar, pues renuncia a transmitir nada, renuncia a ocupar el lugar del "Otro", a los pocos meses se encuentra con el saber, el enorme y sorprendente conocimiento que ese alumno aparentemente disminuido, imposible, difícil, poseía en las mismas entrañas de su ser. Pero son tan pocas, tan escasas esas maestras. Y menos aún la posibilidad de reconocerlas, en el inmundado entramado de la educación escolar.

Pero es, en lo que debemos convertirnos, si queremos leer correctamente a Sigmund Freud,

en el inmundo entramado de la enseñanza del movimiento psicoanalítico.

Vayamos por tanto a las estructuras clínicas. Tenemos la histeria que es donde Lacan nos advierte que se encuentra la alcachofa de la invención de saber. Estructura que por otra parte es fundamental, constitutiva, del sujeto. Es decir, que toda persona es histérica.

La afirmación es fuerte pero verdadera, dentro de sus límites. Todo sujeto neurótico, es decir, normal, es histérico. Aún los hombres son histéricos. Todos. Por más que se esfuercen en no serlo. Luego, la neurosis puede sufrir un desarrollo; vamos a decir así, como una complejización o una adjetivación, por denominarlo de alguna manera. Es decir, que algo del orden de la histeria desaparece. Pero no en sentido de desvanecerse de lo estructural del sujeto, sino que queda sumergida en dicha estructura, y se adjetiva en lo que podríamos llamar una neurosis obsesiva. Entonces, la obsesión, es una estructura clínica que sigue cierto desarrollo más allá de la histeria. Es un poco más compleja y un poco más trabajosa. Es decir que pierde, de alguna manera, la relación directa que tenía la histeria al saber.

Si la histeria subsume la división del sujeto en la figura del oxímoron, la obsesión pernocta en la duda obsesiva, es decir el sujeto deviene un poco más estúpido. Por eso cuando un paciente llega a la consulta y es un neurótico obsesivo no podrá iniciar un psicoanálisis hasta haber logrado una cierta histerificación de su estructura; es decir, haber abandonado cierto grado de imbecilidad.

No se volverá histérico, si es un neurótico obsesivo no tendrá esa suerte, pero sí podrá histerificarse. Es decir, que eso que está por debajo, esa relación al saber que está como interrumpida, vuelva a aflorar.

La estructura del sujeto puede progresar, que no significa que vaya mejorando, sino simplemente adjetivándose de diferente manera. La neurosis obsesiva implica un progreso en relación a la estructura histérica, pero en el sentido de aportar unas características disímiles que no necesariamente implican que sean superiores a la anterioridad. Toda estructura inconsciente tiene la característica de progresar. Las estructuras infantiles pueden ir desarrollándose y haciéndose más "complejas", aparatosas. Hasta el punto que si se completa el recorrido, salimos del campo de la neurosis y nos introducimos en el campo de lo perverso. Todas las perversiones implican esta peculiaridad, es una neurosis que ha completado su recorrido estructural.

Esto no quiere decir, tampoco, que ser perverso sea más "completo", todo lo contrario, en cierta manera implica una pérdida mayor, pues se produce un sujeto extraviado en su certeza "delirante" de goce.

Es decir, que cuanto más nos alejamos de la histeria más vamos perdiendo esa directriz esencial con el saber.

De allí que sea muy importante, discriminar todo este entramado de estructuras clínicas, pues tomar al goce como brújula, no implica cualquier cosa. No se trata por ejemplo de efectuar una lectura perversa, o una interpretación delirante a partir de una determinada posición gozante, sino de algo que se articula al orden de la histeria.

Por otro lado, cuando hablamos de saber, no nos estamos refiriendo exactamente a una creación poética, o la sublimación de una excelsa prosa literaria, estamos señalando, efectivamente, un saber preciso, que lejos estará de la emotividad del alma bella. Es decir, que cuando hablamos del saber que tiene la histérica, no estamos haciendo referencia a un tipo de sensibilidad especial, unas determinadas cualidades artísticas o actitudes literarias, puntualizamos simplemente el discurso de una entidad clínica anudada al cálculo y al goce que palpita bajo todo esto.

Pero antes de concluir la articulación de qué saber se pone en juego en la estructura histérica,

demos un paso más atrás en las estructuras clínicas. Dirijamos nuestra mirada a lo que está antes de la constitución del sujeto. Es decir, lo que está en juego en el preciso momento anterior a la cristalización misma del neurótico. A lo que filosóficamente se ha denominado la muerte de "La Cosa".

La introducción del significante como constituyente del aparato psíquico, se efectúa en un instante preciso, que tiene como inflexión la discriminación entre la pulsión y su representación mental. Esta diferenciación entre el sujeto y el mundo, es toda la problemática que Sigmund Freud nos presenta en la experiencia de satisfacción. Lugar que marcará como fuente de todas las motivaciones morales, en tanto el aparato psíquico no es autosuficiente para procurarse los medios que sacien sus estimulaciones internas. Le es necesario un auxilio ajeno, y en esa problemática se establece la identidad de percepción donde el objeto perdido de la satisfacción tiende a ser alucinado cada vez que se presenta el estímulo y no se recibe la adecuada asistencia del otro.

Es en ese punto donde la marca de la palabra resulta esencial, para discriminar todo este proceso más allá del retorno alucinado del objeto.

La introducción del significante es lo que permite que se pueda discriminar entre la "cosa" alucinada de la pulsión y la presencia efectiva del objeto en la "realidad".

Cuando puede discriminarse entre el retorno alucinatorio de la pulsión y el objeto de la satisfacción es que se inscribió el significante, entonces, yo ya no soy la "teta-pulsión", el "objeto bueno kleiniano", o el "insaciable Qn persecutorio". Se ha producido como tal la muerte de la cosa, y por tanto las necesidades dejan de ser fuente de objetos persecutorios, pulsionales o alucinatorios. Se ha producido la muerte del objeto de la satisfacción, quedando definitivamente perdido en lo real.

Entonces, cuando se culmina este proceso, se completa la constitución del sujeto. Si en este devenir se hubiera fracasado en alguna de sus vertientes algo no podrá discriminarse, y lo real del objeto de la satisfacción perdida retornará alucinado; nos topamos con la estructura paranoica. Hay un sujeto precario, expuesto al retorno alucinado de su universo pulsional. En una palabra, tenemos una estructura de sujeto fracasada. Falla radical, que Jacques Lacan mencionó como la forclución del Nombre del Padre, y que nos hace entrar en el terreno de la psicosis.

Si en la histeria teníamos la estructura del saber, en la paranoia -que es un momento de viraje fundamental en la constitución de la estructura- también tenemos un cierto lugar privilegiado del conocimiento. Conocimiento paranoico, que no tiene exactamente que ver con el mismo tipo de saber que está en juego en la histeria, pero donde ésta lo recreará permanentemente. El conocimiento paranoico es un saber fragmentado a una porción de algo, mientras que el saber de la histeria tiende a rearticularse en lo que podríamos decir una cierta continuidad de discurso. No en una totalidad de discurso, porque no es pertinente hablar de completudes, sino de una cierta diacronía de discurso. La histeria articula el conocimiento paranoico a nivel del deseo. Es decir, anuda el saber que traza el recorrido de la pulsión dialectizándolo a nivel deseante, al obligar al sujeto a leer su goce pulsional por el desfiladero del significante. Algoritmo al fin -que para que se constituya como tal habrá que adicionarle la lógica interna de un discurso- que articula la verdad pulsional a la lógica del deseo. Deseo, que más que deseante se elevará como interrogante sobre el deseo del otro y que permitirá articular la brújula del goce del otro en una secuenciación de una formulación sin sentido. La fórmula de lectura que en sí misma no arrojará ningún sentido, no dirá nada en sí, no reproducirá tan siquiera como parte el todo, sino que simplemente introducirá un sistema de relaciones, unas coordenadas que incorporadas al texto, automáticamente producirá la polisemia de los

sentidos en una lógica de la falta en ser.

Algoritmo pulsional que constituye el discurso de la histeria al adicionarse la lógica de un discurso matematizable, tan simple por momentos, tan oscuros por otros.

No es solamente atenernos a la letra del discurso de Freud, al deseo de saber de lo que dicen sus textos, sino explorar lo que permitió que irrumpiera esta nueva forma de articular la pulsión al deseo, que es el deseo de escucha psicoanalítico que induce la estructura histérica. Esta articulación del deseo a la pulsión es una nueva forma de articulación lógica en los problemas del espíritu del hombre. Una de las características del discurso histérico al introducirle un universo del cálculo y que nosotros debemos rescatar como sujeto forcluido del discurso de la ciencia.

En una palabra, para leer a Sigmund Freud de una manera verdadera, no queda otra salida que el lugar de su entrada, es decir, histerizar el texto, pero adicionándole el cálculo de nuestro discurso.

VI

Comenzamos a partir de este apartado el despliegue de una puntual lectura de textos, a modo de ejemplificar la metodología sistematizada en las páginas precedentes.

Manuel Herrera: Vamos a comentar un texto de 1.901, resumen de la obra general de Freud sobre "La interpretación de los sueños". Síntesis del mismo autor, tiene esa garantía. Aparece un año después de haber escrito la obra general. Simultáneamente al resumen, compone el primer boceto del caso Dora con el título "Sueños e histeria" y "Psicopatología de la vida cotidiana", textos que ponen en relación inconsciente y lenguaje. Veamos la lógica que nos aporta el texto, en la perspectiva que perseguimos, un método que nos permita leer a Freud a través de Freud.

En el apartado primero, se repasa las distintas concepciones sobre el sueño: popular, científica y filosófica. Freud se muestra más cercano a la concepción popular que plantea un sentido interpretable en los sueños.

En el apartado dos, nos remitimos nuevamente a la fecha de 1.900, en cuanto supone la irrupción de una racionalidad nueva, de una lógica que es la que estamos persiguiendo. Articulación que rompe con el período anterior que podemos calificar de preanalítico, que utilizaba el método hipnótico en la persecución del trauma que suponía subyacente a los síntomas que trataba de levantar.

La nueva logicidad tiene que ver con la utilización de un nuevo método al que ha sido abocado por los trabajos anteriores con la histeria. Ya en 1.895, Emmy von N., dice a Freud que la deje hablar, que no le pregunte tanto.

"Alcancé nuevas elucidaciones sobre el sueño aplicándole un nuevo método de indagación psicológica que me había prestado destacadísimos servicios en la solución de las fobias, ideas obsesivas, ideas delirantes, etc." "Se le exhorta al paciente para que dirija su atención a la idea respectiva, más no, como él tantas veces ya lo ha hecho para reflexionar sobre ella, sino para poner en claro todo cuanto se le ocurre sobre ella, sin excepción, y comunicarlo al médico." "Muy pronto se obtienen numerosas ocurrencias a las que se anudan otras."

Freud habla continuamente de anudamientos, series, entramados, enlaces.

Por una parte pone en serie sueños, síntomas, lapsus, que tendrían pues una estructura en común. Y por otro lado, las asociaciones se enlazan y forman un entramado, una estructura.

Hugo Monteverde: Lo que nos comenta Manuel Herrera sobre el método que inaugura la coacción asociativa que utilizará Freud para interpretar los sueños es extremadamente importante. Hay un primer momento de acceso al aparato psíquico desde la psicopatología, desde la histeria, y en un segundo momento desde los sueños.

Lo interesante es que cuando Freud se introduce en los sueños, el sujeto varía, porque lo que hace es remitir el método al propio terapeuta, pasa el analista a posición de paciente. Hay que entender que hay una necesidad interna en el método por él implementado, que le viene heredado desde Breuer y que Freud irá perfeccionando, y que el irlo mejorando supone tener en cuenta el inconsciente del propio terapeuta. Esto supone un cambio de sujeto, o vectorizarlo desde otra óptica, para decirlo mejor.

En una palabra, Sigmund Freud puede abandonar la hipnosis y su sucedáneo de la coacción asociativa al tomar su propio material psíquico onírico como fundamental. Es en esa inflexión cuando se le impone el *modus operandi* asociativo. El método de la asociación libre es posible de inventarse por la irrupción de la dimensión personal en el estudio del inconsciente. El interpretar los propios sueños además se generaliza a una dimensión pública entre los allegados del grupo de los miércoles.

Cuestión importante por lo que implica la misma posición de estudio del psicoanálisis. Esta no tiene que ver con el saber ya producido sino con un conocimiento que está oculto y que no sólo hay que encontrarlo en la escucha del otro, sino que ésta permite oír a nuestro propio inconsciente. Se determina así la escucha del propio inconsciente del terapeuta en el oír a la humanidad en el retorno.

Del paciente, al terapeuta y de allí al malestar en la cultura. No es exactamente una posición autoanalítica, hay una necesidad de Freud de pasar de la histeria a los sueños en los términos dónde una importancia básica va a tener su propio inconsciente, ir discriminando cuestiones de él mismo, antes de historizar a la civilización.

Emilio Mármol: Hay una certeza en Freud de que todo lo que aparece en relación a este tema tiene que ver con el Inconsciente, de que el acaecer psíquico está determinado, de que no hay ninguna casualidad.

Hugo Monteverde: Efectivamente, tiene que ver con la manera en que Freud escucha. Oye al analizante y cuando tiene que reflexionar sobre eso, hace un paso más y se va a escuchar él. Percibe su inconsciente sobre el decir del Otro, antes de extraer conclusiones generales. Antes de concluir su decir teórico como tercer momento, efectúa ese segundo paso. Es la dimensión pública del inconsciente freudiano. En esto no hay ninguna casualidad pues está en juego lo real.

Manuel Herrera: Continuaremos entonces con el ejemplo onírico que el desarrolla de su propio material psíquico.

"Una reunión de personas, banquete o *table d'hôtel*... Se come espinacas... La señora E. L. está sentada a mi lado, se me consagra por entero y pone confianzudamente su mano en mi rodilla." "Yo le aparto la mano poniéndome a la defensiva." "Ella dice entonces: Pero ha tenido usted siempre unos ojos tan lindos..." "Ve entonces de manera no nítida algo como

dos ojos a guisa de dibujo o como el contorno de unas gafas..."

El sueño le parece oscuro y sin sentido. Freud le aplica su método descomponiéndolo en fragmentos, hay una serie de significantes que se subrayan en las asociaciones; deuda, culpa, amor gratuito, y finalmente se remite a la paternidad. Una observación importante, mientras el contenido del sueño estaba falto de afecto, en el contenido asociativo hay una gran intensidad afectiva. Podemos añadir entonces a la serie de características que hemos enumerado hasta ahora en relación a las asociaciones significantes, que el contenido del sueño aparece como neutral pero las relaciones mentales que se efectúan sobre ese contenido están cargadas de afecto y remueven al sujeto. No tienen la carga de la reflexión, tienen otro tipo de carga.

De modo que hay aquí una teoría del sujeto. El sujeto es precisamente sus asociaciones, que están entramadas, que son sorprendentes y perturban, que brotan espontáneamente y están cargadas de afecto.

Añade que podría estirar esta arborización de asociaciones y mostrar que convergen en un único punto nodal que Freud se reserva por razones personales. Todo sueño lleva a este punto de difícil comunicación. A través del método de la asociación libre aparece una serie de relaciones en las que el sujeto queda representado, pero convergiendo en un punto que ya no se somete tan fácilmente a la asociación libre.

¿Adónde apunta este núcleo de convergencia?

Podemos pensar que no lo cuenta por "pudor", pero Freud nos da las herramientas para poder extraerlo a través de la escucha entre líneas, no de la reflexión.

El sueño privilegia el significante de la deuda y termina refiriéndose a la paternidad. El nódulo tiene que ver con el padre. Son los padres los que nos arrojan a la vida, y estamos con ellos en deuda.

Dijimos que Freud no habla de este nódulo por "pudor". En cualquier caso el pensamiento que no cuenta tiene peso suficiente para justificar todo el trabajo del sueño, ya que lo califica de punto nodal. Un acontecimiento grave, pero con peso causal remite en el pensamiento freudiano al concepto de trauma, acontecimiento inasimilable que introduce un montante de energía psíquica que el sujeto no puede digerir y que se ve forzado a producir elementos intermedios, síntomas, sueños, etc., para tratar de asimilarlo. En los *Studien über hysterie* el acontecimiento traumático está vinculado a la seducción por parte del padre. No parece que se pueda aplicar a este ejemplo.

También podría ocurrir que si Freud no cuenta esto es por que no se puede contar. Hay cosas que no pueden ser habladas, la muerte, los orígenes, etc. Para relatar determinados problemas, la humanidad ha recurrido a los mitos, que introducen producciones intermedias alrededor de este innombrable. Por aquí llegamos al complejo de Edipo, el hijo se acuesta con su madre y mata a su padre y no lo sabe.

Hugo Monteverde: Un matiz. Cuando Freud escribe la Interpretación de los sueños no hay todavía una teoría del complejo de Edipo constituida. Sin embargo, lo que usted nos comenta es efectivamente así, en el sueño de las espinacas debe encontrarse la estructura edípica, porque efectivamente tiene que ver con el padre.

Es la buena manera de leer a Freud, leer lo que no nos dice, no es esto hablar de su goce pero si cercar algo de su estructura, que él por un lado nos da a leer ente líneas y por otra la silencio.

Manuel Herrera: El Edipo es un mito que utiliza Freud para mostrar cómo se historiza la

función paterna, que es una función de corte, de prohibición, de la que es difícil hablar por que no hace referencia al personaje del padre real.

Para dar cuenta de esta función de corte Freud escribirá "Tótem y tabú", mito del asesinato del padre, y que por la vía de la culpa y la obediencia retrospectiva hace aparecer la ley vinculada a un Tótem. Lo que sostiene la función del padre no es el personaje sino el padre muerto representado por un símbolo, el Tótem. Desde el punto de vista de las representaciones, la ley del padre no se sostiene. Lo que sostiene la ley es lo que queda del padre una vez muerto, su Tótem, su nombre. Las significaciones desaparecen y lo que queda es un significante, un símbolo que anuda el sujeto a la ley y corta la endogamia.

Hugo Monteverde: Analizando el texto asociativo del sueño encontramos un significante que introduce una lógica y que va ordenando todo el material. Permanentemente irrumpe en el relato onírico y en todas las asociaciones que hace Freud alrededor de su texto manifiesto, este discurrir del significante espina que hace referencia, como muy bien nos recuerda Manuel Herrera a la ley paterna, a este "símbolo totémico", en definitiva, a la transmisión de una posición de goce de padres a hijos.

Las espina que le ofrece su madre, plato gustoso para su padre y que él detesta como hijo, no hace más que insistir en las generaciones al terminar gustándole y ver como son rechazadas al igual que antaño por su ahora propia prole.

¿No vemos allí la mecánica de la inclusión y exclusión en un goce en relación al padre?

¿Y más allá?

No se observa, como nos señalaba el ponente, que el sueño muestra un cierto funcionamiento en la función paterna.

Emilio Mármol: Lo que remite a la paternidad es lo que queda como fallando y en deuda. Es la posición del padre en tanto se le debe. La deuda aquí hace converger los elementos.

Hugo Monteverde: Efectivamente, cuando uno tiene una deuda, deja de ser propietario de algo, se queda fuera de una apropiación indiscutida, y tal vez para Sigmund Freud sea este un punto muy particular para su historia.

Cuando nos comenta en sus asociaciones, como responde la que sería su mujer, ese remanido toque bajo la mesa mientras ella sigue atendiendo a los demás, tal vez nos subraye el mismo punto sensible, un sitio de un cierto desinterés del otro, de una exclusión sin más.

El "no será un Breuer", alguien que abandone por la puerta fácil de excluir al otro, no se comportará como percibe desde su fantasma que los demás se comportan con él.

Los versos de Goethe, encontrables en este texto, hablan de la posición de deudor.

"Nos introducís en la vida y dejáis que el desdichado caiga en culpa." "Luego le abandonáis a su dolor, pues toda culpa se paga sobre la tierra."

Hay una dificultad para poder incluirse y efectivamente la deuda organiza algo.

Lo que atraviesa este sueño en cada una de sus asociaciones es que el sujeto siempre está en una posición de exclusión. Lo que aparece permanentemente es que hay un punto de demanda que lo deja excluido; en la relación a la mujer al no recibir la atención adecuada, en tanto hijo al no poder ocupar el lugar del padre en relación al deseo de su madre, en relación a ser padre en tanto encuentra a su descendencia en igual contexto, en tanto las cosas no le han ido a él de balde aunque su amigo al que le debe dinero piensa que él va gratis

por la vida. Lo que atraviesa el material es que la relación, de algo a algo, siempre será en términos de exclusión y creemos que aquí hay un punto álgido en la vida de Sigmund Freud. Y ahí se funda la función paterna, donde hay algo que se fundamenta en tanto algo se puede cortar y excluir.

Si partimos como dijimos al principio de que desde la psicopatología se iba al mundo onírico y que en este mundo de sueños había una suspensión de la reflexión para poder encontrar algo de la estructura, lo que se nos revela es que en esta estructuración, que es la del Inconsciente, hay algo en juego del orden de la exclusión.

Este mismo texto, que expone el Sr. Manuel Herrera, está escrito desde cierta exclusión. Tengamos en cuenta que es un resumen que Freud escribe después de haber vendido sólo cien ejemplares de "La interpretación de los sueños".

Efectivamente, el punto fantasmático del excluido es un punto difícil para él.

Como judío en una sociedad de *goyims*, que terminará siendo un bastión de la pureza de *Deuchestland*, como autoexcluido del discurso médico dedicándose a problemas marginales de la medicina, con un padre anciano y ridiculizado que los gentiles le pisan sin más su sombrero. Con sus remordimientos de no haber descubierto los efectos analgésicos de la cocaína, siempre en el mismo encuentro, las mismas repeticiones, hasta en el seno de su matrimonio donde la mujer sigue atendiendo las apariencias de los otros mientras pasa olímpicamente del que será su marido.

Sigmund Freud es un sujeto que se siente profundamente marginado y que como es lógico no quiere hablar de esto. Todos los materiales asociativos que Freud va abordando son de la temática fantasmática de la exclusión.

¡Y he aquí el golpe del genio!

De un tema personal, le cambia el signo, hace de su fantasma una puerta de salida y lo articula a un estatuto de estructura psíquica al final de su vida.

De la analizante histérica -Otro que le abre la dimensión inconsciente- a escuchar su propia estructura psíquica y de allí en un proceso de reducción final -entre los elementos de sintonía de goce que halla como común denominador en ambas experiencias- el tercer movimiento, momento de concluir, articulaciones de lo general del psiquismo humano.

De la exclusión a la *Spaltung* misma, separación permanente, imposibilidad de encuentro, formación inconsciente.

*Transcripción resumida del comentario que efectuó el Sr. Manuel Herrera en el espacio de lectura freudiana realizado en el local malagueño del Grupo de Estudios Andaluz de la E.E.P, correspondiente a las fechas del 23 de enero y 6 febrero de 1997.

VII

Ricardo Acevedo: Este texto, "La organización genital infantil", se presenta como uno de los pilares fundamentales que sostienen nuestro desarrollo de la teoría freudiana, junto a "La interpretación de los sueños", "La Feminidad" y "Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica".

Cabe recordar en relación a la teoría onírica, comentada por el Sr. Manuel Herrera, su dimensión significativa a través de lo denominado por Freud como contenido manifiesto y latente. Dar cuenta que el relato del sueño, su discurso manifiesto, lo que en definitiva el

sujeto expresa está sostenido desde otro lugar, latente, no dicho; un registro significativo. La cadena discursiva, inconsciente, está separada del significado del relato manifiesto por la barra de la represión.

Para hacer más explícita esta función de la palabra presento un ejemplo de la clínica en relación a un lapsus. Una paciente iba a decir en su discurso intencional:

- "Asiento contable."

Pero comete un lapsus y expresa:

- "Asiento culpable."

Ella misma se escucha el equívoco, para reconocer algo que se jugaba en otro orden reprimido del inconsciente. Esta palabra, que irrumpe en lugar de otra, da cuenta de la capacidad que tienen los significantes de sustituirse por homofonía, o por similitud de acentuación como dice en Freud en su teoría onírica.

"Contable-culpable" guardan efectivamente tal relación. Este nuevo significante aparecido, "culpable", produce un giro en la analizante que la llevan a plantearse la culpa frente al padre por ciertos "afectos" donde su sexualidad no podía tomar "asiento". Hecho que perduraba desde su infancia temprana y que nos sirve para introducir las cuestiones que nos plantea el texto de "La organización genital infantil" de 1923. Un trabajo que tiene como subtítulo, "Adición a la teoría sexual".

Las teorías sexuales infantiles es un recorrido que se inicia en 1905 con "Tres ensayos para una teoría sexual" y prosigue en ediciones con adiciones sucesivas en 1909, 1915, 1920, hasta este texto que finalmente viene a condensar el pensamiento freudiano alrededor de las teorías sexuales y la evolución libidinal de los niños en 1923.

Al comienzo del texto Freud quiere rectificar algunas de las consideraciones sobre el desarrollo de la sexualidad infantil, reconociendo sus dificultades. Puntualiza que en un primer momento, las cuestiones recaían sobre la diferencia de la sexualidad infantil y la de los adultos. Sin embargo, la clínica le mostró más tarde que la organización pregenital infantil de la libido era más compleja de lo que la suponía en un principio. Se plantea un desdoblamiento en dos fases libidinales, primeramente, la oral o canibal y en segundo término la sádico-anal, con sus propiedades activa y pasiva. Señalando que el interés clínico de este desarrollo libidinal es la investigación sexual infantil que el niño efectúa en cada una de estas fases.

Puede decirse que lo que atrae al niño, en este momento de la investigación sexual al ir recorriendo los diferentes periodos libidinales, es un deseo de saber sobre lo sexual, *wissenstrieb*, que opera entre el tercer y quinto año de vida.

Freud descubre, por otro lado, la gran afinidad que existe entre la forma final de la sexualidad del niño hacia los cinco años con la estructura definitiva sexual del adulto. La elección de objeto aparece en la infancia de modo igual o semejante que en la pubertad. Las pulsiones sexuales se orientan hacia una misma diferencia sexual de la persona, para conseguir sus fines tanto en la infancia como en la adultez.

La diferencia entre la orientación en la adolescencia y en la infancia es que en ésta última el niño no ha sintetizado un orden genital. La primacía genital no está en la infancia. La genitalidad está en favor de la reproducción y sería la última fase de la organización sexual. Freud hace ingresar un designio biológico.

Pero en este artículo de 1923, cuando comienza a concluir la estructura definitiva sexual del niño, encuentra que entre éste y del adulto no hay tal diferencia, se lee que lo dicho sobre la primacía genital y su no establecimiento en la infancia ya no le satisfacen.

"La afinidad de la vida sexual infantil con la del adulto va mucho más allá y no se limita a la emergencia de una elección de objeto."

La diferencia que halla como el carácter principal de la organización genital infantil respecto a la de los adultos es ahora únicamente una creencia mental. El sujeto infantil sólo admite un órgano un genital -el masculino- para ambos sexos.

Hay por tanto una primacía genital como en el adulto, pero bajo el prisma de una teoría sexual diferente. Lo que existe en el niño es una primacía mental del falo como diferencia al universo genital adulto.

Aparece aquí por primera vez la referencia a la palabra falo.

Si bien el niño percibe que hay diferencias externas, en cuanto al cuerpo, sin embargo:

"...No tiene ocasión de enlazar -tales diferencias- a sus órganos genitales".

Lo que el niño ve, no puede subjetivarlo aún como diferencia respecto al aparato genital. En esta etapa de la primacía del falo, el niño atribuye pene a todos los seres animados, incluso quiere buscar este órgano en los objetos inanimados. En una llamada a pie de página, se aclara que el interés del niño es del órgano pene como tal y no de los testículos.

Es interesante denotar como Sigmund Freud presenta el órgano como facilitación y a la vez como obstáculo.

Como corolario dice que la fuerza impulsora de ese signo viril, se exterioriza para el niño como curiosidad sexual. Así podría decirse que para Freud no hay en el fondo otra curiosidad que la sexual.

Pero como el saber no se detiene en el objeto como tal, se descubre una falta y el infante concluye que el pene no es un atributo común a todos sus semejantes.

Resumiendo, partimos de una igualdad sexual, una cuasi síntesis genital para niños y adultos. Luego la creencia en un sólo órgano, el pene para todos, para que finalmente haga aparición una falta.

De todos modos, hay, pero no para todos.

Esta carencia la puede ver el niño en su hermana, en una amiguita, pero fundamentalmente en la madre.

¿Como reacciona el sujeto ante la falta?

Lo primero es negarla. Se rechaza lo que vio.

"No sólo la niegan", nos dice Freud "...sino que creen ver el miembro".

Nos subraya que está por un lado operando un mecanismo de negación y por otro un fenómeno distorsionado en la percepción de lo que no hay, algo cercano a una alucinación, un *Proton Pseudos* en la visión misma, una identidad de percepción. Entonces, si esta es la reacción ante la falta, negación, alucinación a pesar de lo ya visto ¿Cuándo el niño ya no puede negar la falta evidente cómo resuelve la cuestión?

Nos contesta Freud:

"...Salvan la contradicción entre la observación y el prejuicio pretendiendo que el órgano les crecerá".

Es, como se ve, una construcción donde persiste aún la negación sobre la evidencia, *Proton Pseudos* en el razonamiento, identidad de pensamiento.

"Poco a poco", nos continúa diciendo Freud "...llegan luego a la conclusión efectivamente muy importante, de que la niña poseía al principio un miembro análogo al suyo, del cual le fue despojado".

Nueva falsa conclusión mental, nuevo *Proton Pseudos* donde ahora la carencia es finalmente interpretada como castración y surge el temor de sufrir el varón una mutilación análoga. Al conjunto de todos estos avatares Sigmund Freud lo denomina complejo de castración y quiere resaltar, que la importancia del mismo es que se produce en la fase de la primacía del falo.

En un pie de página Sigmund Freud nos comenta de otros daños narcisistas representados en pérdidas corporales, el seno materno después de mamar, la expulsión de las heces, incluso la separación del cuerpo materno en el nacimiento.

"...Pero de un Complejo de castración no debe hablarse sino cuando tal representación de una pérdida va unida a la de los genitales masculinos".

Es decir, que sólo el temor a la pérdida del pene, por amenaza castratoria, se constituye en complejo de castración.

De la carencia del órgano se derivarían el desprecio y el horror a la mujer. El mito de Medusa, aportado por Ferenczi, aparece como acertada referencia al horror de una mutilación. Es el texto que se articula la castración en la madre y se llama precisamente "La cabeza de Medusa" que Freud escribe en 1932.

"Pero no debe creerse" agrega este texto del 23, "...que el niño generalice rápida y gustosamente su observación de que algunas personas femeninas carecen de pene".

También le molesta, le estorba la hipótesis que tal castración fuera una acción punitiva. Permanece en una obstinación por creer:

"...Que sólo algunas han sido despojadas de los genitales".

La acción de castigo sería "...en mujeres indignas o culpables de impulsos ilícitos, análogos a los suyos".

La madre queda fuera de tal juicio, es respetable y conserva el pene.

A partir de aquí el texto introduce el sesgo de la feminidad. El concepto de mujer no aparece en el niño. Es coincidente con la falta de pene. Feminidad y falta se superponen sin poder dialectizarse. Hay una polaridad masculina pero no estrictamente femenina, la teoría infantil es:

Masculino o castrado, mas que masculino o femenino.

Hugo Monteverde: Aquí hay un acento fundamental y lo retomaremos al final del comentario del Sr. Acevedo. Pero aclaremos que esta oposición -masculino versus castración- implica ya el ingreso del sujeto a la latencia, el final práctico de todas las determinaciones inconscientes, las características caracteriales y de personalidad; en definitiva la constitución final de la estructura clínica del sujeto. Es decir, cuando el niño piensa en masculino opuesto a castrado no pudiendo articular lo macho y lo hembra, sin tener por tanto una representación de lo femenino en su pensamiento, toda la estructura psíquica ya está jugada.

Cuando la persona puede representarse lo femenino ya es casi adolescente, así la feminidad es una adquisición tardía, casi un conocimiento científico y no presente en la infancia.

Ricardo Acevedo: Efectivamente, en el siguiente estadio hay una polaridad masculina pero no femenina. Es esta la tercera antítesis ya mencionada, masculino o castrado.

Es en la pubertad, cuando se llega a "...coincidir la polaridad sexual con masculino y femenino".

Vamos ahora a dar cuenta de lo dicho al principio respecto a este texto en tanto podría ser el punto pivote del despliegue de la teoría freudiana.

Sigmund Freud privilegia la dialéctica de esta fase. El niño retroactúa todos los demás estadios alrededor de ésta. Se revela como un lugar princeps de articulación de la teoría, la dialéctica de lo masculino versus lo castrado es lo que resignificará todas las demás fases libidinales. Así el texto se presenta como un andamiaje de entrada a toda la teorización psicoanalítica.

Al decir de Freud, hay una organización genital infantil con estatuto de fase que retroactúa sobre los demás estadios pulsionales, anuda y resignifica a partir del significante fálico las otras fases libidinales.

Pero el artículo presenta problemas epistémicos, articulaciones poco precisas con abordajes de registros diferentes. Hay criterios económicos, simbólicos y energéticos no suficientemente discriminados teóricamente, confundido en el orden de las sensaciones del organismo, boca, ano, genitales -que conformaran zonas erógenas- con aspectos constitucionales a nivel de la palabra.

En una palabra, lo que aparece en este falicismo es la confusión de registros.

Sin embargo hay una lógica en el texto y es esta articulación la que debe interesarnos, la falta en un más allá del pene.

Articulación de lo que está presente o ausente y que es la lógica fuerte del texto. Todo lo demás es epistémicamente dudoso. Salvo lo que se refiere a la mujer en tanto del texto se infiere que lo femenino es una ausencia en la que deberá construirse su categoría.

Hugo Monteverde: El no saber freudiano sobre ¿qué desea una mujer? es una pregunta que Sigmund Freud pretende construir en su investigación clínica.

Pero no es sólo una cuestión personal, particular de su estructura subjetiva, sino que de nuevo se visualiza aquí -de una manera más nítida que en el texto anterior sobre "Los Sueños"- el ingenio y percepción de cómo este adalid de una teoría del inconsciente sexualmente determinado se deja orientar por la brújula de su goce.

Un goce de castración.

Cuando nos comenta que, a los cinco años, el aparato psíquico se halla constituido, más que una aseveración verdadera hay que entender sus implicaciones algorítmicas estructurales. El sesgo lógico de la ausencia y la presencia que nos comenta el Sr. Acevedo.

Es evidente, que si damos por supuesto que el aparato psíquico se constituye en un determinado período donde no existe representación de lo femenino, entonces, en buena lógica, no hay representación de la mujer en el inconsciente. Vemos, por consecuencia, como la aserción de Jacques Lacan, "La mujer no existe", ya está presente en la lógica textual de Sigmund Freud.

El freudismo concibe al psiquismo humano sin una representación inconsciente de lo femenino. El aparato inconsciente tiene una falta, le falta la mujer.

Pero esta ausencia de representación está ligada a la anticipación de la estructura misma.

La mujer no existe, no tiene representación en el aparato psíquico pues se presenta en la anticipación de la falta.

La propia estructura de la organización genital infantil, Freud nos la presenta en el orden de una anticipación.

La anticipación está en juego para que el aparato se estructure. Y por estructurarse en esa anticipación es que vienen problemas a nivel de ciertas inscripciones en el psiquismo.

Es por ello que "La mujer", "el tiempo", "la muerte", "la contradicción" y otras cuestiones como el origen carecen de la posibilidad de ser representadas en lo psíquico. Cuestiones todas ellas que "no existen" en el inconsciente.

Ricardo Acevedo: Respecto a la anticipación, destacar que el propio texto dice que realmente la falta está de entrada, a la vista en el inicio mismo del proceso. De allí que toda la estructura psíquica pivotee en torno a la fase fálica.

El sujeto precipita una teoría sexual para poder "soportar" esta falta.

Se denota en las distintas fases y en los tiempos de elaboración de un saber sobre esa falta, como, la aparición de la evidencia de la misma, destituye en el *infañt* la teoría anterior y debe relanzarlo, por la anticipación que se refiere Hugo Monteverde, a otra elaboración.

*Transcripción resumida del comentario que efectuó el Sr. Ricardo Acevedo, en el espacio ya citado, el 20 de febrero de 1997.

VIII

Trataremos de articular, paralelamente al desarrollo que nos efectuará la Sra. Juana Martínez, lo ya reseñado en la exposición del Sr. Ricardo Acevedo, de cómo la estructura de la anticipación introduce la falta de representación en el aparato psíquico. Anticipación que halla su paradigma en la propia constitución biológica humana y que fue la base lógica en que se apoyó Sigmund Freud cuando escribió su texto "Proyecto de una psicología para neurólogos", puerta de entrada a su discurso.

Juana Martínez: La posición disimétrica de la mujer, en relación a la concepción del aparato psíquico, es tardía en Freud a pesar de ser la sexualidad femenina el lugar de entrada por donde produce el discurso psicoanalítico.

Abordar la histeria femenina le permite a Freud pensar la estructura del Inconsciente,

dirigirse a los sueños y a la sexualidad infantil.

Freud va construyendo la teoría pero es muy tardíamente cuando empieza a comprender que las cosas son muy diferentes en el hombre y en la mujer.

El recorrido podría sistematizarse de la siguiente manera, aborda la histeria, inmediatamente pasa a los sueños y la psicopatología de lo cotidiano, luego visualiza la importancia de la sexualidad infantil, para finalmente llegar a la neurosis obsesiva. También aborda algo del territorio de la psicosis, pero es muy tardío cuando puede empezar a dar cuenta que existe una diferencia disimétrica fundamental entre el hombre y la mujer.

Por otra parte, en relación a los textos que desarrollaremos, "La sexualidad femenina" y "La feminidad", Freud dice:

"...Escribo lo que sé sin haberlo corroborado clínicamente."

Y es por eso que han pasado a la historia del psicoanálisis como los textos teóricos de Freud. No es con el Complejo de Edipo, que va desarrollando a lo largo de su obra, sino con la sexualidad femenina que se le presenta un mundo distinto, teniendo que reformular todo lo que había pensado, para tratar de articular su pregunta:

¿Qué desea una mujer?

Freud finaliza su articulación teórica edipiana cuando escribe, su tardío texto "La disolución del complejo de Edipo", pero aún ahí le falta una teoría de la sexualidad femenina; no tiene, en definitiva, una teoría de la castración.

Le falta articular la castración, pues por donde se articula el vacío es precisamente en lo real de lo castrado, es decir en la madre; y más primordialmente en lo real de la sexualidad femenina.

No se trata de cambiar los términos del complejo de Edipo, se trata de otra cuestión que es de orden textual, y estos trabajos están escritos para señalar que de lo que se va a hablar es algo distinto de cómo se pensaba el complejo de Edipo en el hombre; que en verdad se trata de otro mundo.

La sexualidad femenina es algo que conceptualmente no estaba constituida. Mientras que la teoría en sí ya se había desarrollado y construido precisamente por la puerta de entrada de la feminidad no se sabía qué era una mujer.

Por eso una lectura de Freud debe de hacerse con precaución en el sentido que las articulaciones no van a ser simples, porque la constitución de la teoría freudiana es tardía como tal.

Freud realiza una introducción en ambos textos, donde reflexiona por fuera de lo ideológico, por fuera de lo que se presenta como fenómeno.

Frente a la certeza aparente entre lo masculino y lo femenino, se encarga de ir descartando esta convicción imaginaria. No se trata de la seguridad que uno tiene cuando dice esto es una mujer, esto es un hombre.

Se dirige, así mismo, al terreno de la anatomía donde se podría pensar un lugar distintivo dado que la biología misma lo marca. Realiza, en este último sentido, todo un recorrido con la pasividad del óvulo y el activo espermatozoide, concluyendo en este desarrollo que lo que hace a la masculinidad o a la feminidad es un carácter que la anatomía no puede aprehender. Así mismo interroga a la psicología, observando como de modo habitual se utilizan para la vida anímica aquellos conceptos transferidos de la tesis de la bisexualidad, pensando lo

activo como masculino y lo femenino como pasivo, y observando que las cosas no están tan claras; hay hombres que necesitan ser muy pasivos en determinadas circunstancias y existen mujeres que necesitan en un punto ser muy activas -pero incluso cuando son pasivas necesitan desarrollar una gran actividad para llegar a la susodicha pasividad.

Por lo tanto, la concepción de asimilar pasividad y feminidad es inútil y errónea.

Respecto al vínculo constante sobre la feminidad y la vida pulsional que lleva a la mujer a sofocar la agresión favoreciendo formaciones sintomáticas masoquistas, Freud va a decir por un lado que reconoce que las mujeres son más masoquistas que los hombres, que su sexualidad está articulada a un cierto goce sufriente, pero por otro lado nos dice que esto no sirve para pensar qué es una mujer, pues algunas son masoquistas, otras no tanto, otras incluso se curan de "ser mujeres".

"...Eso no va con usted; usted es una excepción, pues en ese punto concreto es usted más masculina que femenina."

Más allá de la sutil ironía para con algunas mujeres, hay una fuerza de subversión en el discurso de Freud que no se guía de lo que aparece pautado en su época. Para pensar el fenómeno de la feminidad, dice, tendremos que abordar otra cosa distinta, es decir los síntomas inconscientes.

El psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la fémina a partir de la disposición bisexual hallable en la infancia.

Freud llega a la investigación de la evolución sexual femenina con dos expectativas, la primera es visualizar que tampoco en este sector la constitución se adaptará sin resistencia a la función, y como segunda cuestión espera confirmar que los cambios decisivos se hayan cumplido o iniciado antes de la pubertad.

También tiene la impresión que la evolución en la sexualidad femenina es mucho más ardua y complicada que en el varón, pues abarca dos tareas más, sin par en la evolución del hombre, el cambio de zona y el cambio de objeto de los que hablaremos más adelante.

Marca las diferencias en lo referente a la constitución psíquica en las niñas comprobando que es más completa y además, regularmente, es menos agresiva, menos obstinada, controla los esfínteres antes y está, en un punto, mejor colocada a nivel de la sublimación que el hombre. Más tarde, sobre este punto, se contradice, dirá exactamente lo opuesto y creo que nosotros deberíamos encontrar allí que tipo de verdad freudiana se articula.

Finalmente nos dirá que es mejor prescindir de todas estas características disímiles entre niñas y niños pues no sirven para el propósito de entender:

¿Qué desea y qué es una mujer?

A continuación, de comentarnos estas pequeñas diferencias educacionales entre varones y niñas, comienza a desplegar la estructura fuerte de su pensamiento en estos dos textos, tanto el de "La feminidad" como el de "La sexualidad femenina". Empieza a desarrollar la estructura edípica, típica, de la mujer.

Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos, nos afirma. En la fase sádico anal, la niña no presenta un retraso de la agresión como podría esperarse y esto se comprueba en el análisis de los juegos. En la fase fálica las coincidencias continúan. El niño, en esta fase, sabe extraer de su pene sensaciones placientes y relacionar la excitación del órgano con la idea del comercio sexual. Lo mismo hace la niña con el

clítoris, teniendo los actos onanistas tal equivalencia con el pene, siendo la vagina -lo propiamente femenino- ignorado por ambos sexos. Cuestión que pensamos francamente dudosa de poder sostener con la certeza que nos propone el texto.

El clítoris es, para Freud, la zona erógena directiva en la fase fálica de la niña, pero no con carácter de permanencia, pues con el viraje hacia la feminidad debe ceder su sensibilidad y con ello su significación a la vagina.

Se plantea un primer cambio, una primera cuestión de diferencia entre el hombre y la mujer. Mientras el hombre continúa con la misma zona erógena, el pene, la mujer necesita cambiar de zona erógena genital, del clítoris deberá dirigir su libidinización a la vagina.

Creemos que aquí debemos prescindir del comentario anecdótico y sólo quedarnos con la implicación lógica.

¿Por que no pensar que Freud confunde la fenomenología de un cambio de zona con una disímil posición libidinal que variaría de lo activo a lo pasivo en relación al falo?

De todas maneras, debemos quedarnos con lo esencial que a nivel lógico Sigmund Freud nos reseña, el hombre sigue su camino "natural" mientras que la mujer tiene que hacer un cambio de zona, forzar la cuestión.

Freud va empezado a pensar la mujer como algo que no sigue una lógica lineal, tiene idas y vueltas.

La segunda tarea planteada a la niña sería un cambio de objeto. El primer objeto amoroso del niño es la madre y continuará siéndolo en todo el recorrido del Edipo, y en el fondo durante toda la vida, en tanto su salida sea hacia la heterosexualidad. En cambio, para la niña las cosas no se plantean de una manera tan sencilla, también en un primer momento, es la madre su primer objeto amoroso, pero luego deberá efectuar un viraje hacia el padre.

Para ambos sexos las primeras cargas de objeto se desarrollan sobre la base de la satisfacción de las necesidades vitales y de los cuidados. Pero el objeto amoroso de la niña, en el Edipo, será el padre y en el curso de la evolución irá desde el objeto materno al paterno hasta la elección definitiva de objeto exogámico; un camino mucho más complicado y tortuoso que en el varón.

El eje que el texto va tomando -lo que Freud va dejando deslizar como vectorizaciones para pensar todo el desarrollo- es por un lado las diferencias sexuales anatómicas, por otro, plantear los cambios de zonas erógenas como una posición esencialmente femenina aunque no exclusiva de ésta, cambios así mismo, desde las posiciones activas a pasivas y viceversa -como tampoco prioritarias de las mujeres- para finalmente articular el cambio de objeto como lo esencial a la mujer.

Freud no da por sentado que lo que está vinculado al cambio de objeto sea debido a un impulso genital, un impulso sexual, en el sentido de una sexualidad genitalizada.

No sostiene la existencia de que la mujer este predeterminada "instintualmente" a ir hacia el hombre, es decir hacia el padre, y luego en la disolución edípica hacia una exogamia heterosexual. Esto no es evidente que sea así, ni que las mujeres vinculadas al padre hasta épocas muy tardías lo estén como tal, porque detrás de eso, en el fondo, hay un vínculo a la madre no instintivo sino pulsional y extremadamente potente.

Tenemos entonces por un lado la cuestión anatómica y por otro el cambio de objeto, como lo que va a ir centrando el texto como tal; es decir, por qué la mujer, que cuando nace esta ligada a la madre, va a terminar dirigiéndose al padre. Freud dice que la razón no es lo genital, es otra, en el orden de una matriz primitiva que trata de acceder al universo edípico.

¿Pero cómo?

Antes de que se produzca este viraje, hay una vinculación muy potente a la madre, tanto que

a veces lo que encontramos en relación al padre es lo que se había jugado antes con la madre. La relación al padre sería como una relación transferencial de lo que se jugó en el lugar materno, es decir, como una repetición donde se transfieren los acontecimientos afectivos, libidinales, conflictivos y toda la panoplia sintomática que había con la madre al padre.

Freud que era el padre del complejo de Edipo dice que no le sirve éste para pensar la feminidad y en un punto está descalificando lo que había articulado, es decir, que para pensar la castración en la mujer y la estructura psíquica femenina va a tener que rever su mitología edípica.

Las relaciones libidinosas de la niña con la madre son varias y se extienden a través de las tres fases de la sexualidad infantil tomando los caracteres de cada una de ellas, manifestándose con deseos orales, sádico-anales y fálicos. Además, son ambivalentes, es decir, de naturaleza cariñosa y hostil-agresiva, haciéndose estos afectos aparentes para el sujeto tras haberse transformado en angustia o depresión.

Estos precoces deseos sexuales se manifiestan, por ejemplo, en hacerle un niño a la madre o tenerlo de ella, pertenecientes ambos a la fase fálica.

En este período descubrimos el nódulo de la enfermedad paranoica. Freud nos recuerda que en la época en la que el interés recaía sobre el descubrimiento de traumas sexuales infantiles llega a la conclusión de que tales informes eran falsos y aprendió a comprender que los síntomas histéricos se derivan de fantasías y no de sucesos reales. En estas fantasías de seducción por el padre se reconoce la manifestación del Edipo femenino típico. Esto tiene importancia como realidad psíquica, es el deseo por el padre el que tiene efecto patógeno.

Es el gran cambio de Freud en la teoría cuando da estatuto a la realidad psíquica, es decir, pone a la fantasía como un hecho equivalente para el sujeto. Abandona la teoría del trauma, la hipótesis de que el neurótico está enfermo porque le ha sucedido algo en la realidad.

El efecto patógeno ya no depende de esa realidad sino de la fantasía misma, lo traumático ya no está en el fenómeno traumático sino en la realidad psíquica del hombre, en su constitución misma que es traumática, enfermante.

Es precisamente la importancia de esta relación anterior al padre, como fundamental en el psiquismo de la mujer, lo que reafirma el estatuto fantasmático como lo propiamente traumático en la medida que se resignifica en la situación edípica propiamente dicha.

Hugo Monteverde: En el lugar de la indefensión, de lo que establece el hecho incuestionable de la prematuración humana, ese punto donde el infante bebé es impotente para abastecerse por él mismo, es donde viene a constituirse el fantasma.

Es en esa falta de capacidad de autosuficiencia donde se instala la fantasmática del sujeto.

El fantasma no es más que una lógica que pretende suturar la hiancia -en definitiva, la falta- que se produce en el sujeto por depender de un auxilio ajeno para satisfacer sus necesidades más elementales. El, por sus propios medios, no puede.

Esto determina una matriz que refracta la importancia elemental del pequeño otro para cualquier actividad que pretenda saciar "necesidades", ya sean de hambre o de la higiene por la falta de control de esfínteres; y es así como desde estas "necesidades" de la indefensión infantil arribamos a las "necesidades" eróticas del pequeño otro en la satisfacción sexual misma en esta resignificación del preedipo en lo edípico.

Y más primordialmente aún indefensión "en hacerse" al drama simbólico al cual está sujeto y en donde pernocta en la mayor de las insuficiencias. Dependencia del auxilio ajeno para poder calmar sus "necesidades" significantes.

De allí el recorrido que hace Freud, en la teoría del trauma y que nos comenta la Sra.

Martínez. Abandona el trauma como escena de seducción, deja de pensar que sus histéricas enfermaron por haber sido seducidas por un familiar o un vecino, se desinstala de la realidad -realidad que por otra parte efectivamente existió en los primeros años de vida- a reflexionar que es la propia fantasía libidinosa de la sujeto la que tiene efectos patógenos al resignificar la relación primaria con la madre en esta segunda vuelta por la sexualidad edípica infantil. Freud abandona la teoría del trauma y visualiza el propio psiquismo como "realidad" enfermante. Ubica esta "realidad" enfermante en la relación primigenia anterior a lo estrictamente edípico como un núcleo patogénico al entrar en las exigencias de la sexualidad edipiana.

¿Por qué?

Pues seguramente porque esta indefensión generalizada del ser establece que se produzcan problemas para representar la realidad de una manera adecuada.

En el lugar de la falta irrumpe el fantasma por una ausencia de representación.

Todo esto es lo suficientemente oscuro, como para que en los años finales de su vida Sigmund Freud retornase a la teoría del trauma. Retorno que constatamos en el texto de "La feminidad" donde vuelve a sostener a la realidad como traumática, pero en la perspectiva de una realidad pulsional retroactuada desde el Edipo.

Juana Martínez: Entonces cuando abandona la teoría del trauma, el sujeto de víctima pasiva de un otro activado pasa a ser un sujeto plenamente activo en su psiquismo, es lo que implica desde un punto de vista lógico este virar de la realidad como traumática a lo patógeno de la propia realidad psíquica.

Luego, como nos lo señalaba el Sr. Monteverde, Freud en los años finales de su enseñanza cambia nuevamente el sesgo. Ya no hay un sujeto activo, sino nuevamente pasivo, es víctima de su propio universo pulsional; creo que es este aspecto lógico el que hay que retener cuando mencionaba de lo dudoso de un cambio de zona. Más que la anécdota del clítoris a la vagina lo que hay que retener es este cambio de posición libidinal en relación al fantasma.

Hugo Monteverde: Efectivamente, el sujeto es víctima de su propia indefensión y que en principio es padecer una incompletud, no tanto de la "naturaleza", de no estar preparado para cubrir sus necesidades elementales de sed, hambre, higiene, sino de poder inscribir el universo simbólico al cual ingresa.

Entra a un registro simbólico que no está preparado para habitar. Por lo tanto toda falta es en esencia para el hombre una falta de representación.

Esto determina un sujeto activo pulsionalmente y pasivo psíquicamente.

Juana Martínez: Algo de esto está, como usted nos comentaba, en el texto sobre la mujer que Freud escribe en 1932. De poner al sujeto como activo en su realidad psíquica, activo en su elucubración fantasmática y produciendo esta actividad fantasmática secuelas patógenas, pasa a reflexionar que con la mujer, detrás de esto, en verdad, hay una escena de seducción en la realidad y que tiene que ver con los cuidados del bebé; primer momento del onanismo. Freud descubre tres fases del onanismo. El primer momento de iniciación sexual lo da la madre con los cuidados. Lo que aparece como traumático es la propia pulsión, el propio instinto del sujeto, la propia excitación con los primeros cuidados. Freud vuelve, evidentemente, a la realidad traumática pero ya no de ningún otro sino de la propia actividad pulsional del sujeto, ya no es la actividad fantasmática, sino estar sujeto a la pulsión, como se decía anteriormente.

Hugo Monteverde: Constatamos que hay un movimiento en la teoría que va de la realidad, en el juego con el otro, a lo que es el fantasma como realidad psíquica y un retorno a esa realidad pero del lado de la pulsión. Es la mujer lo que permite entender que lo patógeno no está en otro lado más que en la pulsión misma.

Aunque Freud en el texto de la lección XXXIII, "La feminidad", no lo presenta en estos términos pues nos dice todo lo contrario, lo patógeno reside cuando a lo pulsional se le adiciona la fantasía. Por lo que podemos decir que nuestro comentario es una inferencia lógica más que algo constatable en lo dicho, pues en este plano no sólo no se dice lo que sostenemos, sino que se sostiene absolutamente todo lo contrario.

Pero ocurre que nuestro decir ya supone lo dicho por Freud, en la medida que éste habla de un principio hacia un final y nosotros lo pensamos a la inversa. Cuando sostenemos que lo pulsional es patógeno es porque antes hemos articulado una lógica del fantasma, es decir contextualizamos nuestro decir en una logicidad retroactiva y en este *Nachträglich*, al final, la pulsión se nos determina como resto patogénico. En los movimientos para pensar la constitución del aparato psíquico encontramos un primer momento de la teoría del trauma, la realidad es traumática en sí misma en tanto que sexual, es decir, es el otro el que produce un trauma al sujeto; se está en posición pasiva, se recibe del otro una acción que es patógena. En el segundo viraje, lo patogénico es la propia actividad del sujeto, es decir, que es un aparato que en sí mismo, en su funcionamiento produce una actividad traumatizante, produce una herida; no funciona de manera acabada, sino que posee una disfunción, se constituye en un disfuncionamiento. Es cuando Freud vira en sus planteamientos, se pasa de la realidad del otro a la "realidad" psíquica, ya no es la realidad de la acción del otro de la sexualidad lo que produce el trauma sino la propia "realidad" psíquica, es decir, la fantasía es traumática en sí misma pues trata de suturar una falla de inscripción en la lengua. Es el esquema lógico que encontramos en el "Proyecto de una psicología para neurólogos" cuando Freud nos comenta la experiencia de satisfacción.

Allí plantea que cuando el bebé, incapaz de saciar por sí mismo las necesidades más elementales, recibe el pecho como objeto de satisfacción su funcionamiento psíquico establecerá una identidad de percepción. Cada vez que tenga hambre, por ejemplo, y no obtenga el pecho lo alucinará.

Bien, Freud traslada esta identidad de percepción que produce la alucinación, al pensamiento; es decir, sostiene una identidad de pensamiento frente a las necesidades sexuales. Es como si "alucinara" la seducción del padre o de la madre, en la medida que lo desea y no lo obtiene. Esto no es otra cosa que la lógica del fantasma, o lo que el mismo Freud denominaba *Proton Pseudos* -falsa conclusión.

En el un tercer viraje del pensamiento freudiano se vuelve a la operación lógica donde se inicia su reflexión clínica pero con un cambio de signo. Cambio que permite sostener una *Spaltung* del sujeto, entre una parte pulsional activa y otra simbólica pasiva.

No es el otro de la seducción edípica el que produce el trauma sino un Otro preedípico, es el Otro de la asistencia ajena, los primeros cuidados de la madre, pero entendiendo a éstos no como un Otro encontrable en la realidad, ni un Otro de los primeros cuidados transferido al *Proton pseudos* del psiquismo, sino como lo que irrumpe en lo real de la pulsión. Es decir, se vuelve de la realidad psíquica a la realidad, pero con un cambio de signo en tanto apunta a un real anterior a la constitución del sujeto, a un real perdido de la pulsión.

Ya no se trata de la realidad traumática del primer momento en la seducción que inflige el otro, tampoco se trata de una "alucinación" fantasmática donde activamente se recrea a un Otro que seduce, sino que es un real que efectivamente se jugó en los orígenes más arcaicos

de la vida pero que queda perdido para el sujeto -en términos pulsionales, este último matiz es elemental.

No se puede acceder a él pues estos primeros cuidados ya son una amalgama con la propia actividad pulsional y en tanto amalgama hay una dificultad de inscripción.

Y lo que es aún más importante es que tal amalgama pulsional es un resto en lo real una vez completado el circuito de la constitución psíquica, es decir de haber operado el fantasma. De allí que nuestra contradicción en el decir en relación al texto de Freud, se aloje en un efecto de sentido, pero no en la articulación en sí. Dos sentidos contrapuestos pero que fundamentan la misma articulación lógica. Ejemplo vivo de un leer el goce freudiano antes que su sentido. Así entonces lo pulsional es patógeno en tanto la lengua es insuficiente, o para decirlo de manera más estricta, el sujeto es precario en relación a la lengua; se halla anticipado.

Es en esta ausencia, esta falla de lo simbólico, o si se prefiere en este real perdido, *Verborgen*, oculto por siempre a cualquier representación, donde el fantasma viene a instalarse en un intento de obturar la falta en ser. Cuarto y último movimiento lógico, que da cuenta de la actividad pulsional.

La propia actividad pulsional, amalgamada de ese real perdido, se inscribe en falta cuando el sujeto se constituye; de allí que la propia actividad de goce continúe como repetición, insistencia en un no cesar de no escribirse en la estructura. Volvemos a la "realidad" psíquica, a la pulsión como realidad psíquica, que ya no es ni un otro, ni la fantasía, sino la pulsión desnuda como real.

Pero la pulsión es real en tanto ha operado el significante y de allí que haya que dirigirse al anverso.

Así el otro sesgo, en la otra cara de la división del sujeto, desde el vector del registro simbólico, lo que ha producido toda esta dialectización pulsional es lo que no ha podido ser respondido a la demanda; es decir, repetimos con otras palabras, lo mismo que decimos al hablar de estos primeros cuidados que quedan como restos perdidos de insatisfacción ligados con lo pulsional. También es enunciable como lo que queda en definitiva como odio, lo que ha sido difícil de inscribir simbólicamente por la anticipación estructural.

Debajo del amor de los primeros cuidados de nuestra existencia, detrás de ese prójimo materno tan cercano, el odio.

Odio que es el resto de lo traumático, pues en este último cuarto movimiento en la dialéctica de la reflexión freudiana que nosotros inferimos más allá de su enunciación, lo que produce el trauma es lo que la pulsión no puede capturar como resto perdido; lo que se transforma en un real de goce perdido. La actividad pulsional del sujeto, es traumática, en tanto no captura nada, porque lo que viene a capturar ya lo tiene perdido y su diferencial es el odio.

Es odio, pues ese no capturar nada, tampoco se puede representar con un significante del otro lado de la *Spaltung*. Cuando está en las sensaciones placientes e inplacenteras de los primeros cuidados, no hay un sujeto, hay un bebé inerte, que simplemente lo que le queda de todo el proceso es un resto pulsional, un resto de funcionamiento que deberá atravesar la resignificación fálica. De esta resignificación pernocta un resto de modelo pulsional patógeno.

¿Por qué ese resto pulsional es patógeno?

Por lo dicho, porque no se puede representar. Lo que tiene a capturar no lo captura y lo que debe representarse no se inscribe, pues en definitiva tiene que capturar un significante y lo que está en juego es calmar una necesidad; no hay significante que pueda representar tal necesidad porque es una necesidad determinada por la inermidad del aparato frente a lo simbólico y la dependencia a un otro, experiencia iniciática que queda como real. Es una

realidad que ya no es. Realidad perdida, un real éxtimo en la novela de su neurosis. Es precisamente la feminidad la que revela esta posición que, en el preedipo al resignificarse desde lo edípico, finaliza como cerclaje del objeto perdido. Entonces lo que traumatiza es lo que no está inscrito en el aparato, la feminidad, el objeto perdido.

Lo traumático es lo perdido, lo que no se inscribe, es decir, la mujer y cuyo diferencial será el odio.

¿Que desea una mujer?

Desea pernoctar "entre el goce y el amor".

Del lado del goce ajena a ella misma, le da lo mismo quién es el otro. Del lado del amor, pues lo que hay por debajo, odio. El odio que debe separar al ejercitarse. Por ello en la dirección de la cura no se trata de hacer un ejercicio del odio, se trata de que el odio sirva para simbolizar algo, que paradójicamente jamás podrá ser inscrito en su origen.

Se trata de no confundir la posición femenina que debe ocupar el analista con el goce femenino. Pues lo que nunca debe hacer un analista es desear lo que desea una mujer.

Ante el real perdido del origen, el odio puede posibilitar una tercera vuelta, un retorno, *après coup*, que inscriba una formación subsidiaria de ese real perdido y que permita la separación del otro indiscriminado. El otro materno primordial del fantasma que nos muestra la feminidad.

Por ello, cuando se está en el ejercicio del odio, no se ha terminado un análisis.

¿Cómo se produce la disolución de la vinculación a la madre? La vinculación a la madre se resuelve en odio, el cual puede perdurar durante toda la vida, o puede ser supercompensado, siendo lo último la casuística más corriente.

Pero cuando realmente se supera, la sujeto verdaderamente puede separarse de su madre, es cuando puede sublimar.

Es lo que nos señalaba la Sra. Martínez, el punto de contradicción de Freud en relación a la sublimación en la mujer.

Por un lado, necesita sublimar como único espacio posible para separarse de lo indiscriminado preedípico. Hay por lo tanto un gran empuje a la sublimación en la estructura femenina, pero por otro, paradójicamente un gran obstáculo pues se trata de reducir un verdadero real de odio.

El odio, siguiendo la prosa de Freud, es el heredero legítimo de lo que no cesa de no escribirse de lo real perdido de la pulsión.

Juana Martínez: Sigmund Freud trata de ubicar la causa pensando en qué puede la niña reprochar a su madre. De los reproches que encuentra en su experiencia clínica con las pacientes y que éstas le dirigen a su madre en el momento de la separación, el más antiguo, es que fue amamantada poco tiempo. Esto no tiene forma de ser absorbido y dice que hay algo del orden de la demanda que es inabsorbible, es decir, que cuando uno pide algo, hay algo, que siempre queda en odio porque nunca se va a poder responder a ese pedido en forma absolutamente satisfactoria. Este resto de odio es lo que separa, lo que permite separarse. Freud explica aquí que el odio que se está jugando en relación a la insatisfacción de la demanda, en este reproche por suspender el amamantamiento, es una de las cuestiones que puede producir el alejamiento de la niña de la madre al padre. Una de las cuestiones que está fundamentando el cambio de objeto.

Ahora bien, Freud aclara que esto no es específicamente femenino, que de lo mismo, puede un niño quejarse a su madre. Por lo tanto, busca otro. El segundo de los reproches surge en la aparición de un bebé, que la desplaza de su lugar desarrollando odio y celos hacia el niño

y rencor contra la madre infiel.

El tercero de los reproches, es el único que entra en juego en el campo de la niña siendo el específico, es que la niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja.

El complejo de castración. Es el reproche que le permite pasar de la madre al padre.

Hugo Monteverde: Freud desliza algo que está por fuera de toda lógica en lo aparente. Se podría entender la lógica del destete, o bien el reproche por el nacimiento de un hermano, que la pone celosa, incluso la prohibición de su masturbación; pero que la niña descubra que es carente del pene y le reproche a la madre -reproche fundamental de la estructura femenina- es sorprendente como lo sostiene.

Sorprende pues tiene implicancias lógicas fuertes. Se podría uno preguntar ¿por qué le reprocha a la madre?

En buena lógica, en todo caso, lo que tendría que haber sería el siguiente movimiento:

No tengo pene, miro hacia donde está y ahí reprocho.

Aparece la carencia en lo anatómico, la niña se siente en desventaja con respecto al varón, entonces mira al lugar donde no está la castración y le reprocha al padre no haber sido dotada. ¡Pero no! Freud encuentra, en la clínica, que la niña le reprocha a la madre y es por esto que puede hacer el cambio de objeto.

La cuestión no es lógica en lo manifiesto del fenómeno, o bien podría ser otra. Reprocho ahí donde el otro tiene, no al pobre desgraciado carente.

Sin embargo, Freud es taxativo, el reproche está en una ubicación polar a la envidia.

Se le reprocha a la madre y se envidia el pene del padre. Pero más aún, se envidia el pene paterno no para tenerlo sino para que le otorgue un hijo equivalente simbólico del *phalus* faltante.

La lógica que plantea Freud tiene que ver con remitir a la niña al cuerpo de la madre, es decir, remite a un cuerpo a cuerpo de la madre el hecho de ser carente. Entonces para entender este tercer reproche y poseer un cierto episteme que permita sostener esta dialéctica como tal necesitamos pensar que el razonamiento propuesto con anterioridad no es posible. No es posible que las cosas sean así en una estructura diferenciada de tres elementos, la niña, la madre y el padre. En una estructura ternaria no se explica bien porqué le reprocha a la madre y no al padre.

Si estamos en una estructura no diferenciada, el tercer elemento nos falta y cuando Freud habla de preedipo está pensando que no hay diferencia sexual, hay solamente dos elementos. Freud está reflexionando en una estructura no diferenciada.

Hay dos elementos, pero si somos estrictos cuatro. Pues si finalmente van a ser tres y en un primer momento son sólo dos, el tercero tendrá existencia en tanto está subsumido en el otro de la lengua, cuarto elemento.

¿Cuándo no hay discriminación? Cuando no hay sujeto.

Lo que Freud está pensando, en la sexualidad femenina, es lo que hay antes del sujeto, antes de que haya un sujeto psíquico; está pensando en lo que va a configurar al inconsciente como tal, por eso le interesa la feminidad al final de su obra.

Le interesa pues del lado de la masculinidad no podía entender lo que estructura al sujeto psíquico en sí y lo que hay antes del sujeto psíquico es que no hay discriminación, es que no hay una niña y una madre. Lo que hay es un cuerpo indiscriminado y una ausencia, es decir, hay una célula indiscriminada donde el sujeto no se reconoce como tal. No se visualiza discriminado del otro, escansión de la experiencia de satisfacción donde se produce la

alucinación del objeto. Momento crucial del conocimiento paranoico, en esa experiencia abisal que Donald Winnicott ubica entre una madre suficientemente buena o no para interponerse en la irrupción de la forclución de satisfacción ayudando al bebé a inscribir su lugar discriminado del objeto.

¿Qué quiere decir, entonces, que le reprocha a la madre la castración?

Que ella es ella misma la castrada.

Al igual que el objeto alucinado de la satisfacción no se discrimina entre la propia falta y la del otro.

Este tercer reproche muestra una matriz indiferenciada y cuando aparece algo del padre, la niña le reprocha a su progenitora porque entre ella y la madre no hay diferenciación. Indiferenciación en donde al irrumpir algo del padre se establece el momento de pasaje del simbiótico conocimiento paranoico a la dialectización histérica por vía del deseo de lo real perdido de la pulsión. De allí que la histerización de la estructura no pueda conducir a otro lugar que no sea un *Proton Pseudos* -identidad de pensamiento.

La niña es ella misma la madre castrada, no hay una discriminación de sujeto, entonces decir que le reprocha a la madre es decir que se reprocha a ella misma tal condición.

Pero allí, en ese instante en que se dialectiza la castración sobre ella misma, el odio indiscriminado que ha permitido cercar el lugar a una inscripción segunda, a un real perdido persecutorio, cede la plaza a la neurosis, es decir a la depresión.

Freud cuando piensa los tres reproches abandona la lógica del fenómeno y se dirige al corazón mismo del sujeto, es decir, donde no hay sujeto; lo que hay antes es una matriz indiferenciada, un cuerpo a cuerpo pulsional entre la niña y la madre, un "pre-sujeto" indefenso al arbitrio de lo real de la pulsión. Allí la madre hará su tarea imaginaria que le permita a su pequeño discriminar simbólicamente lo alucinatorio de la satisfacción pulsional perdida.

Miriam Bustos: En esa lógica la madre tampoco tiene pene y la madre está en la misma posición de la niña. Por tanto, hay algo que queda indiscriminado, un resto no discriminado, no asimilado en esta experiencia alucinatoria de satisfacción.

Hugo Monteverde: Hay un resto pulsional indiscriminado, verbigracia, en la despersonalización, en las neurosis graves y cuando el sujeto queda con una gran escisión yoica en relación al Otro de la lengua. También se observa este núcleo indiferenciado en ciertos momentos críticos en la historia de una persona en lo que supone la experiencia alucinatoria visual, o en la propia ingesta alucinógena.

En otro orden clínico, cuando en el fin de análisis se habla de un nuevo amor, esto tendrá que ver con la resultante de lo que el odio ha logrado separar, es decir, lo que ha permitido reinscribir en los términos de un nuevo amor. El nuevo amor es un cambio en la mecánica pulsional del analizante, es una manera diferente de gozar el real perdido de la pulsión, resto alucinatorio indiscriminado.

El resto indiscriminado sigue ahí no asimilado como una perenne experiencia inefable que siempre la persona podrá desear reencontrar, pero la forma de gozar de él puede variar de una manera bastante radical en el fin de la cura, a veces, sólo a veces, y por temporadas.

Juana Martínez: El complejo de castración no puede entrañar el mismo contenido psíquico en el niño que en la niña teniendo en cuenta las cuestiones preedípicas.

El complejo de castración en el niño se forma después de que la visión de unos genitales

femeninos, fundamentalmente los de la madre, le han revelado que el miembro que él tanto estima puede perderlo, recuerda entonces las amenazas que le valieron sus juegos erotizados y desde aquel instante cae bajo el influjo del miedo a la castración que pasa a ser el motor más importante de su desarrollo posterior.

El complejo de castración en la niña también es iniciado por la visión del genital del otro sexo. La niña advierte en seguida la diferencia y también su significación. En este momento se siente en una grave situación de inferioridad y manifiesta que quisiera tener una cosita así, sucumbiendo a la envidia de pene que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter y que ni siquiera en los casos más favorables será dominado sin grave esfuerzo psíquico.

Entonces aquí se me presenta un interrogante en relación a lo que venimos comentando pues encontramos un punto lógico importante cuando aparece la falta. Me explico, con el complejo de castración el niño termina el Edipo y la niña lo comienza, nos comenta Freud. Así el niño termina el Edipo para conservar su narcisismo.

¿No hay en todo esto como un interrogante sobre lo real?

Hugo Monteverde: Sí, pues esto plantea un problema epistémico en el sentido de cuándo comienza el complejo de Edipo en el varón.

Si Freud pensaba que la castración disolvía el complejo de Edipo en el niño, entonces hay que preguntarse cuando comienza.

En "La organización genital infantil", que comentó el Sr. Ricardo Acevedo, veíamos que Freud daba una serie de pasos que iban desde la atribución de los genitales a las cosas, luego a los objetos animados para posteriormente pasar a las personas y luego sólo a un tipo de individuos, que engendraban la dialéctica de los masculinos versus los castrados.

Esos pasos lógicos no hacen una referencia exacta al complejo de Edipo, son en todo caso algunas de las teorías sexuales que se juegan en torno a la problemática de la falta.

No está claro en Freud precisamente este estatuto, porque el complejo de castración da cuenta de la disolución del Edipo en el hombre y el comienzo del mismo en la hembra, pero ni su final en ésta última, ni los antecedentes del mismo en el macho quedan articulados de manera rigurosa; como tal tendrá también sus momentos lógicos, pero no hay una mención clara de esto en los textos freudianos.

Hay por tanto, efectivamente como dice usted, un interrogante sobre lo real.

Lo que nosotros comentamos antes de la disolución del Edipo en la mujer por el costado de la sublimación -como respuesta a otra cuestión que también usted nos proponía- no es algo que haya dicho Freud, sólo lo implica su razonamiento, la lógica de sus preguntas y sus articulaciones. Sigmund Freud jamás habló de la sublimación en términos de separación. A lo sumo, en el reverso de Jacques Lacan, tuvo mucho cuidado de no confundirla con la idealización, lo que permite inferir que para Freud la identificación no es exactamente algo que pueda entrar sin más en lo sublimado. En cambio, en Lacan ese punto de su reflexión no se encuentra tan despejado como en el freudismo paradójicamente.

Pero retornemos al tema del final y comienzo lógico de la estructura edípica. Si lo que está en juego es la presencia y ausencia del pene en las cosas, luego en los animales, para finalmente llegar a los humanos, es decir, en los diferentes gradientes como lo desarrollaba de una manera pseudo-evolutiva en la organización genital infantil, lo que no está muy reflexionado en la teoría como tal son las articulaciones lógicas de entrada y salida del complejo de castración.

¿Dónde comienza una cosa y cuándo termina?

En la niña la cuestión parece en un punto como más precisa. La niña comienza el Edipo cuando irrumpe el complejo de castración y luego va en busca de algo como de una ecuación simbólica. Busca al padre para que le de un niño como sustituto simbólico de la falta de pene. Entonces no cabe duda que Freud pensaba la maternidad como un repudio de la castración, como una posición perversa; pero tampoco nos dice nada al respecto, más bien sobre ese punto hace girar la sexualidad normal de la hembra.

Lo que se inaugura ahí es una oscuridad, por un lado, lo ecuacional no resuelve bien la disolución del Edipo en la mujer y por otro lo preedípico, que tampoco tiene un momento preciso de inicio.

Lo que si está claro es que, tanto para el niño como para la niña, lo preedípico fundamenta el complejo de castración. Es decir, es a lo que va ha apelar Freud -en los momentos finales de su teoría- para empezar a fundamentar el complejo de castración; puesto que su fundamento epistémico no era sólido desde el niño, y observaba no sin cierta desesperación como se producían desviaciones importantes en los fundamentos de su teoría, de parte de sus discípulos debido a esta causa. No queda claro cómo se llega a esta disolución del complejo de Edipo en la hembra, ni cuál es su punto de arranque, en el niño.

Apelar a "La cabeza de La Medusa", decapitar es igual a castrar, y que lo que está en juego es la visión de los genitales maternos, no dejan de ser intentos desesperados para logicizar algo que carecía de un fundamento epistémico válido.

Por lo tanto, es claro, que en el complejo de Edipo de la niña trata de articular algo de la falta, que no ha podido encontrar en la clínica de los hombres.

Más aún, sabiendo que fundamentalmente Sigmund Freud comenzó su teoría escuchando históricas, podemos decir que el complejo de castración desde la vertiente Edípica masculina trataba de taponar un bache teórico que arrastra toda su vida.

En una óptica diferente, se podría afirmar que cuando se dice que irrumpe el complejo de castración y se disuelve el Edipo en el niño, así cómo cuando se comenta que irrumpe el complejo de castración y comienza el Edipo en la niña, lo que faltaría discriminar es el registro desde donde todo esto se está enunciando.

En una palabra, qué registros entrarían en juego en el complejo de castración. Por ejemplo, podríamos establecer un registro exterior al sujeto y un registro intrapsíquico, es decir, un registro a nivel del discurso y un registro a nivel de la fantasmática y lo pulsional.

Nosotros sabemos que más que de una exterioridad o interioridad de lo que se trata es de una topología. Extimidad cuyo punto de articulación gira en torno al significante amo. En el discurso de Jacques Lacan se resignifica el estatuto de fase fálica freudiana a nivel del falo como significante primordial. Ya no interesa tanto donde históricamente comienza o termina una cuestión, sino más bien cuál es el nudo falocéntrico que articula los distintos registros de la estructura. Pero de momento es mejor no cristalizar con un sentido ya producido esta interrogación que nos traía la ponente y seguir la propia lógica del texto de "La feminidad". Freud lo intenta, a tientas, cuando nos habla del onanismo.

No sé si la Sra. Martínez nos podría agregar algo más al respecto.

Juana Martínez: Los neuróticos consideran la masturbación como la causa de todos sus males, a lo que Freud plantea que se debería dar la razón pues la masturbación es una actividad especial de la sexualidad infantil de cuya evolución fallida dependen sus padecimientos. Pero los neuróticos se quejan de la masturbación de la pubertad, quedando olvidada la de la infancia que es la que realmente cuenta.

Los detalles efectivos de esta masturbación precoz para la neurosis posterior o para el

carácter del individuo son muy importantes y han dejado huellas perdurables en la evolución. Un ejemplo de esto lo tenemos en la evolución de la niña quien se esfuerza espontáneamente en libertarse de la masturbación.

Aquí, por regla general hay una diferencia con el niño, éste último se inhibe mucho menos que la niña en la actividad onanista. Más aún, muchas veces el cambio de objeto se efectúa con una falta absoluta de actividad onanista. Se constata en los casos en que la envidia de pene ha despertado un fuerte impulso contra la masturbación y ésta se resiste a desaparecer. Se desarrolla una violenta lucha de liberación en la que la niña toma a cargo el papel de la madre y manifiesta su disgusto por la inferioridad de su clítoris con su resistencia contra la satisfacción obtenida por su excitación.

Más tarde, cuando la satisfacción onanista ha sido vencida, perdura como defensa contra una tentación aún temida. Tal interés se manifiesta en la simpatía hacia personas a las que se les supone un idéntico conflicto, y puede decidir la elección de esposo o de amante.

Freud retoma la cuestión de que a la niña se le hace problemática la cuestión por la carencia de pene y hace que la niña puede tener tres caminos, el de la inhibición porque siente que tiene que renunciar a competir con el hombre, el clitoridiano como respuesta muchas veces lesbica, o la aceptación final de que está castrada que cataloga como normal.

No sé si algo de todo esto nos permite pensar algo más.

Hugo Monteverde: Efectivamente, creo que sí, pues usted señala una sexuación en la femina extremadamente diferente con respecto al macho en lo real mismo de la pulsión.

No se trata tanto de comentar cómo el significante fálico resignifica las demás fases anteriores, oral, anal y sus variaciones pasivas y activas -con lo cual tanto donde comienza y donde termina algo en el sentido lineal de los acontecimientos queda relativizado- sino observar cómo la sexuación masculina y femenina conducen a lugares diferenciados.

Esta posición disimétrica de Freud habla de alguna manera de registros diferentes. No parece que sea lo mismo lo que hace que la niña inaugure el complejo de Edipo, a que sea lo mismo lo que hace que en el niño se disuelva tal complejo. Aunque en ambos casos esté el falo jugando como significante príncips y haciendo de nudo maestro en la estructura. Se está enunciando aparentemente lo mismo, que es la concepción de que existe la falta; la conceptualización de que existe en los términos de la organización infantil lo masculino y castrado -que es en esencia el complejo de castración- pero sin embargo no parece articularse de igual forma en el niño que en la niña. Se podría plantear la hipótesis, de que no es el mismo complejo de castración el que inaugura el Edipo en la hembra que el que lo disuelve en el hombre, aunque en ambos casos esté implicado el significante fálico como tal.

Que la falta no es la misma en el hombre y en la mujer, que no esta en juego el mismo real. Como afirmábamos, en uno de los apartados del comienzo, al irrumpir la falta -complejo de castración- se produce la salida de un real por donde otro diferente entra.

De allí efectivamente que Freud deba pensar el onanismo de manera diferente en la hembra que en el macho. Pero además es un hecho que constata la clínica. Las mujeres no se masturban en igual forma que los hombres, no lo digo por lo evidente de su diferencia anatómica, sino por la cadencia musical de su orgasmo, o si lo prefieren de su goce genital. Otra es su medida y relación a lo real.

Creo que podemos finalizar nuestro comentario, formalizando en torno a la pregunta que Freud se hacía sobre el deseo de la mujer, con otra pregunta, que tome en cuenta el discurso de Jacques Lacan:

¿Por qué existe un real de sexuación diferente en la mujer?

Juan José López Garrido: ¿Qué sucede con la madre después de la decepción?

Hugo Monteverde: Cuando se habla de los tres caminos posibles de la mujer, la frigidez, la homosexualidad y la sexualidad normal, estos están situados tras la decepción paterna.

Es importante, pues se trata de que puede hacer la mujer con la decepción; porque el corazón del Edipo para la mujer, tal como Freud la concibe -el núcleo duro del Edipo- tiene que ver con lo que la mujer hace con la decepción.

Se queda decepcionada y los caminos que aparecen hablan de lo que pasa con la madre tras la decepción, es decir de lo que puede hacer con la pulsión.

Una posición es que no la puede abandonar, es lo que se llama homosexualidad. Es un territorio que habría que dejarlo con un interrogante, ya que sostener la categoría clínica de homosexualidad femenina siendo psicoanalista es un disparate. Es realmente sorprendente después de haber leído a Freud, creer que pueda existir una perversión de homosexualidad en la mujer. Sobre todo, escuchar una gran cantidad de comentarios "terapéuticos" en la existencia clínica de la homosexualidad femenina.

Es un tema difícil de transmitir porque hay que desarticular una fenomenología clínica, que aparece como muy evidente en lo anecdótico. No sólo no se trata de una perversión, sino que se trata en verdad de una de las variaciones de la neurosis obsesiva en el campo femenino y otras veces de suplencias en la psicosis. Es una posición radical, difícil de abordar en la dirección de la cura, por no decir imposible hasta que no sobrevenga el derrumbe yoico, si es que lo hay, y donde la mujer no puede abandonar a la mujer, más aún quiere tener un hijo de ella, la madre reduciendo al hombre de mero soporte biológico. Desde el lado de la psicosis, por supuesto, es conveniente dejar las cosas en el punto en que estuviesen.

La frigidez, en cambio ya es una forma de abandono de la madre, pero habiéndose retirado del padre, se queda con ella misma, no se queda con la madre y pernocta a mitad de camino, con su propio cuerpo. Si en la homosexualidad -en el caso de estructuras neuróticas- hay una obturación de la capacidad sublimatoria, lo que la hace casi inanalizable, la frigidez, en cambio, es una posición que ha avanzado un poco en la estructura, pero queda en un punto profundamente cristalizada en la inhibición. Y luego está la mujer cuando puede hacer metáfora en la sexualidad que sería la posición normal, que comprende un amplio abanico, desde el maternal cuadro que nos pintaba Freud hasta la pequeña bruja que desea responder de una manera oscura, pero así mismo "sin pelos en la lengua", a la pregunta que Sigmund Freud le remitía a su amigo Fliees:

¿Qué desea una mujer?

Desea mostrar un disímil abordaje de lo real, diría nuestra insidiosa, pero inescrupulosamente sabia brujilla.

Para concluir subrayaría pues que el complejo de castración está mal articulado en Freud pues no da cuenta de un hecho evidente:

Que el real en juego pulsional para el hombre y la mujer no es el mismo.

Hay una sexuación diferente para el macho y la hembra y de esto no se da cuenta sosteniendo que el falo tiene estatuto de fase, o que es el significante amo en la estructura del sujeto utilizando un lenguaje más moderno. Pues si bien estas últimas afirmaciones son ciertas en sí mismas, no es menos evidente que su anudamiento en la sexuación arroja a reales disímiles, ya se inscriba en un discurso macho o en un discurso hembra.

Es fundamental tener en cuenta la existencia de un cierto real pulsional no sujeto a la lógica fálica, pero así mismo sujeto como el registro simbólico a la diferencia sexual. En una palabra, para decirlo todo introduciendo un difícil interrogante, podemos afirmar que el falo tiene estatuto de significante maestro en la estructura, pero al pernoctar en tanto tal en el algoritmo discursivo de la constitución del sujeto tenderá siempre a anudar diferentes reales marcados por la lógica de una sexuación.

*Transcripción resumida del comentario que efectuó la Sra. Juana Martínez, en el espacio ya citado, el 6 y 20 de marzo y 3 de abril de 1997.

IX

Emilio Mármol: Desarrollaremos el texto "Un caso contrario a la teoría psicoanalítica" que trata de cercar el concepto de Super yo en la mujer, tratando así de enlazar con el último tema. El Super yo como heredero del complejo de edipo y cómo podremos pensar esto dentro del campo de la feminidad. En una palabra, resto que queda del Edipo y cómo esto se plasma en el lado de la mujer.

Es un artículo aparentemente corto pero es un texto absolutamente denso y entonces bastante complicado de comentar. Fácil de seguir porque Sigmund Freud tiene un sentido bastante diáfano a la hora de plantear las cosas, pero efectivamente, su lectura va trayendo muchos elementos que se han comentado y eso va generando todo un esfuerzo de lectura.

Desde luego me parece que es un texto que critica bastante el procedimiento freudiano.

Es decir, como Freud piensa las cosas, cómo no se queda en la primera impresión, cómo va a la lógica de lo que está sucediendo; digamos, él mismo lo explicita, no se queda sólo en la contingencia, va a lo que necesariamente va a ocurrir o tiene que suceder y sostener de alguna manera su pensamiento a la vez que lo pone en cuestión, que es muy típico en la posición de Freud. Busca siempre una determinación rotunda de las cosas, no se queda en lo general.

¡Bueno! Las cosas pueden ser así, o de esta otra manera. Es decir, busca siempre una lógica potente, una determinación fuerte de los hechos.

Hay algunas frases ha recalcar en este sentido. Por ejemplo, cuando él habla, de las contingencias, es decir, de las casualidades; se puede llegar a pensar en lo necesario de que algo ocurra, lo cual es un salto lógico muy fuerte cuando uno piensa en la determinación de las cosas. Sobretudo cuando uno reflexiona que se trata de una posición y de un hacer del sujeto, por fuera de su intencionalidad. Está absolutamente absorbido en esa posición, que además es mortificante, siendo lo que ejemplifica esta mujer con lo que le pasa.

Entonces, vamos a comenzar haciendo un relato breve de la primera parte de esta ejemplificación clínica, para luego entrar en la discusión que plantea el texto.

Se trata de una observación muy específica, no es una paciente en el sentido estricto, es un caso que le presentan a Freud para pedirle un juicio clínico y lo utiliza para ejemplificar algo en torno a una casuística entre la paranoia y la homosexualidad.

Un conocido abogado le comenta la situación de una dama. Es una mujer que ha ido a consultarle para pedirle ayuda porque hay un hombre que la acosa. La ha seducido y ahora la persigue y ella está un poco a su merced y va al letrado en busca de una defensa.

En principio, al escuchar a su cliente, piensa que es un poco extraño y aunque termina creyendo el relato de la mujer, de todas formas, consulta a Freud para recabar otra opinión.

Este aconseja una entrevista cuestión que ocurre a regañadientes de la mujer. Al transcribir los datos del encuentro al texto refiere Freud que ha alterado las circunstancias ambientales del caso, pero no en lo fundamental. Es curioso como plantea estas modificaciones pues nos dirá que las circunstancias ambientales se han modificado para no saberse quién es y que sin embargo esto no adultera los rasgos clínicos. Es un modo curioso de pensar la lógica del asunto pues coloca las cosas por fuera de la anécdota. Se trata de una muchacha de treinta años, bella y con un rasgo de feminidad genuina; dice que cuando se presenta adopta una actitud muy negativa hacia el médico, francamente rechazante, demuestra claramente su desconfianza y no muestra en principio ningún rasgo de recato por lo que sería comunicar un hecho de esta índole a un extraño. Ya de entrada Freud la percibe absorbida por el hechizo de la vivencia que ha tenido. Se trata de una mujer empleada de un Instituto, un gran establecimiento, donde ocupa un cargo de responsabilidad, nunca ha tenido vinculaciones amorosas con hombres, vive tranquilamente con su madre, de la que es el único sostén, no tiene hermanos y el padre había muerto hacía mucho tiempo. Un empleado de esa institución la ha requerido en amor y ella no le ha podido negar su simpatía. Refiere Freud que el matrimonio entre ambos quedaba excluido por circunstancias externas. No obstante, para este hombre este hecho no era una causa que imposibilitara la relación amorosa, la insiste y finalmente consigue, después de requerírselo muchísimo, que vaya a visitarlo a un piso. En ese encuentro en mitad de la hora de amor se vio intempestivamente atemorizada por un ruido, un repentino sonido que era como un latido, un seco sonido. Ella refiere que ha requerido al hombre por el significado de esa resonancia y le ha dicho que sería el traqueteo de un reloj que hay sobre una mesita. La circunstancia donde está la mesa, transversal a una ventana donde hay un cortinaje, es de donde ha procedido supuestamente la sonoridad. Cuando ella abandona la casa se topa en las escaleras con dos señores uno de los cuales lleva como un cofre envuelto, y entonces ella va pensando hacia su casa en todo esto que le ha sucedido. En el ruido, los hombres que se había encontrado por la escalera, la respuesta de su amante, etc. Reflexiona que el cofre que había visto envuelto podría ser un aparato fotográfico, que los hombres que vio en las escaleras habrían podido estar escondidos detrás de esas cortinas y entonces el "clic" oído el disparador de la máquina fotográfica. Allí concluye que ha sido objeto de un chantaje y que está a merced de este hombre. Esta mujer cuando elabora esta cuestión de la fotografía va y le plantea a su amante el abigarrado relato. El trata de tranquilizarla diciéndole que la historia no tiene sentido, pero evidentemente no consigue tranquilizarla, mostrándose ella inaccesible a los juramentos que él le hace. Asustada, aún más si cabe, después de escuchar a su amado reclama los servicios del letrado. Freud inicia el comentario con lo que es el título de este texto, como un caso que contradeciría a la teoría analítica. Un caso de paranoia contrario al psicoanálisis. Explica por qué va a ser una historia que se opone a lo especulado teóricamente. El caso tiene un interés diagnóstico porque contradice la teoría sobre la paranoia. Refiere que efectivamente en la teoría psicoanalítica hay una concepción en que el paranoico se debate contra un refuerzo de sus tendencias homosexuales. Esto remite lógicamente a una elección narcisista de objeto e implica que el perseguidor sea del mismo sexo que el perseguido. Si hay esta tesis del condicionamiento en la paranoia por la homosexualidad cómo se explica que el delirio de esta mujer construya un perseguidor masculino. Además, si la tesis se contradice en un caso ya no es una tesis universal. Habrá que repensar la causalidad, replantear la teoría, porque se trata de una tesis que no explica todos los casos.

Hugo Monteverde: La paranoia implica una entidad clínica anterior a la homosexualidad por un lado y por otro ya hemos dicho lo poco pertinente que resulta otorgarle entidad de estructura a la homosexualidad femenina. No sé si Vd. ha tenido presente estos vectores en sus reflexiones.

Emilio Mármol: No, siguiendo el relato tampoco me parece muy importante. Sigo más bien el camino a donde Freud va a poner el punto. Lo que me parece importante es cómo utilizó Freud la nosología, el empleo que hace del término de homosexualidad, que no es exactamente un uso nosológico, sino que él está más bien pensando un funcionamiento, usa elementos paranoia y homosexualidad para explicar una dinámica psíquica.

Aunque habla de la paranoia, efectivamente, el punto fundamental donde apoya la observación es en el "clic".

Es verdad que puede existir confusión si no se discrimina una nosología, pero el acento es entender una dinámica más que unas estructuras clínicas sin más. Lo que le lleva a Freud a no precipitarse a dar un juicio clínico.

Entiende, en el interior mismo del propio caso, que hay elementos no suficientemente diáfanos y entonces solicita una entrevista más.

Le va a pedir a esta mujer que le cuente nuevamente los detalles, lo supuestamente accesorio del suceso; era por otra parte una vieja costumbre que tenía Freud al interpretar los sueños, casi siempre pedía que se le repitiera el relato para encontrar las diferencias. En este segundo relato se van a aportar los complementos que van a despejar toda duda sobre las dificultades que había, para explicar y entender lo que estaba pasando. Me parece, efectivamente, que lo que viene Freud a plantear, es que hay toda una serie de elementos omitidos en el primer relato y que cuando se revelan dan un sentido *après coup* a los elementos que estaban difíciles de entender.

Vemos el mecanismo de la retroacción psíquica funcionando en el mismo procedimiento de Freud para investigar el caso. Me ha parecido que era bastante patente como presentaba de hecho la observación. Entonces, lo primero que resalta es que no ha visitado una sola vez a este hombre en su casa y que, justamente, fue en el segundo encuentro cuando ocurrió la cuestión del ruido. En su comunicación inicial había ocultado u omitido esta primera visita porque supuestamente en esa no había pasado nada.

Entre un encuentro y otro pasan unas semanas y entre tanto ha ocurrido que en la sección de la empresa, donde trabaja esta mujer, hay una anciana dama con cabellos blancos como la madre de la paciente, con la que tiene un trato afable, se juzga su predilecta y tiene una relación como de una sustituta materna.

Al día siguiente de la primera visita al hombre, lo observa hablar con la anciana por un supuesto tema laboral.

Los ha visto conversar y se le impone la certeza de que le está contando lo que había pasado el día anterior. Este es el rasgo, de pronto le ha surgido la convicción delirante; es un rasgo que me parece importante.

Hay en el texto un juego de palabras interesante:

"...Nació en ella de pronto la certeza de que le estaba contando la aventura de ayer a la vieja dama".

Y agrega:

"...y aún que desde hacía tiempo mantenía una relación con ella, sólo que ella hasta entonces no había notado nada"

Una nota de Strachey, nos comenta algo que ya se ha hablado aquí, y es que en estas *ellas* -que ese juego de *ella* sugiere- hay un estatuto de identificación.

Digamos, donde *ella*, la paciente se confunde, se identifica con la otra, "*ella es ella misma*", como ya se ha dicho al comentar el texto de la feminidad; punto de indiscriminación con el otro y núcleo estructural de la posición paranoica y de la posición femenina. Cristalización de un objeto perseguidor.

Se trata de que esta mujer va corroborando su sospecha a lo largo del día, por gestos, por cosas que se hablan, y mil y un detalles que la van reafirmando en su pensamiento delirante. Va corroborando su percepción, su certeza, y finalmente, le enrostra al amado la traición. El dice que esto es disparatado, una locura, pero no consigue variar su opinión en un primer momento.

Luego, después de mucho tiempo y persuasión, consigue que ceda a esa cuestión y por eso hay una segunda visita. Y, entonces es cuando acontece lo que se ha relatado en el primer encuentro con Freud.

A partir de aquí Freud va a introducir los elementos para pensar, qué ha ocurrido y cómo entender esta cuestión.

La jefa de cabellos blancos es un sustituto de la madre, el hombre amado está puesto en lugar del padre y es el poder del complejo paterno el que compele a la enferma a suponer una relación amorosa entre estos dos desiguales compañeros. Viene a decir, todo este delirio es una actuación en el interior de la estructura edípica. Se ha impuesto esta cuestión para la sujeto más allá de la evidencia de que es una relación dispar y que no es posible.

Es decir, es la misma constitución edípica del sujeto la que obliga a pensar esto. La anciana es sustituta de la madre, el joven amante el sustituto paterno y en el centro la lógica edípica. Entonces, Freud comenta que se evapora la aparente contradicción, de que un vínculo homosexual reforzado sería la condición exclusiva para el desarrollo de un delirio de persecución como defensa de tales impulsos sexuales. Porque ahora -y esto es verdad que para mí al menos fue muy dificultoso de capturar en la lectura, porque de pronto hay como ciertos cambios de registro, o de lugar desde donde pensar las cosas- se establece la posición edípica en una realidad de sustitutos. Está el padre, está la madre, está la relación amorosa forzada por la estructura psíquica, el "clic" clitoridiano de un orgasmo mal resuelto, está el abogado como lugar que pueda producir una suplencia al delirio paranoico y todo ello se anuda en una instancia psíquica. Se establece -digamos, dentro del complejo materno, instancia de cuya influencia se quiere escapar- esa supuesta vinculación homosexual forzada, perseguidor originario, núcleo paranoide.

Es este término el que me resulta curioso a la hora en que Freud lo plantea.

Hugo Monteverde: ¿En qué sentido?

Emilio Mármol: En el sentido en que efectivamente está hablando de algo que se ha fraguado en la estructura psíquica del sujeto. Porque al hablar de una instancia se está hablando de un delirio, o a la inversa al esquematizar la estructura del delirio persecutorio despeja como resultado una instancia psíquica. Hasta ahora no había hablado de estructura psíquica, solamente del Edipo y sin embargo aparece la presencia de un imperativo moral.

Resulta llamativo, porque una cosa es como lo está pensando en la realidad y otra es como lo articula a partir de una instancia ética. Y dice que esa instancia psíquica, en este caso no es heredada del vínculo al hombre sino a la mujer.

Es decir, que vendría a confirmar la teoría psicoanalítica sobre la paranoia, es decir que el perseguidor es del mismo sexo que el perseguido.

Hugo Monteverde: Digamos, que lo que sería interesante a ver es que el perseguidor es indiscriminado al cuerpo del propio sujeto.

Deberíamos decirlo mejor así. El perseguidor más que del mismo sexo es algo que está indiscriminado en relación al propio cuerpo. Algo del orden de lo no discriminado en conexión a lo que hace de discriminación entre mi cuerpo y lo real de la pulsión. Ese "clic" que se eleva como el "ombligo" de lo que denominará instancia moral. Por supuesto esto no lo dice Freud, sólo se lo inferimos nosotros.

Es decir, que en este *"ella es ella misma"*, en esta identificación que usted ha subrayado de Strachey de la manera más rigurosa, el perseguidor que aparece del mismo sexo quiere decir que es indiscriminado en relación al propio cuerpo sujeto. A lo pulsional mismo.

Más que del mismo sexo, es algo neutro -un resto que luego podrá resignificarse, resto de esa amalgama en lo primigenio de la indefensión y la pulsión, espacio donde se gesta la constitución del objeto persecutorio.

La indiscriminación, núcleo del conocimiento paranoico se rezuma, o se subsume, en la construcción imaginaria de un objeto que censura y persigue la emergencia pulsional de ese "clic". Más que del mismo sexo es paideico, es decir neutro.

Cuando el sujeto no está discriminado del Otro, aparece el perseguidor. Este se resuelve cercándolo como objeto persecutorio en la exterioridad del sujeto, es decir el fantasma viene allí a obturar esta dificultad de representar, inscribir, un real pulsional del cuerpo a cuerpo.

Digamos que el hecho homosexual pierde consustancialidad, pero como muy bien señala el Sr. Mármol hay ahí un salto epistémico que pone esto a nivel de instancia psíquica.

Es decir, que hay un salto articulador porque por un lado aparece algo del lado de lo que está prohibido. Aparece del costado de la prohibición del goce, de ese orgasmo mal resuelto que se expresa en la escucha de ese ruido seco; y en ese "clic" del latir de lo real está la mujer y la vieja que es el sustituto materno -estructura indiscriminada que sostiene realmente la prohibición- anudando lo real de la trama pulsional de la sujeto.

Es decir, que la condición de esta dama, no sólo de esta señora sino del deseo de casi todas las mujeres, es algo que tiene que ver con lo prohibido. Es decir, que lo que exhibe una mujer es la prohibición, núcleo duro y paranoico de la feminidad. Pero una prohibición que más que descansar en un precepto moral como en el Edipo masculino, "...no te acostarás con tu madre y no reintegrarás el producto a tu vientre, etc, etc, etc..." se asienta en lo indiscriminado de lo real de la pulsión. Y que Freud lo subraya como vertiente preedípica resignificada desde lo edipiano y que terminaría constituyendo esa madre primitiva que cristaliza el superyó maternal arcaico.

Es posible desear al hombre en tanto que prohibido por este núcleo sádico y duro del superyó femenino arcaico en la mujer.

Y al mismo tiempo Jacques Lacan nos dirá que cuando la mujer progresa más allá de ese lugar sádico y simbiótico, el hombre se le aparece del lado de la traición, de lo que siempre va a suponer una felonía, a devastar en tanto el hombre siempre será un objeto prohibido.

Es decir, que hay algo que siempre va a hacer marchar a la mujer en regresión. En una palabra, avanza al hombre y regresa. Avance y regresión, esta es la estructura que va a

mostrarse en la escena, como que hay una progresión al hombre pero a la fuerza, es una fuerza de subducción, de chupamiento hacia lo primigenio, hacia la estructura paranoica, hacia la estructura indiscriminada.

Esa estructura simbiótica la va poner en este caso en el lado de ese ruido seco que hace referencia al propio cuerpo femenino. Es decir, al "clic" funcional, ese real de goce fundamentalmente disímil del hombre y con lo que cerrábamos nuestro comentario sobre la mujer.

Y lo que es realmente subversivo, siguiendo el pensamiento que nos sugiere la lectura del Sr. Mármol, es que ese "clic" se eleva a nivel de instancia.

En una palabra, ese real disímil de lo real femenino tiene estatuto de instancia moral.

Aquí el origen mismo del Superyó tiene una clara referencia al orden pulsional, no al orden significante. Hay una específica articulación a lo real, es decir, al orden de la pulsión, como núcleo de toda experiencia moral.

Mientras en el Edipo del niño teníamos el Superyó explicado por el sesgo significante, en la edipicidad femenina aparece lo moral en tanto lo real mismo de las pulsiones.

Repetimos, encontramos una instancia psíquica superyoica del lado de lo real, del costado de la pulsión misma, es decir más allá de un sentido, lo cual sí es verdaderamente sorprendente pues es el soporte lógico que nos dona el propio Freud sin necesidad alguna de recurrir al discurso lacaniano. Hay, como nos señala Emilio Mármol, un salto muy importante porque lo que se va a subrayar en este caso -desde una lectura lógica desde lo real del goce de la brújula freudiana- es algo que está funcionando como instancia psíquica en el orden de la pulsión sin más.

Por lo tanto, no sé hasta donde puede escucharse el peso de decir que la sexuación femenina tiene que vérselas con una experiencia fundamental de lo real a nivel de la sublimación.

Emilio Mármol: De todas formas, yo tengo cierta dificultad, para pensar el tema de la sublimación en la mujer porque tal como lo piensa Freud la sublimación es uno de los caminos de la pulsión. Para el hombre, Freud señala que pasa por la desexualización, es la discusión que tiene con Jung. Pero, la mujer usted lo plantea por la vía de la sexualización. O sea que hay un estatuto diferente para la mujer que para el hombre.

Hugo Monteverde: Se ha intuido el núcleo de la reflexión. La sublimación abarca las pulsiones parciales pero no las genitales para Freud. Pero he aquí que las cosas se complican cuando pensamos lo genital en el macho y la hembra. Porque para el hombre la genitalidad es dentro del sexo y para la mujer es fuera del sexo. Los genitales para la mujer es un fuera del sexo, fuera de su estructura. Está en lo que es su ajenitud, su "extimidad"; es en definitiva lo que no está.

La mujer se las sabe arreglar muy bien con lo que es lo pregenital y hace de todo eso un arte. Es verdad lo genital como tal está fuera de ella, la estructura genital, la estructura de lo que es el plus de goce está más allá.

Entonces, la posición es absolutamente radicalmente distinta a la masculina que es una posición fálica, es decir, donde lo genital se inscribe de una u otra manera dentro de la estructura, el falo lo subsume en tanto goce de órgano.

Ricardo Acevedo: Hay una relación, con lo que plantea Emilio, de la mística y la sublimación para la mujer.

Hugo Monteverde: ¡Claro! Por eso la mística en la mujer es sexual y no es la misma mística que en el hombre. La mística en el hombre es la mística del anacoreta, la religiosidad del suplicio, de la falta de alimento, mientras que no es así la mística femenina. La mística femenina es una mística más alegre, es una mística de un goce más placentero.

No es la mortificación, es el misticismo de la plenitud.

¿Por qué?

Escuchen a una monja y luego a un cura, y entenderán esto a la primera. En la religiosa hay una mística de Dios, en el monje en cambio una referencia al martirio de Jesús.

Las mujeres están acostumbradas al sexo desde un registro totalmente distinto al del hombre, pero lo que hace a la cuestión es este "clic" que desencadena la estructura de la prohibición y el cuerpo a cuerpo que se eleva a una entidad de instancia psíquica. Freud en este caso no le da el nombre de Superyó pero está a punto de dárselo.

Podemos decir que es un Superyó más radical que el que se describe en el complejo del Edipo masculino.

Superyó que irrumpe por debajo de aquel otro heredero del complejo de Edipo, detrás de la identificación al padre y a la ley de la prohibición del incesto; es la pulsión misma como instancia moral.

Es decir, el tratamiento sublimatorio desde esta óptica tendrá como referente tener que vérselas con la pulsión, antes que con el significante.

Puede pensarse una sublimación del lado del discurso macho por el sesgo del significante, las damas sin embargo nos recuerdan que para ellas la sublimación es un tener que vérselas con la pulsión, y más radicalmente con lo genital de la pulsión.

Emilio Mármol: Continuamos con el texto. Freud mantiene un poco su lectura edípica de esta cuestión, y plantea que el vínculo con el mismo sexo se contraponen a los empeños de ganar como objeto el amor del compañero heterosexual. Es decir, el amor a la madre deviene en portavoz de todas las aspiraciones que cumpliendo el papel de conciencia moral -lo llama así- quieren hacer que la muchacha se vuelva atrás en su primer paso hacia la heterosexualidad.

Es decir, como este punto de fijación a la madre la ancla y le impide progresar en la satisfacción amorosa, que es lo que presenta básicamente la paciente con todos los desencadenamientos.

Esto lo circunscribe en lo que llama el complejo materno, que él lo establece dentro de la explicación edípica y lo retrotrae a los vínculos infantiles con la imagen materna en relación a un momento primordial.

Entonces concluye que no se habría mantenido lejos del hombre, hasta la edad de treinta años, si una fuerte ligazón afectiva con la madre no le hubiera ofrecido un anclaje para esta posición.

Habría avanzado hacia los hombres si no hubiera estado muy ligada, muy fijada, a la situación con la madre, a su posición de goce arcaico maternal.

Dice que ese apoyo se convirtió en una pesada cadena cuando la libido empezó a aspirar hacia el hombre, cuando quiso avanzar en la progresión que supone para la mujer, la posición heterosexual.

Freud no habla exactamente de una estructura perversa, de tipo homosexual en esta mujer, sino más bien desde ese vínculo fuerte que hay con la madre, que prohíbe de una manera radical el acceso a la heterosexualidad.

Hugo Monteverde: Es conveniente subrayar, como lo ha hecho el Sr. Mármol, que es el propio Sigmund Freud quién describe esta relación a la madre como instancia moral; que prohíbe a la femina el acceso al hombre. El objeto heterosexual para la mujer tiene una articulación con lo prohibido.

Es desde este sesgo que hay que comprender la profunda dificultad del vínculo hetero para la femina y como muchas mujeres quedan fijadas a una aparente relación homo. Pero la homosexualidad más que un rasgo sexual es una articulación ética fallida para la mujer.

En segundo lugar, recordar que el propio Freud comenta que las damas muchas veces recapitulan en su primera relación con el hombre su vinculación sádica-arcaica con la madre y es a partir de un divorcio que pueden relacionarse con su segunda pareja por fuera de este vínculo simbiótico. Es decir que muchas veces, en el primer matrimonio, la mujer busca un amante en busca del padre y de poder librarse de la aplastante relación con un marido ubicado en el lugar de este superyó arcaico materno, de características profundamente sádicas y que hace obstáculo a una plena satisfacción sexual. Creo que es una indicación que debemos tener presente para el presente texto, así como para darnos una idea de como sería la relación de Freud con Martha Bernays.

Emilio Mármol: Entonces, comenta Freud, que es la disposición hacia la mujer la que proveyó este avance hacia una formación paranoica.

Hugo Monteverde: Es interesante ver entre líneas como Freud plantea una especie profesión de la mujer hacia la infidelidad. El empuje al hombre, tendría una conexión con la dirección de la cura, con la superación de la devastación que supone paradójicamente el hombre para la mujer en tanto se articula a este superyó maternal arcaico y a lo que esencialmente debemos curar los psicoanalistas, el masoquismo femenino. La progresión al hombre en tanto implica un cierto atravesamiento de esta prohibición arcaica conecta con el desprendimiento de cierta lógica del fantasma fundamental.

Emilio Mármol: Bien, entonces esa tendencia de la mujer, si avanza hacia el hombre, genera un conflicto del lado de la consciencia moral que implica su relación con la madre. Freud plantea como se han articulado las dos fases del delirio en este caso. En un primer momento la formación delirante tiene que ver con dos personajes en juego, que son la anciana dama y el varón, ambos reunidos en un fantasma de pareja parental. Sólo en un segundo tiempo se ha desligado el asunto de la pareja madre-padre y se ha quedado en el hombre, que ha habido un cierto progreso, una cierta transferencia de posición. Dice, que en la primera fase del delirio el hombre amado no habría devenido perseguidor directamente sino pasando por la vía materna y en virtud de un vínculo con la madre en quién habría recaído el papel principal en la primera formación delirante. Y tras el segundo encuentro se establece una nueva formación delirante que es la que ella relata como tal. En esa inflexión mediante unas ciertas contingencias consigue arruinar ese amor y así lleva a su ejecución exitosa el propósito del complejo materno. Es decir, esa renuncia al hombre.

Es sobre estas ciertas "contingencias" con las que quisiera cerrar mi comentario. Contingencias que en el caso expuesto se trata de como ha manejado ese ruido seco, el uso y el significado que ha tomado el remanido "clic". En la lectura relataba que me parecía que Freud pasa de un poco de lo concreto y trata de dar varias posibilidades para explicar este "clic", aunque con el caso concreto le da la explicación específica del goce clitoridiano que se puede ubicar en el texto.

Lo refería al principio de mi exposición pues me parecía realmente asombroso, tanto en este texto como en otros, porque es una posición muy particular de Freud cuando plantea las cosas. Está siempre como fundando algo, parece como que está permanentemente asentando cuestiones, y es una posición ésta, bastante complicada. En este texto aparece de manera ejemplarizante lo que comento. Me refiero a esa frase concreta a la que me referí al principio:

"...Lejos estamos desde luego de pensar que si no se hubiera producido ese desdichado ruido tampoco habría surgido la formación delirante".

Es decir, es una contingencia aparente, ha habido un ruido justo al final de la escena.

¿Si no hubiera habido ese ruido habría existido una formación delirante?

Y Freud se contesta:

"...Estamos muy lejos de pensar que esa contingencia ha generado el problema".

Esto es lo que me parece absolutamente contundente en el pensamiento de Freud porque, es verdad que aunque sea un poco impreciso en los términos, en lo que va pensando es bastante profundo, muy rotundo.

Lo contingente ¿cómo entender esto y cómo articularlo?

En un primer acercamiento a la cuestión de la contingencia, Freud nos dice, que tenemos por un lado algo universal que se presenta en todos los sujetos que ha definido como las fantasías primordiales, una de las cuales es la de observación del coito, del comercio sexual con los padres, otra la de seducción y finalmente el interrogante del origen.

Un posible modo, por lo tanto, de entender esta contingencia del ruido, del "clic", es porque conecta con esa fantasía primordial del espionaje del coito parental, o el ruido que hacen los padres o el sonido que delataría que está espionando el propio sujeto. Sería un modo de articular ese latido, ese "clic". Modo de tratar la contingencia articulando su significación a la fantasía de espionaje primordial.

Ricardo Acevedo: Ud. dice el castigo por haber mirado la escena y después ella misma tiene el mismo castigo de haber sido fotografiada o mirada en su escena....

Emilio Mármol: Efectivamente, es un modo de articular la contingencia, como determinada por la propia estructura, y donde lo azaroso se eleva a nivel de instancia moral.

Freud se aparta un poco del caso concreto, deja la anécdota y se dirige a la determinación misma. Centra el "clic" del caso articulándolo a una significación, el ruido toma un sentido para el sujeto, pues se produce una conexión, "se liga" a la estructura -utilizando sus propias palabras.

Es decir, no es porque hay un ruido que se establece una significación para el sujeto, sino porque se conecta desde el azar con sus significaciones que el "clic" toma estatuto significativo en una serie; si no, no lo registraría siquiera, sería uno de los muchos ruidos no percibidos.

¿Por qué ese se registra?

Porque se conecta de manera azarosa y paradójicamente con un fuerte determinismo a la fantasía primordial, eso sería la explicación de un ruido que toma significación para alguien. En este caso podría ser un modo de hacer algo que viene a establecerse -aparentemente, pero

sólo en apariencia- en el orden de lo azaroso. Es azaroso, pero bajo las leyes del determinismo que encontramos al final del texto de Jacques Lacan de "La carta robada" con las cadenas de Poincaré y Markoff.

Un modo de absorber la contingencia, de entenderla y de darle un lugar, es algo que finalmente hay que retomar de la observación. Plantear qué estatuto vamos a dar a este "clic" que presenta esta mujer dentro de su estructura psíquica cuando, efectivamente, es algo que ha quedado en la exterioridad. Freud, finalmente, lo va a plantear así, que ha quedado por fuera realmente y que no importaría siquiera si se ha escuchado o no, que posiblemente ni se oyó, que es algo del orden pulsional; de lo que está en juego en el orden del cuerpo, del funcionamiento de las pulsiones. Es decir, de una lógica de goce anudada al fantasma fundamental.

*Transcripción resumida del comentario que efectuó el Sr. Emilio Mármol, en el espacio ya citado, el 17 de abril de 1997.

X

Es en el universo de la ciencia, y gracias al advenimiento de ésta, que la mujer logra como sujeto una existencia precisa y a la par con la del hombre a nivel de la producción del lazo social, con todos los efectos que, hoy por hoy, observamos en nuestra modernidad.

El lugar de progreso social alcanzado por la fémica en nuestro mundo contemporáneo es indudablemente un punto de progreso irreversible y cuya etiología hay que buscarla expresamente en el despliegue del lenguaje científico que suprime al sujeto en el saber.

Es precisamente con la llegada del cálculo que forcluye al sujeto que la mujer toma consistencia en la producción manifiesta del discurso y fortaleza en la creatividad de los vínculos sociales a nivel de la producción de la cultura, es decir ingresa en la política y en la dirección de lo económico.

Estos son hechos constatables y necesarios de articular en un curso de teoría freudiana.

Creemos que, en este sentido y por todo lo expuesto, el lugar de la mujer ofrece una articulación muy precisa en torno a pensar el estatuto del inconsciente. Cómo lo macho y lo hembra de un discurso se anudan en la producción de lo social, "del malestar cultural".

Por otro lado, nos entrega el horizonte de un paradigma histórico, que va desde el lugar de la mujer como transmisión de la cultura en el centro de la estructura desde el origen de los tiempos, a su lugar colateral en la producción misma en nuestra contemporaneidad. No hay que olvidar que la universalización de lo humano es un hecho reciente, también producto del discurso científico y donde la mujer ocupa un nuevo estatuto irreversible. Lugar en definitiva ectópico a su clásico lugar central de estructura en los pasajes del intercambio.

La articulación, entre lo femenino y lo masculino, implica un lugar privilegiado y especialmente ejemplificante en las diferencias de las posiciones de goce social.

Y a pesar del cambio de los tiempos, de la modificación del papel de la mujer en nuestra sociedad, se nos hace necesario encontrar su articulación invariable en la estructura. Es decir, hallar lo que el discurso de la ciencia no ha modificado en el anudamiento de la mujer en relación al concepto de inconsciente.

Implementaremos para esto una ejemplificación clínica, que es el historial que Sigmund Freud nos presenta bajo el epígrafe del "Análisis de la fobia de un niño de cinco años"; es

decir, el caso conocido como del pequeño Hans. Y hablaremos en especial de la posición de su madre, de cómo lo femenino se articula con lo macho en la estructura.

Mostraremos en definitiva la especificidad de la mujer, aquello que le es central por excelencia y que ningún discurso puede desanudar o modificar. En una palabra, trataremos de hallar lo específico de la femineidad en la producción de la cultura tanto en los albores de nuestra especie como en la actualidad.

Nos parece que tal historial psicoanalítico muestra dicha especificidad femenina, es decir puntúa lo real de ésta. Lo subraya sin embargo de manera colateral, como una contingencia en el sentido al que se refería Emilio Mármol, siendo éste un lugar singular y al mismo tiempo contingente con lo que tiene que vérselas una mujer; costado sin duda inquietante para los hombres.

Todo el Seminario IV, dictado por Jacques Lacan entre los años 1956-1957, creemos que aborda este lado que en primera instancia se presenta como lo tenebroso para el corazón del discurso falocéntrico de la masculinidad. De esta manera entendemos la máxima lacaniana que sobre el caso de "La joven homosexual" nos brinda Jacques Lacan en el citado Seminario; al poco de comenzar el apartado dos del capítulo "La primacía del falo y la joven homosexual" nos comenta:

"...Por mi parte eso..." (El eso, hace referencia a lo incierto y salvaje de ciertos textos freudianos) "...me ha incitado a traerles aquí uno de los textos más brillantes de Freud, incluso diría uno de los más inquietantes, aunque tal vez les parezca arcaico, hasta pasado de moda." Es "*Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina.*"

La ironía de la frase en cuanto a lo arcaico del texto, nos parece absolutamente evidente, sobre todo si la superponemos con el ejemplo vertido en el mismo seminario sobre el marido congelado en la nevera y fecundador espermático, una vez muerto, por obra y gracia del discurso de la ciencia, en el inquietante universo del Nombre del Padre en el deseo femenino. Recordemos que el caso de la joven homosexual, tal como nos lo presenta y amplía Jacques Lacan en su presentación en el Seminario IV, refleja el problema de la envidia y el odio en el corazón femenino. Subraya como una joven aparentemente normal, marchando por los cánones establecidos de su época, con sentimientos tiernos hacia un bebe, un pequeño niño, hijo de una de las relaciones de esta familia, al que cuidaba y mimaba con esmero y profundos sentimientos maternos por su parte, se trastoca en el momento del nacimiento de su propio hermano. La estructura vira a su reverso y transformándose en una pseudo-lesbiana -como corresponde siempre a esta patología femenina- una gran rivalidad se instala con su padre, tratando de producir en el seno de su familia la mayor de las decepciones y finalmente produciendo un serio intento de suicidio por el amor que reclamaba a la dama, la "cocota", de la que anhelaba intensamente los más profundos sentimientos de cariño.

Este caso es realmente inquietante, muestra de un sólo golpe la esencia del corazón femenino, lo que se esconde detrás de los sentimientos maternos. Aparece Medea madre devastadora, dispuesta por despecho a las mayores atrocidades hasta con su propia prole. Creemos por lo tanto que la frase antes citada, que nos particulariza e introduce el citado caso freudiano, trata de abordar un problema general y que esta temática se refleja en la variedad clínica que presenta dicho Seminario IV y en especial en su extensa reflexión sobre los capítulos que presentan el historial del caso de Juan.

Algo trata de comunicarnos Lacan del corazón femenino y ese algo nos es de naturaleza

amable para el hombre, pues es una especial posición de la mujer frente al discurso humano, a su maternidad, a una ubicación en definitiva que como nos revela la frase expuesta resulta inquietante para nuestra especie.

Lugar, en definitiva, que teniendo que ver con la producción del sujeto psíquico, el discurso de la ciencia no tiene ninguna posibilidad de modificar.

Los hombres tan acostumbrados a elevar a sus padres al mayor de los ideales, o sea a los límites mismos de lo peor, se encuentran aquí con una barrera que la mujer coloca de manera inquietante y aún más salvaje.

Los conságrales lazos familiares, fruto de la sublimación de la humanidad a través de los tiempos, que fundamentan toda la panoplia de lo terrible, hallan en el alma femenina un límite si se quiere aún más tenebroso.

El deseo decidido, tan incuestionable en la lógica de la masculinidad para el triunfo, el progreso de las cosas, halla su tope, su relativización en la hembra. Esta estampa al deseo falocéntrico en los límites de la ruptura del sentido, burlando toda solemnización de los linajes, formas culturales y goces particulares donde los hombres pretenden aferrar sus anhelos. Es decir todas las singularidades, emblemas y lazos familiares, nacionales y éticos donde los "buenos padres de familia" insisten afanosamente en dejar maniatado la decisión de sus particulares deseos.

Para los hombres es difícil transformar en comedia la maternidad, en general la solemnizan para no pensar lo que habita detrás de ella.

Lo siniestro, lo familiar, se anuda precisamente en este punto del corazón femenino haciendo la hembra un chiste frente a tanta identificación superyoica, ella desde el silencio imprime un sentido desconocido para el otro. Es en definitiva su particular manera de abordar el orden fálico, burlarse de él, competir con él, en fin buscar un punto de ruptura salvaje en lo ya establecido en los ordenes de una cultura.

Pero antes de continuar con el comentario de la mujer creemos que se nos torna necesario puntualizar una vez más el sentido general del Seminario IV, "La relación de objeto".

Allí se nos advierte, como hemos señalado en los capítulos iniciales, que la teoría psicoanalítica freudiana no tiene una articulación precisa sobre aquello en que se fundamenta, el complejo de castración.

Así las cosas, se observa como todo el citado seminario, aporta el hilo conductor de responder a la falta de una articulación estricta sobre el concepto en que se fundamenta todo el edificio teórico del psicoanálisis.

El complejo de castración tal como nos lo presenta el discurso freudiano tiene una base poco sólida teóricamente y de allí que muchas de las desviaciones observadas en los post-freudianos no puedan sólo atribuirse a la maledicencia de los personajes como ya hemos comentado, sino a la falta de vuelo intelectual para responder a una carencia que el propio Freud sólo pudo cubrir de una manera intuitiva.

Toda la obra lacaniana gira en torno a cercar el vaciamiento, a tratar de matematizar o demostrar la validez de la falta en la articulación de la teoría. Todos los conceptos que se abren paso en la obra de Jacques Lacan, como el propio objeto pequeño "a", son articulaciones necesarias en la mira de dar una base más sólida al complejo que fundamenta la teoría, es decir la castración.

De allí que el acento se deslice de ésta a la falta de significante y de allí al terreno mismo de la femineidad en el plus de gozar más allá del significante fálico. Manera en definitiva por donde sostener la falta, que soporte el edificio teórico desde una más sólida posición.

Frente al orden fálico del discurso, a lo irremediable del goce de su orden, tal vez la mujer

también quiera contribuir marcando la falta que supone tal sistema de cosas. A través de los tiempos la femineidad desplegó sus encantos y con ellos su especial posición en relación al Nombre del Padre para subrayar en la trasmisión de todo discurso la verdad en la que se fundamenta, es decir la falta primordial del ser.

Partiremos por tanto de una hipótesis que ha sido el hilo conductor subliminal de todo nuestro desarrollo en este trabajo de lectura freudiana:

Estipulamos que el estatuto de la mujer en la teoría psicoanalítica supone una posición que se articula propiamente contra las formaciones del inconsciente siendo al mismo tiempo su causa.

Sabemos que la aproximación que Jacques Lacan efectúa en torno al concepto freudiano del complejo de castración la hará por cuatro vías.

La primera de ellas será la empírea misma, es decir la fenomenología que pueda encontrar en otras disciplinas; otra de ellas, es la propia lógica o matematización de los fenómenos, desarrollada a través de sus aporías encontrables fundamentalmente en el territorio de la sexualidad femenina con la categoría de la no totalidad, cuestión que nos remite a la posición que citábamos más arriba al señalar el empeño de la mujer en burlarse del orden fálico y que el propio Jacques Lacan señala como lo más verdadero de la estructura pues cada vez que se difama a una hembra se encuentra lo mejor que podemos decir de ellas. También encontramos como tercer camino -tal vez, hoy por hoy, el más trillado en la enseñanza de psicoanálisis- el costado estructural tomado de la lingüística; y por último el hermético territorio de una topología de nudos para escuchar con las manos como Tiresias.

En relación a la primera de estas vías, vemos su despliegue en el mismo Seminario IV al relatar la propia pregunta que Jacques Lacan le propone al antropólogo Lévi-Straus. Allí trata de visualizar la primacía del Nombre del Padre sobre toda trasmisión posible en un linaje maternal, como forma de ver si lo empírico confirma la preeminencia fálica freudiana por fuera del particular territorio de las teorías sexuales infantiles -especialmente la teoría de lo masculino versus lo castrado.

Nos relata el texto al mediar el apartado tercero, del capítulo "El falo y la madre insaciable":

"...Dejemos por un momento el terreno del psicoanálisis, para plantearnos de nuevo la pregunta que le hice al señor Lévi-Straus, el autor de las *Estructuras elementales del parentesco*." "¿Que le dije?..."

"...Es posible imaginar un matriarcado cuya ley sería *-He dado un niño, quiero recibir el hombre.*" "La respuesta de Lévi-Strauss es la siguiente." "Sin duda, desde el punto de vista de la formalización, pueden describirse las cosas exactamente de la misma forma tomando un eje de referencia, un sistema de coordenadas simétrico basado en las mujeres, pero entonces habrá un montón de cosas inexplicables, y en particular la siguiente:"

"En todos los casos, incluso en las sociedades matriarcales, el poder es androgénico." "Está representado por hombres y por linajes masculinos."

Vemos en los párrafos expuestos como Jacques Lacan nos remite a hechos constatables en las organizaciones familiares, en las diferentes culturas, para dar cuenta de la primacía del Nombre del Padre en la trasmisión de los linajes. Los hechos certifican la existencia de una primacía del lado masculino, y que la mujer, que aparece en el centro de todos los intercambios, carece de representación; es decir, lo femenino no prima como significante en

la transmisión. Aún más, nos sugiere que las excepciones a esta norma de preeminencia de transmisión de lo masculino, se ve alterada únicamente por razones políticas o de poder, la excepción confirma la regla, es decir de manera colateral se muestra la primacía fálica en la importancia del cetro, estatuto fálico desde donde se organiza la estructura de los vínculos sociales pórtele quien lo porte.

Es precisamente a este orden de la primacía de lo masculino en la transmisión de los linajes donde la mujer siempre se ha encargado de subrayar la falta de la única manera posible en que le está permitido hacer síntoma en la estructura. Así el ejemplo que Jacques Lacan nos trae de la antropología no nos parece banal.

Sin embargo este recurso de constatar en la realidad ciertos hechos, va más allá de buscar una simple convalidación de las teorías sexuales infantiles sobre lo masculino y lo castrado, donde lo fálico es lo que da cuenta de la falta. Hay algo que apunta directamente a señalarnos un cierto circuito de funcionamiento del discurso, una cierta dinámica de la estructura del lenguaje que ordena de manera particular la lógica de esos hechos.

Se trata de visualizar qué tipo de lógica se ve en la discursiva de los linajes que en definitiva no es otra que la de la historia, es decir los mitos individuales que cada uno puede hacerse de sus orígenes, de su porvenir y de sus emblemas y leyendas. En relación a este punto es claro, el falo organiza la falta y los linajes lo demuestran en los hechos, mostrando la prevalencia de lo masculino en la transmisión en una lógica que es la del *après coup*. Lógica circular de la retroacción por donde siempre se saldrá por el lugar que se entró, como ya hemos demostrado en el orden de nuestra lectura.

La salida, al final del análisis, esta en el lugar de la entrada con un cambio de signo; de la posibilidad a lo imposible, como muy bien se demuestra en la secuencia no desplegada del discurso de una cura que se halla determinada al inicio en tanto que éste comienzo marca la puntuación de la salida en relación al goce posible que está por venir.

Todo analizante entra buscando una posible solución y arriba a lo imposible de cualquier solución, pero al mismo tiempo al agotar todas las combinaciones posibles y comprobar con desesperanza lo irremediable de su situación al nivel de poder cambiar la historia que lo ha constituido como persona, se encuentra al mismo tiempo que en el transcurso del proceso terapéutico se ha desplegado un cambio de signo; del goce sufriente del comienzo arriba a un goce positivado, digamos satisfactorio, positivo del eros, sublimado en tanto permite con mayor prontitud que éste se desenvuelva si el sujeto consiente.

Todo el desarrollo no desplegado de un análisis se halla determinado paso a paso en su secuenciación de goce antes de su despliegue posible. Es decir, la secuencia al azar de los significantes que arman las preposiciones de las asociaciones libres en un psicoanálisis y el goce que discurre bajo éstas como un valor positivo por fuera de lo imposible de una solución de sentido, nos muestran como lo que se rodea y cerca es un vaciamiento que da cuenta de lo que Sigmund Freud denominaba complejo de castración.

Así entonces la practica psicoanalítica demuestra que todo discurso en su despliegue rodea, cerca, un vacío motor del movimiento discursivo que Freud denominaba complejo de castración y que la mujer es parte de ese vaciamiento al carecer de representación en el aparato psíquico, fundamentando, en una palabra, siendo el disparador productivo de lo que será el título del seminario que prosigue al IV, "Las formaciones del inconsciente".

La mujer como vaciamiento, a nivel de la *Vorstellungs- Repräsentanz*, no sólo es motor discursivo sino que por esto mismo se articula contra lo inconsciente fundando al mismo tiempo las formaciones de éste.

Es por todo ello que creemos conveniente introducirnos en lo que denominamos la segunda

vía demostrativa que Lacan impulso en relación a la demostración del complejo de castración.

La mujer, en la lógica de la sexuación, no pudiendo decir más que lo que el propio lugar de su entrada le señala en el discurso, se revela cambiando el signo a la salida de esa circularidad. Posee en definitiva como tendencia el síntoma de cambiar el signo a estos circuitos circulares de la transmisión de los linajes donde lo masculino es lo heredable. En una palabra, los transgrede de la única manera que le es dado, es decir haciéndoles a los hombres un chiste en lo real.

Este segundo camino, que denominábamos la lógica de la no totalidad extraída de la matematización de la clínica de la sexualidad femenina, es lo que desarrollaremos.

En una palabra, desplegaremos algunas interrogaciones introductorias que le permitirán a Lacan años más tarde, en *Encore*, arribar a las fórmulas de la sexuación. Para esto desarrollaremos algunas cuestiones del caso freudiano de Juanito, en especial una hipótesis sobre su madre, extraída por simple ecuación clínica y que un lector atento puede descubrir entre líneas en el propio Seminario IV.

La hipótesis sobre la novela familiar del pequeño Hans, que expondremos a continuación es una construcción y la denominamos ecuación clínica pues se articula en base a una predicción tomando el caso como un acertijo o adivinanza. Al igual que en las palabras cruzadas, o en el mismo psicoanálisis con niños, tratamos de pensar lo que falta para completar la globalidad de la estructura del caso.

Así obtenemos una articulación más completa, aunque no diferente, y que si bien nada nos certifica que sus agregados concuerden con verosimilitud en la realidad histórica, tampoco nada la desmiente en relación a la verdad.

Esta hipótesis que nosotros adosaremos al caso freudiano puntualiza, entonces, el lugar del *pater semper incertus* en la novela familiar y que nos parece un punto especialmente álgido en la historia de este niño.

Hay que señalar que tanto el texto "La novela familiar del neurótico", donde se articula el problema de la incerteza paterna, como el año en que el propio Freud señala haber escrito el caso de la fobia de un niño de cinco años es el mismo, 1909. Aunque el lugar de sus publicaciones sean hartamente diferentes, lo que da prueba de la prudencia freudiana, en relación a la presentación de sus casos clínicos.

El caso de Juan transcurre en el año 1908, se lo escribe conjuntamente con la novela familiar del neurótico, al año siguiente y al cabo de 14 años Juan se vuelve a presentar a su olvidado analista.

La remarca que efectúa Freud en 1923 sobre el caso del pequeño Hans, con ocasión de la visita de este niño ya transformado en un joven nos parece significativa en relación a este punto de la novela familiar y al lugar del padre en relación a la posición de su mujer.

Allí Freud puntualiza sobre el decir de Juan, que los padres se separaron y ambos contrajeron nuevas nupcias y que el niño ya hecho un apuesto joven lamentaba que lo separaron de su hermana desde su más tierna infancia. Ana terminó viviendo con su madre y el nuevo esposo de ésta.

La historia familiar de Juan es la de una repartición de hijos como si de bienes gananciales se tratara.

Lacan retoma este punto con la mayor sobriedad, distinción y silencio.

En el Seminario IV al finalizar el capítulo de "Las bragas maternas y la carencia del padre" en lo que es el final del desarrollo de la cura que sobre Juan nos propone Lacan en la figura del caballo fustigado, nos comenta:

"De este modo Juanito empieza a experimentar la verdad de la advertencia de Nietzsche -*Si vas con mujeres, no te olvides del látigo.*"

Nos agrega inmediatamente que:

"No veamos en esta escansión lo esencial de la lección de hoy..."

Pues lo esencial es la propia castración del padre de Juan que se manifiesta en estas bragas manchadas en otra cohabitación de su mujer, ya que con él no pasaba nada como muy bien nos lo subraya el propio comentario freudiano.

Hans a pesar de dormir en el dormitorio de sus padres no poseía ningún trauma en relación a la escena primaria pues no había observado nunca nada -es decir, que "no pasaba nada".

Al igual que en la mitología Edípica, en que lo esencial no es la escena de seducción en la realidad sino su importancia como realidad psíquica, este *pater semper incertus* de Hanna era esencial para Juan como saber angustioso en su psiquismo más allá de toda posible realidad.

Realidad que por otra parte en el *après coup* de los hechos, en la repartición de los hijos y en el comentario sobre la sexualidad de esta pareja, se nos parece confirmar.

El *pater semper incertus* es el caballo, representa al mismo tiempo la incerteza de padre, así como el propio y temido cuerpo materno -las fauces abiertas de esta mamá cocodrilo en las dentelladas del equino. De allí que al final de la cura el propio Juan suba a su hermana al temido caballo antes de fustigarlo como muy bien nos lo muestra Lacan.

Es esta fustigación lo que preanuncia la desaparición del síntoma fóbico. El que se desbarate la lógica fantasmática de que a él no le ha ocurrido lo mismo que a su hermana.

La intervención de Freud manifestándole al niño que él sabía de su origen antes de que Hans viniera a este mundo, tiene indudablemente bajo esta óptica un matiz pacificante de la angustia. Le ayuda a discriminar, a este infante, el saber que tal angustia contenía. El *pater semper incertus* no iba con él.

El caso de Juan nos metaforiza, nos condensa, un lugar generalizable en relación al tema de los anudamientos entre el discurso macho y el discurso hembra en torno a la problemática del lazo social.

El linaje, al fin y al cabo, no es otra cosa que el sentido supuesto por un sujeto, es decir el sentido de su origen, el lugar desde donde cree estar hablando. La hembra con su goce, al introducir la posibilidad de un padre incierto, de un origen diferente, muestra la vacuidad del sentido, de los orígenes, de los emblemas y de todo aquello que creemos es producto del significante.

Frente a la coherencia de un aparente discurso de los ideales de un linaje, el goce femenino revelará las pasiones sobre lo que se fundamenta todo discurso. En última instancia toda transgresión al linaje, es una violación necesaria para fundamentarlo.

La importancia del sentido supuesto se desvanece frente a la gramática misma del goce.

Desvanecimiento del sentido producido por la combinatoria significativa frente a esta necesidad de transgredir la significación de las cosas.

Se revela así un "lenguaje segundo" del goce frente a otro aparentemente "primario". Se articulará entonces lo simbólico a lo real, es decir se establecerá una conexión más allá del sentido aparente de las cosas cristalizándose un enlace con lo real del significante.

El fantasma del *pater semper incertus* nos parece, por lo tanto, que articula un problema de inconsistencia estructural del sujeto como síntoma. Y de como éste se articula en la sublimación frente a lo macho y lo hembra del discurso.

La mujer a través de la historia siempre ha tenido la tentación de mostrarle al hombre esta inconsistencia en los linajes. En definitiva, lo inconsistente del discurso frente a lo real.

Creemos que esto no hace más que referencia a un problema general en relación a la palabra. Esta, como tal, su naturaleza misma, no preserva al hombre de lo real.

Las transgresiones, las rupturas que las hembras producen en la serie de la cadena, expresan a nivel imaginario algo más profundo en el síntoma mismo del *parletre* en relación con lo real.

La palabra no obtura lo real en el sujeto.

Frente a la coraza obsesional del padre de Juan, donde efectivamente el sujeto renunciaba a la sexualidad con su esposa en el refugio, al igual que su hijo, en las faldas de su madre, la madre de este niño muestra a este hombre la inconsistencia de la palabra y de todo orden institucional familiar en el marco de la ley.

Esta judía "pogre", la madre de Juan, hace síntoma mostrando la inconsistencia propia de toda palabra.

Esta inconsistencia de la palabra es lo que nos permite observar lo que el lenguaje psiquiátrico ha denominado crisis de despersonalización, derrumbe de la personalidad, división yoica, fragmentación subjetiva, alucinaciones transitorias y que se observa en el derrumbamiento ocasional de las estructuras obsesionales graves e histerias severas.

Lejos estaba el padre de Juan de tales atravesamientos de fragmentación subjetiva, él desde su coraza obsesiva sólo pretendía ser un buen hombre para con su familia, mientras su mujer le mostraba la inconsistencia del significante. El goce gestaba su propia gramática detectado en los síntomas del propio Juan.

Inconsistencia del sentido siempre mentiroso y que en las intervenciones a su hijo se ponen de manifiesto, vanos esfuerzos falaces que no lo preservarían de lo real en relación al origen de su futura "hija" Hanna.

Este es el drama donde se desencadena la fobia de Juan y donde las delirias del niño revelan la cruda naturaleza del significante impotente para preservar al sujeto de los efectos de lo real.

Más bien mostrando todo lo contrario, como el peso real de un goce al cristalizarse en unos significantes condicionan la estructura de la fobia.

Juan lee el goce de su madre más que escuchar a los significantes. Este niño captura la esencial disimetría entre la producción de un goce en el interjuego de la cadena simbólica y el sentido producido por tales significantes.

Juan nos da cuenta de dos escuchas a nivel significante, el oír la significancia y el murmullo de lo gozado.

Es indudable que la fobia de Juan toma el camino de la respuesta motora siguiendo la metáfora propuesta por Freud en el modelo del telescopio. Su elección de la neurosis renuncia al retorno alucinado presente en el "Hombre de los Lobos", por ejemplo; pero si el ruso responde finalmente con un goce alucinado, Juan lo hace con un goce significantizado, su fobia al caballo, *Proton Seudos* de una identidad a nivel del pensamiento como ya se ha comentado.

Pero es indudable que uno y otro caso no son más que la cara y cruz de un mismo fenómeno, la inconsistencia del significante frente a lo real.

Decir que la mujer no-existe, es decir como todos sabemos que lo femenino carece de

representación en lo inconsciente. Esta categoría que funda la lógica de la mujer no-toda tiene sus antecedentes en la propia obra freudiana como hemos demostrado. Como nos lo recuerda no ya Jacques Lacan sino la propia lógica de goce en la escritura de Sigmund Freud, no hay representación de lo femenino en lo inconsciente, la lógica es masculino versus castración.

Así como ya subrayamos, Freud nos explicita, que el inconsciente que él concebía estructurado totalmente en el niño a la edad de cinco años es heredado por el adulto en estos términos, sin una representación de lo femenino en su aparato psíquico. Lo femenino será una categoría tardía en el desarrollo humano y vendría dada como un conocimiento "científico" que no necesariamente se produciría en todas las comunidades humanas de la historia y que además, si se llega a él de manera universal en nuestra contemporaneidad es desde la consciencia exclusivamente.

De allí que la mujer exista a la par que lo masculino a raíz del discurso de la ciencia. En tanto sólo toma existencia como saber "científico" en la dialéctica subliminal de lo masculino-castrado.

Para Sigmund Freud, al igual que para Jacques Lacan la mujer no existe y el inconsciente carece de representación de tal cosa.

Así, el artículo de la organización genital infantil nos señala intuitivamente que la mujer es el objeto real que bordea el sujeto. El sujeto como existencia inconsciente y el objeto como no existencia para lo inconsciente, vaciamiento contorneado por el sujeto a través de su discurso constituyendo un síntoma visible en lo más consciente de su yo, lo femenino, que adviene de lo real.

No parece por tanto que releendo a Freud desde Lacan, se pueda pensar que el discurso freudiano dijese pocas cosas; tal vez sólo había que articularlo de la buena manera.

Como desde el buen decir hay que rearticular lo preconsciente como todo aquello que irrumpe desde lo real sin inscripción en el aparato psíquico.

Por lo tanto podemos reformular nuestra hipótesis en los siguientes términos:

La mujer es lo que se articula desde el preconsciente contra las formaciones del inconsciente siendo al mismo tiempo su causa.

La categoría femenina es un real interiormente-exterior a la propia topología de los tres registros, lo significante, lo real y lo imaginario.

Es el centro del nudo, lo que lo sostiene constituido.

Y es al mismo tiempo lo que cristaliza su movimiento.

Para tener una lectura de ella hay que pasar de la cinta de Moebius al nudo de tres registros.

Pues lo femenino es el punto de sujeción del nudo, es decir que se encuentra en el mismo espacio que el objeto pequeño "a".

Lo femenino sólo es un conocimiento científico, es decir objeto "a".

El objeto pequeño "a" es efectivamente, por la misma lógica de lo real femenino, lo preconsciente. La relación del sujeto a su objeto, es decir el fantasma, no es la sexualidad infantil pues toma consistencia en el universo del adulto.

No hay elemento alguno que pueda representar tal cuestión -tanto el objeto "a", como el tiempo y la mujer sólo se articulan como una falta y Sigmund Freud lo enuncia como lo castrado.

Por tanto, en el discurso freudiano la mujer ocupa un estatuto similar a la propia inscripción del tiempo, la muerte y el origen. La mujer, el tiempo y el origen no existen en el inconsciente.

Allí sólo adviene un linaje como lógica que pretende suturar un imposible.

El objeto pequeño "a", en el discurso lacaniano, posee la misma naturaleza que el tiempo, la mujer y el origen en el freudiano.

Estas, por tanto, son las premisas lógicas que la madre de Juan nos revela como verdad universal de la posición femenina en relación a la constitución del sujeto. Y estos son los datos que sobre ella Freud los cubre con un manto de silencio para darnos el trabajo de poderlos leer entre líneas a condición de que consintamos con su goce más que con su deseo. Consintamos con el goce freudiano de castración.

A modo de conclusión un último comentario sobre nuestra puerta de salida, que no es otra que la entrada por donde Sigmund Freud inaugura el discurso psicoanalítico.

Este lugar iniciático no es un saber universitario, no responde a unos cánones de una determinada información, sino a escuchar un goce de manera elemental; el goce de la histórica.

Del gozar en la histeria a la salida gozante de la escucha psicoanalítica, cambio de signo del hablar al oír, pero en el mismo punto maestro de la entrada.

Entrada del conversar a la emergencia final del escribir que no tiene estatuto de palabra sino de letra de goce.

¿Qué otra cosa es un final de análisis sino una letra que trasmite un goce en forma de saber? Esto determina una lógica precisa en la formación en psicoanálisis. Más allá del insustituible conocimiento académico, del necesario saber enciclopedista en la historia del movimiento psicoanalítico y por supuesto del memorístico aprendizaje de los textos de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Melanie Klein, por referenciar unos pocos ¿qué otra puerta de salida podría existir, en lo que nos consustancializa como profesionales del inconsciente, sino aquella estructura de goce que nos lleva a producir una demanda de análisis didáctico?

Entre el escepticismo y la desvaneciente esperanza, tal vez algún día podamos vislumbrar, más allá de las pocas excepciones que han podido hacerse escuchar como rayos luminosos de un instante colectivo, encarnadas en figuras citadas y unos pocos más no tan notorios, la creación inédita de un espacio de transmisión psicoanalítica que aloje la posibilidad de una escucha colectiva en una lectura con el goce como brújula.

No se trata del lazo social a un saber universitario, ni menos aún de un discurso reglado, sino de poner en juego el real que Sigmund Freud pudo escuchar en el deseo de la histórica de su cuñada.

Se trata de la transmisión de un saber del goce en el buen decir más allá de todo lazo social y que al mismo tiempo anudado desde la extimidad pulsional se cristalice una transferencia de trabajo colectivizable.

Si un día se logra, será el amanecer donde el discurso que sostenemos alcance el lugar que le corresponde en nuestro mundo, en tanto la transmisión psicoanalítica ya no se asentará en lo imaginario de una transferencia sino en lo real que conlleva su posición gozante.

Barcelona 1998